

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

SANGRE PATRICIA

FUE¹ al zarpar el transatlántico de la última Antilla Francesa, y rumbo a Francia, cuando los pasajeros admiraron, en su esplendor más viva, aquella presencia milagrosa. Tan milagrosa que, sobre todos los de a bordo, y en rápidos instantes, obró como un sortilegio.

Alguno la había columbrado, al embarcarse ella en La Guaira, en el saloncito del vapor y entre un grupo de señoras y muchachas, a las que repartía abrazos, besos y adioses. Alguno, en Fort-de-France, la había visto bajo los árboles, en la misma ribera, tal una diosa del mar venida de las ondas, o como una visión de sediento en medio de la árida turba de aquellas cargadoras de carbón, de aquellas mujeres de la Martinica, de carnes flacas y muy negras, y trajes rotos y muy sucios, las cuales, por su uniforme delgadez, por sus modos y su hablar, en vez de hembras humanas parecen más bien seres ambiguos, o seres aun más extraños, desprovistos de sexo.

Pero los otros ni siquiera sospechaban su vecindad, y aun los mismos que antes la vieron, a cierta [5] distancia o de paso, no se habían formado una idea muy justa de su persona. Así fue que su aparición en la cubierta del buque, al zarpar de la última Antilla, cayó en todas las almas como un rayo de belleza. Jamás, ante una belleza de mujer, se puso de rodillas una admiración tan unánime. Y como fue de unánime, así fue en sus principios de espontánea y pura. No la había precedido el pálido espejismo de amor con que suelen muchos viajeros engañarse durante las travesías largas y enojosas.

Muchos hombres, en efecto, en el curso de esas largas travesías, ya por satisfacer un hábito galante inveterado, ya por el simple deseo de admirar –necesidad, más que deseo, de las almas bien nacidas–, ya, y es lo más frecuente, por un deseo menos puro, especie de embozado grito de la sexualidad hipócrita, son llevados inconscientemente a elegir, entre las viajeras, una viajera digna de amor y palmas.

Así, como la sociedad femenina de a bordo es por fuerza escasa, la escasez de términos de comparación, en complicidad con la poesía de las aguas y del cielo, hace que los hombres encuentren a una mujer de belleza vulgar, digna de homenaje y de coronas.

¹ La presente edición digital de la novela *Sangre patricia* mantiene las pautas elaboradas por la editorial Nueva Cádiz, Caracas-Barcelona, s.f.

Así, cualquiera belleza mediocre es elevada al rango de cosa divina. ¡Y cuánta anémica flor de idilio no abre y sonríe, y da su fragancia y color sobre el agua azul, entre las jarcias, bajo las blancas velas, hasta ir a languidecer y marchitarse de súbito en el puerto más próximo!

Pero no se trataba entonces de espejismos, sino de realidad cuasi perfecta, y bien podían la admiración espontánea, la simpatía ingenua y hasta los [6] deseos tributarle el homenaje más rendido, sin temor a sonrojos futuros.

Blanco de todas las miradas y tiros de la curiosidad se hizo aquel espacio de cubierta, adonde ella subió a sentarse por primera vez entre una señora vencida del mareo y un caballero joven, alto, moreno y pálido, a un paso del *fumoir* y más bien a estribor y hacia popa. Y la curiosidad quedó muy pronto satisfecha. Muy pronto supo, de la amable desconocida, nombre y circunstancias. Llamábase Belén Montenegro. Venía de Caracas, y un hermano casado, aquel joven alto, pálido y moreno, y la mujer de este hermano suyo la acompañaban a Europa. En Saint-Nazaire, puerto de arribo del vapor correo, la esperaba Tulio Arcos, quien si a la verdad no podía llamarse aún su esposo, tampoco podía nombrarse ya su prometido. Tulio Arcos y Belén Montenegro, en efecto, se habían casado *por poder* algunos días antes.

Merced a esta circunstancia, la admiración por la belleza de Belén cambió de carácter en casi todos los viajeros. Tiñóse en unos de melancolía. En otros, una recóndita furia de celos la avivó con la vida vertiginosa de la llama. Los jóvenes, aquellos en quienes el deseo andaba ya transformando la candidez de la admiración en viva flor de púrpura, pensaban con envidia en Tulio Arcos y no se lo podían imaginar sino feo, antipático o ridículo, en tanto que los más viejos pensaban en él con sabia ironía o con el fácil desprendimiento con que un pobre ve sobre la frente filial desgajándose a besos la gloria o la ventura. [7]

Tan sólo dos viajeros, aunque de modos muy distintos, parecían escapar a la tiránica fascinación de la belleza. El uno, compatriota de Belén y de ella conocido viejo, era un hombre de cabellos grises, de estatura mediana, de elegante presencia a pesar de su estatura, delgado y muy fino en sus modales y persona. En sus gestos, en su hablar y en su vestir había una verdadera ciencia de la medida y del tacto. Pero todo él respiraba una frialdad irreductible. Cuando posaba la vista en una viajera, su frialdad iba hasta la injuria: así mirase a Belén como a la más ruin criolla antillana, los mismos hielos veían por sus

ojos. El otro, un colombiano de Bogotá, que se excedía en lo amble y lo cortés, desdeñaba confundirse en un mismo sentimiento de admiración con sus compañeros de viaje. Decía no explicarse aquel entusiasmo sino por la falta de otras mujeres bellas a bordo. Según aseguraba él, a estar ahí presentes unas pocas muchachas de las tres a las cuatro docenas de muy *célebres* que él conocía en Bogotá, la ensalzada belleza de Belén se habría quedado tamañita y confusa; lo cual no le impedía seguir, cuando no lo observaban, los pasos y movimientos de Belén con ojos dormidos, tiernos y adulones, consumirse en heroicos esfuerzos por descarriar en un *flirt*, siquiera el más insulso, a la recién casada, y hasta abrigar en su interior, escondidos y profundos, muy serios conatos de cometer un gran pecado en verso.

En cambio, los más de los otros abiertamente adoraban. En su adoración, un mozo del Perú que iba a París a estudiar medicina y vivía maldiciendo [8] de lo fastidioso y largo de su viaje, olvidaba maldecir y más bien se lamentaba de no ser unas dos veces más largo el trayecto de las Antillas a Europa. En su adoración, un comerciante ecuatoriano, señor algo maduro y muy temeroso de la mar, hasta pasársela espionando el mudable cariz del tiempo, descuidaba de consultar como antes, y para hastío de él y de los otros, el color de las nubes, lo denso de las nieblas y la fuerza de las brisas. Y así como éstos, otros muchos, tan suspensos y cautivos estaban de los encantos de Belén, que no hubieran comprendido a quien de pronto les dijese de posibles tormentas y naufragios, ya porque la fascinación de la hermosura bastara a distraerles el pensamiento de los peligros y asechanzas del océano, ya porque en la viajera adivinasen a una deidad marina, contra la cual no podían prevalecer ni tempestades ni ciclones. Ilusión, esta última, fácil de concebir ante aquella novia que mostraba en su belleza algo del color, un poco de la sal y mucho del misterio de los mares. Bien se podía ver en su abundante y ensortijada cabellera la obra de muchas nereidas artistas que, tejiendo y trenzando un alga, reluciente como la seda y negra como la endrina, encantaron el ocio de las bahías y las grutas; al milagro de su carne parecían haber asistido el alma de la espuma y el alma de la perla abrazadas hasta fundirse en la sangre de los más pálidos corales rosas; y sus ojos verdes eran como dos minúsculos remansos limpiísimos, cuajados de sueño, en una costa virgen toda llena de camelias blancas.[9]

Cuantos en ella presumían la naturaleza de una deidad, estuvieron a punto de creer confirmada su presunción una mañana, la del cuarto día de viaje, en que Belén, contra su

hábito de las mañanas anteriores, no subió a cubierta, y ni en esa mañana ni en el resto del día fue vista de nadie, cual si hubiese desaparecido como por primera vez apareció, de manera misteriosa y brusca.

Otros, más llanos, más prácticos o de menos fuerza imaginativa, entre ellos algunas damas jóvenes, en vez de buscarle motivos hondos y arcanos, atribuyeron a la desaparición de Belén causas muy naturales, como la timidez y el recato propios de su original situación de casada y doncella, o causas más vulgares aún, como el retraimiento de la cuñada enferma, cuyo mareo llevaba trazas de no quitársele hasta Europa, tan duro y terco se mantenía.

Una viajera, la más jamona, y por eso mismo tal vez la menos benigna, achacó la ausencia de Belén a mañas y artificios de coqueta para encender el deseo de los hombres. Pero nadie acertó a dar con la causa de su alejamiento o desaparición, y si la conocieron al cabo, en la noche de ese día, fue porque el médico de a bordo se la dijo, con la reserva que a los de su profesión conviene, al capitán y al segundo piloto, y aquél se la comunicó, en el seno de la confianza, a un oficial francés de infantería de marina, y éste a un amigo íntimo, también francés de nación, quien se la declaró con gran sigilo al joven colombiano de Bogotá, el cual, siempre muy discretamente, se la participó a toda la colonia hispanoparlante del buque. De este modo, llegó a saberse como Belén estaba [10] en su camarote reclusa, y enferma de muchísimo cuidado. El médico, bretón joven, simpático y muy tímido, cuyos accesos de timidez podían estudiarse en las vicisitudes de un angustioso tic de los parpados y la frente, se mostró, al dar la noticia, y por lo extremo del caso, bastante apurado y confuso. Cuando estuvieron todos enterados del suceso, a nadie escondió sus temores. De una parte, su saber tan escaso como el de casi todos sus colegas los médicos marinos; de otra parte, el hecho de ser aquél su primer viaje entre Saint-Nazaire y Colón, pues nunca hasta esa vez había viajado sino en los vapores de la línea del Havre a la República de Haití, y el tener la cabeza atiborrada de historias, a cual más espeluznante, sobre las fiebres de la costa septentrional de la América del Sur, como la fiebre amarilla y las más terribles formas de la fiebre palúdica, le pusieron a temer y a sospechar, en el caso de la recién casada, una de esas fiebres. De lo que sí estaba seguro el mediquillo era del pronóstico, muy malo, porque nada bueno podía anunciar la fiebre alta acompañada de

grandísima disnea, de intenso rubor y de un suave e importuno delirio, interrumpido a ratos de un sueño pesado y hondo.

Las malas previsiones del médico se realizaron hasta donde era posible. De un modo casi repentino, dejando en las almas, como al aparecer de su belleza, la impresión de algo sobrenatural y misterioso, Belén murió en la mañana siguiente, algunas horas después de conocerse lo enferma que es- [11] taba. Pero ese algo misterioso produjo entonces una impresión de pena y espanto, si de igual poder, muy distinta de la primera impresión, que fue de pasmo y deleite.

No pudiéndose ocultar –como suele hacerse con la muerte de marineros humildes y maquinistas oscuros, echados al agua después de medianoche, para no alterar el reposo y la digestión de las personas de calidad que viajan en primera–, la noticia de la muerte de Belén llenó en un vuelo todo el buque. En todos, del capitán al último criado y del viajero de más distinción al último viajante de comercio, causó una sorpresa infinita. Confundidos, lanzaban exclamaciones y no lograban explicarse la trágica violencia de la muerte:

–¡Si anteayer estaba sentada aquí a esta misma hora!

–¡Llena de salud!

Y como sucede en casos parecidos, alguien habló de envenenamiento, de medicinas trocadas, y por ese estilo se inventaron especies, a cual más fabulosa.

Pasada la sorpresa, desvanecido el recelo de un tremendo contagio y con éste el miedo por la propia existencia en peligro, empezaron todos a lamentarse, a compadecerse de la belleza muerta en flor, del tesoro virgen destinado al frío abrazo de las ondas, a compadecerse del hermano, cuya desesperación era muy viva, y hasta de la mujer del hermano, en la que un estupor doloroso había de un golpe dominado el mareo. Luego, la piedad se volvió hacia el que esperaba inútilmente, abiertos [12] los brazos, en un lejano puerto francés, la belleza y el amor de la esposa. Y al pensar en su espera inútil, en sus brazos tendidos y abiertos para no estrechar sino un fantasma, cuantos le habían envidiado sin conocerle, entonces le compadecieron, si conocerle, como a un amigo. La misma jamona que culpó a Belén de coqueteos, arrepentida de los malos impulsos de su alma, empleó su tiempo y diligencia en fabricar, de papel y de trapos, muchos lirios, a fin de exornar con ellos la caja mortuoria.

A bordo había un ataúd: lo llevaba consigo, cuando iba el vapor hacia América, una familia colombiana, en previsión de la muerte en alta mar de uno de sus miembros, enfermo de tisis; pero como el enfermo llegó todavía muy entero a su país, la familia dejó a bordo la fúnebre caja. En ese ataúd encerrarían a Belén para sepultarla en el océano. La falta de los ingredientes requeridos para embalsamarla –además del dictamen médico, no desembarazado de incertidumbre– se oponía a llevar el cadáver hasta Europa.

A la tarde siguiente, en el punto y la hora señalados, aun en pleno día, paró la máquina y el barco se detuvo. A poco trajeron a cubierta la urna pobremente vestida con flores de trapo y de papel entrelazadas con unas pocas flores naturales casi marchitas, procedentes de Guadalupe, y con algunas ramas frescas.

Arriba, por encima del vapor y de su cordaje, el cálido azul intenso de los cielos del trópico. Abajo, la mar, impávida y de azul turquí a los costados de la embarcación, tomaba en el horizonte la [13] oscura tinta del acero. Y sobre la mar, cerca y lejos del vapor, muchas algas, de las llamadas *uvas del trópico*, dispuestas caprichosamente, ya en guirnaldas, ya en coronas, ya en deleznable islas.

Cuando apareció la urna, saludaron marinos y viajeros. Todos los viajeros asistían, vestidos en general con sus mejores ropas y los rostros compuestos en una expresión melancólica y grave. Un sacerdote y misionero francés, de hirsuta barba y ojos risueños, dijo un responso. Ya por milagro, como pensaron unos, ya por la mala disposición del peso, como creyeron los más, la caja, descendida hasta el agua, quedó algún tiempo a flote: al fin se inclinó de un lado, luego del otro, y la mar cerró su boca insaciable y azul sobre aquel fruto de belleza.

Arriba, en el puente, rompió en gemidos el hermano; la mujer del hermano arrojó un grito y cayó en una crisis nerviosa; y muchas damas llevaron a los ojos el pañuelo, mostrando en seguida los ojos hinchados y húmedos. Abajo, sobre la urna desaparecida, subió un blanco borbotón, bien pronto deshecho; muchas flores de papel y de trapo se enredaron en las algas, las cuales, al remolinar, fingieron un epitafio misterioso. Y después el vapor continuó su interrumpida marcha, en medio de la gloria del día, sobre la sonrisa del agua azul, profunda y serena, tan serena, que sólo a muy largos trechos gallardeaba en la cándida vanidad fugitiva de su espuma.[14]

UN tulio Arcos no podía quedarse viendo correr la vida, como se queda viendo pasar el agua del torrente un soñador o un idiota.

Así gritaba dentro de él, llegado a los veinticinco años de su edad, toda una larga ascendencia de varones ilustres. Porque no en balde aquel segundón andaluz, tronco originario de la familia, venido a tierras de América, se puso a dar flores. Éstas fueron, en el principio, de sólo púrpura: la sangre les dada color, el heroísmo fragancia. El segundón andaluz fue guerrero, únicamente guerrero. Vivió de luchar con los hombres, con las bestias, con las montañas y los ríos.

La más natural de las acciones tomaba en él de repente un relieve heroico: se la había de considerar como una hazaña. A cada mandoble de su espada nacía una leyenda; y en la punta de sus armas, como en el centro de su genio, resplandecía la promesa de un Dorado enorme y prodigioso.

Luego, las flores dejaron de ser de sólo púrpura. Un Arcos fundó ciudades y cristianizó indios. Lla- [15] mósele, entre los Arcos, el gran Encomendero. Otros del mismo nombre, depuestas las armas de la conquista, se consagraron a educar a las gentes, y en el alma nueva de la colonia pusieron la aspiración a la más excelsa cultura. Así uno de ellos, al romper en toda América el grito de la guerra libertadora, esparcía en Venezuela, entre los jóvenes, el grano de luz de la enseñanza.

La guerra por la independencia marcó, en la ya numerosa familia, una división profunda: algunos, fieles a España, a España emigraron; los otros recogieron las armas de la Conquista y pelearon por la libertad, formando en la brava y corta falange de emancipadores de pueblos. Dos de los últimos dejaron bien puestos sus nombres entre los más altos de aquella generación incomparable. Por algo entró la fuerza de su estirpe en la bondad y madurez de ese fruto americano de la raza española.

Establecida la República, partida en tres la Gran Colombia, los que sobrevivieron a la lucha contra España se dedicaron a la política y las letras. Entonces fue cuando la familia de los Arcos despidió su mejor brillo en la persona de un orador y estadista famoso, cuyo nombre quedó simbolizando una época, ilustrando una política y dando perenne elogio y resonancia a dos congresos de la República. Éste y el conquistador estaban como en los dos polos de energía de la raza. Al estadista siguió un gran silencio. Su único hijo, el padre de Tulio, aunque acertó a llevar el peso de su nombre sin obscurecer con ninguna mala acción

lo claro de su estirpe, no sucedió en virtud y merecimientos al padre, ya por [16] lo temprano de su muerte, ya porque hallase el campo, con la ruina de su partido, cerrado a sus aptitudes, ya porque la fuerza de la raza en él se eclipsó, pasando bajo una generación, desviándose de su cauce visible natural hacia un cauce invisible y tenebroso, para más adelante reaparecer, como hacen algunos ríos, con mayor pujanza y estrépito.

La última hipótesis, la más verosímil, consolaba e impacientaba a la vez a Tulio Arcos. En verdad, su linaje no parecía acreedor a la misma suerte de aquellos linajes acabados en punta de que se habla en la historia de Alonso Quijano el Bueno. Su familia, por línea paterna, era una de las raras familias de patricios en el seno de las cuales, desde su origen más remoto, venían heredándose, con el nombre, el talento, la dignidad y la entereza de los repúblicos. En ella no había caído el germen de la más implacable disolución que cayó en la mayor parte de las otras, reduciéndolas, después de lenta y lastimosa agonía, a vil pretexto de escarnio. Una de éstas, y de las más esclarecidas, era ya para entonces mirada como infecto amasijo de rufianes, marisabidillas y tahúres. Otras, tal vez por inevitable degeneración, tal vez por la falta de ejercicio de sus nobles aptitudes heredadas, habían llegado a una incapacidad oscura y completa, rayana del oprobio. Algunas arrastraban sus tradiciones a un tiempo en la obscuridad y en la ignominia.

Muchos de los hombres de esas familias, al principio de su naufragio político y social, buscaron un refugio, y como una derivación a sus aptitudes [17] políticas ociosas, en el comercio. Sólo unos pocos, ejerciendo de mercaderes, conservaron, si no los talentos del abuelo ni el brillo de la alcuña, por lo menos la pulcritud originaria del nombre. Y todavía entre esos pocos hubo más de uno en quien tan adentro se insinuó el instinto del mercader que, mientras alardeaba de hidalgo a las puertas de su casa de negocios, pactaba con los más viles y traficaba con su honor en la penumbra de la trastienda.

En el seno de su propia familia, Tulio se llegó a rozar con la vileza y el escándalo: a uno de sus más allegados entre los de su línea materna, también de origen patricio, le tenían por mediador complaciente en las galantes aventuras fáciles del déspota de entonces. Miserias por ese estilo tenía él ocasión de observar muy cerca de sí, pero ninguna de ellas obscurecía como una sombra ni desfiguraba como una lepra el nombre de los Arcos. Es cierto que el círculo de miseria y de ruina iba estrechándose cada vez más alrededor de los nombres aun puros, como el implacable círculo de una invasión de parásitos que

amenazaran ceñir con sus abrazos mortales a los pocos árboles todavía enteros de una selva antiguamente lozana y gloriosa. Es cierto que en esos mismos árboles había ramas colaterales marchitas, ramas completamente secas, o pobres de hojas, lánguidas, inútiles, porque hasta ellas no subía la fuerza del tronco, y si alguna vez florecieron, sus flores no cuajaron. Así, en el linaje de los Arcos había de esas ramas muertas o enfermizas. Pero la rama principal, aquella a donde la fuerza del raigamen ascendía como una ola, se presentaba siempre, a la [18] cita de la cosecha, con su carga de talentos y virtudes. Y en Tulio, último brote de esa rama, la conciencia del valer de su estirpe despertó la conciencia de su responsabilidad abrumadora. De ahí la reflexión abierta en su espíritu como una flor de orgullo:

<<Un Arcos no podía quedarse viendo pasar la vida, como se queda un soñador o un idiota viendo pasar el agua del torrente.>>

La hora de la cosecha estaba por llegar: ¿para entonces daría frutos de gloria la última rama de aquel árbol glorioso?, ¿o para entonces habrían ya volado en alas del viento las no cuajadas flores inútiles? De presentarse la rama llena de frutos a la cita de la cosecha, ¿tendrían esos frutos el alma acerba y roja de los primeros de la raza? ¿Serían como purpúreo racimo de acciones heroicas? ¿O bien el heroísmo, en vez de palpitar y moverse en la sangre de la acción, llegaría a fijarse en ese noble y tranquilo heroísmo de la palabra que hace una espada del verbo? En suma, ¿continuaría él, Tulio Arcos, la epopeya color de sangre de su abuelo de la Conquista y de sus demás abuelos libertadores, o bien recogería, prolongándola, enriqueciéndola con su propia riqueza, la tradición de luz, de enseñanza y de bravura, personificada en el último de sus abuelos insignes? Tal vez las dos tradiciones llegarían en él a su fin más alto, confundidas en una sola unidad perfecta, como un perfecto fruto ambiguo que fuese a la vez rojo y blanco, acerbo y dulce. O tal vez, extinguida en una locura de actividad la fuerza de la raza, ésta no daría en él sino vanas flores. [19] Bien podía ser, bien podía todo reducirse a una floración de sueños vanos. La historia de su familia, ¿no hacía muy probable esta hipótesis? Desde el origen, su familia había venido en hazañas múltiples despilfarrando su capacidad para la acción; y así como ésta disminuía, bien podía en grado igual, y de insensible modo, haber venido aumentando su capacidad para el sueño.

En verdad, su estirpe guerrera, al través de muchas generaciones, apenas había consagrado al sueño breves pausas y raros individuos. De todos los Arcos, numerosos como un ejército, apenas hubo dos que penetraron el secreto de la miel escondida en la copa insondable y azul del ensueño.

Uno de ellos fue el más joven de los emigrados a España. Nació a la belleza bajo el cielo granadino. El ambiente de armonía y luz de la Vega lo inició en el ministerio doloroso de la Belleza y del Arte. Quiso, en cuadros imperecederos, poner el alma, el aroma y el color de la tierra andaluza. Nutrióse con la alegría transparente de la Vega, alegría un tanto melancólica, porque hay en su fondo un resabio de lágrimas; se bañó en la lluvia de azahares que, de los naranjos ribereños del Guadalquivir, baja como lluvia de fragante granizo a perfumar la tierra; vio florecer en los balcones sevillanos, al igual de geranios y claveles, auténticas vírgenes de Murillo; bebió, como ebrio sitibundo, la tristeza del paisaje cordobés, y enfermó de la tristeza y de su voluptuosidad, hasta morir en ese mismo paisaje, soñando sueños imposibles como los de un califa insano y voluptuoso. [20]

En los días de la colonia floreció una Arcos que tuvo fama de santidad y cuya vida fue también como un solo sueño. Joven, rica y bella, se hundió en el recogido silencio del claustro. Pasó por entre las meditaciones del convento como una aparecida blanca y dulce. Nadie oyó el rumor de sus pasos, ni vio la huella de sus pies en el polvo. Era un sueño que pasaba... Desde muy pronto, la descarnó el ayuno, la maltrató el cilicio, y el refresco lirio de su belleza fue poco a poco enrojeciéndose, hasta ser una sangrienta rosa expiatoria. La sangre de su crucifixión estaba oculta bajo muy candidas tocas monjiles. Pero si sus tocas monjiles eran candidas, aun más candidas eran las palomas que volaban dentro de su corazón como en un cielo muy puro. Un sueño largo y un largo beso fue su vida, sueño y beso fijos, con fijeza heroica, hasta el último aliento, en los pies del Crucificado.

Ningún otro Arcos probó el suave martirio del sueño, después de la santa y del artista. Y la capacidad para el sueño, sin empleo ninguno, había venido tal vez acumulándose, reservándose en el seno oscuro de la raza, hasta romper en él, Tulio, como una rica vena de agua impetuosa. Así, en vez del héroe, como lo quería y admiraba él, quizá le tocara realizar el tipo de héroe más humilde, quizá le tocara ser un miserable héroe del sueño. Pero nunca dentro de su corazón volaron las albas palomas místicas, y si a la verdad pensaba con deleite en cosas de arte, cuando la palabra <<artista>> se asomaba a su espíritu

algo tímida y recelosa, la fulminaba con un rayo de soberbia y la ahuyentaba [21] y perseguía con su desdén más profundo: <<¡Eso jamás, jamás, jamás!>>

Y como una flor de orgullo, rompía de nuevo en su espíritu la misma reflexión:

<<Un Arcos no podía quedarse viendo pasar la vida, como se queda un soñador o un idiota viendo pasar el agua del torrente.>>

La idea fija le obscureció el carácter, volviéndoselo a la vez más irritable y quisquilloso. Por sus modos de ser, ya desde muy atrás algunos le consideraban como un << hombre original>> o muy <<extraño>>. Esos mismos no tardaron entonces en averiguarle un cierto extravío del cerebro. Su extrañeza consistía en no sentir y pensar como los otros. Y los otros no se lo perdonaban, como no le perdonaban sus actos de generosidad, porque veían en ellos una injuria.

Aun de muchacho, cuando en la calle se tropezaba con una riña, siempre se puso de la parte del débil. Hombre ya, no alcanzaba a divisar un ciego, balanceándose en el vaivén de la incertidumbre temerosa que no acudiera pronto a sostenerle con el apoyo de su mano y de su vista. Una vez, en un barrio extremo de la ciudad, barrio de pobres por donde él pasaba a menudo, cayó el techo de una casa. La habitaba una familia de obreros. En el primer instante, las mujeres y los niños de la casa corrieron gesticulando y gritando su dolor; pero después, disipado el susto, regresaron a la casa en ruina, y llorando y gimiendo se dieron a mudar las pavesas del menaje a la plaza pública más pró- [22] xima. Y él, Tulio Arcos, no se desdeñó de cargar sobre su espalda los resentidos trastos de la pobre gente. La curiosidad malévola olfateó y comentó el caso, entre las risas de muchas boquitas rojas: <<¡Era caso de chiste!>> <<¡Un Tulio Arcos, en pleno día, cargando viejos muebles y ropa sucia!>> <<¡Nada más original!>> <<¡Ya se ve, un hombre tan raro!>> Todo porque no pensaba ni sentía como ellos. Tomaba muy en serio las cosas. Amaba de todo corazón, y de igual manera odiaba o despreciaba. Huía de la chacota, del dicho vulgar, del hombre vulgar; y quería ver en todas partes actitudes y almas bellas. Tenía el entusiasmo fácil, y la justicia pronta. Su juicio, ya sobre cosas, ya sobre personas, era como un chorro de pasión, caliente y brusco. Ignoraba en sus juicios, como en lo demás, las encogidas atenuaciones y el cobarde término medio. Su alabanza era siempre llena y rotunda, como un aplauso estentóreo; y la censura partía de su boca silbando y rigiendo como un latigazo formidable.

Con su cambio de carácter, y exagerando ese cambio, coincidió un fenómeno peregrino. La casa en donde vivía se convirtió para él en una prolongación de su conciencia, o como en una segunda conciencia muy vasta.

La casa era antigua y solariega: la misma de sus mayores. Fuera del conquistador y de alguno más, todos los Arcos habían nacido y muerto en ella. Por entre sus paredes había pasado, como un amplio raudal fecundo, la clara historia de la estirpe. De [23] uno en otro, con el nombre, vino de herencia a Tulio Arcos, y éste la disfrutaba con una tía abuela, sobreviviente de la última generación, y una tía materna que, a la muerte del marido, se acogió al amparo de Tulio, pobre de hacienda y rica de prole. Y de uno en otro la casa había llegado a Tulio, conservándose así como floreció en el duro corazón de la colonia, con su rigidez conventual y sus aires de patricia. Entre las de su especie, era de las pocas aun enteras, porque las otras habían recibido ya, en sus altas frentes de patricias, el beso impuro de los bárbaros. Era grande y fuerte, como las generaciones que nacieron y pasaron a la sombra de sus muros. Cada una de sus paredes era un espeso y eminente murallón que había mantenido intacto su orgullo señorial sobre la ira de los terremotos; un franco y severo soplo varonil llenaba sus habitaciones vastísimas; en sus corredores, largos y asombrados, la más ardiente llama del estío se anegaba como en un pozo de frescura; un patio con un pulido estanque de piedra en cuya concavidad sonora el agua del Catuche se le pasaba contando el secreto del Ávila en su lengua cristalina; otro patio, el principal, lleno de arbustos y flores, y en el medio un ciprés, que tenía más de un siglo, señalando el cielo azul con su flecha de esmeralda; un salón de techo artesonado como de alcázar o de iglesia; y en su fachada, rudas y anchas ventanas imponentes, como ojos llenos de majestad y grandeza melancólica.

Tulio, como sus antepasados, la respetó, no haciéndole nunca sino las reparaciones más precisas. [24] Ni una vez pensó en dejarse guiar de la moda, la voluble tirana extranjera. Porque de una parte la moda, y de la otra el comercio, desde muy atrás venían transformado los nobles casones antiguos en viviendas comunes. Uno tras otro se desfiguraban, decayendo de su esplendor, perdiendo su belleza propia: aquella firme serenidad robusta que tenían del convento o del palacio. Muchos lucían ya en sus fachadas, en vez de las recias y angulosas ventanas de abolengo, ventanillas frágiles y balconetes

ridículos. Poco a poco, una sonrisa de afeminados disfrazaba, como una máscara impúdica, las augustas reliquias de la antigua fuerza.

Tal parecía a Tulio. Para él, todo aquello significaba profanación y ultraje; para él, aquellas ventanas y balcones de títeres, en la fachada severa de una casa de origen semejante al de la suya, eran como un afeitado grotesco en las graves mejillas de una anciana heroica. Pecado artístico por pecado artístico, respetaba aquél gracias al cual llegaría, hasta los más lejanos pósteros, el alma de las generaciones conservada como un perfume en el sutil encanto de las cosas viejas.

Por su propia casa, hasta de la brocha del enjalbegador temía, de suerte que las paredes mostraban desnudo su esqueleto sólido. La brocha, o el pincel, podían inconscientemente mutilar con un borrón quién sabe qué página de luz y de nobleza. Porque en las habitaciones, en las paredes, en los corredores oscuros, estaba escrita la historia de los Arcos. Tulio conocía el punto preciso en donde nació éste, en donde murió aquél, en donde se alzó [25] como excelsa colina de amor el alto lecho nupcial del otro. Cada ángulo, cada muro, cada fresco pasadizo tenía viva sangre de historia, hechizo azul de fábula o pálida fragancia de anécdota. La tía abuela, en cuentos de graciosa levedad, le había dicho toda el alma de la casa.

Y toda el alma de la casa empezó de súbito a vivir para él, con vida poderosa y múltiple. Cada ángulo cada pilar, cada pasadizo tomó para él una figura, un semblante, una voz; y la voz innumerable decía de tradiciones olvidadas y de glorias muertas, a veces imperiosa como voz de conjuro, otras áspera como de reproche, o humilde y queda como de plegaria. Día tras día, lentamente, se le insinuó a Tulio, turbó su alma y lo poseyó como un incubo. Desde entonces, no sólo escuchaba la voz: veía, detrás de cada pilar, una sombra, en el claroscuro de cada rincón un espectro y, extendiéndose por toda la altura de cada pared, un fantasma. Eran sombras de héroes: las sombras de los Arcos muertos que volvían de la tumba, trayendo cada cual, en el gesto y la actitud, la leyenda magna de su vida. Una sola armonía suntuosa enlazaba sombras y gestos, como si todos los héroes hubiesen comulgado en la sangre del mismo ideal, desde los conquistadores vestidos de la coraza con que llegaron a tierras de América, hasta los más recientes e infortunados paladines de la república.

Tulio llegó a sentirse como solo entre una legión de fantasmas, o más bien como un fantasma entre una falange de vivos, pues *alguien* en su interior empezó a decirle como aquellos muertos vi- [26] vían con más vida que él, porque estaban resplandecientes de gloria.

Se puso a dudar de sí mismo. Vivió largos días medroso, humillado y perplejo. En su perplejidad, acabó por no saber si la reflexión abierta como espontánea flor de orgullo en su espíritu, había nacido realmente en su espíritu, o si entró en él con el alma de la casa. Ésta, al fin, lo atormentaba como una obsesión abrumadora. Sobre todo en la noche, todas las noches, ponía en sus huesos el gélido vacío del espanto. La sombra y el silencio de la noche parecían multiplicar al infinito la vida fantástica de la piedra. Apenas llegaba él, teniendo todavía en los labios las últimas palabras de amor blandamente murmuradas a la novia, cuando una sorda irritación comenzaba a palpar y a correr en el suelo y en los muros. Era como si la casa estuviese apercebida a rechazar la invasión de un extraño. La sorda hostilidad se propagaba por las paredes, penetrando en las habitaciones, meciendo los pilares, invadiéndolo todo, hasta colmar la casa con un solo vórtice de ira. A cada paso, bajo sus pies nacían miles de voces, no de reproche ni de ruego, sino de amenaza, que iban tras él, acompañándole, persiguiéndole, como un coro implacable de furias. A veces ni bajo el dulce beso de la sábana lograba sofocar su espanto, porque el grito de la fuente lo seguía a lo largo de la noche. Las voces, después de ser innumerables y de formar coros distintos, acababan por fundirse en una sola voz: en la voz del chorro de agua del Catuche que, en vez de cantar con lengua cristalina el secreto del Ávila, entonces, [27] como furiosa lengua infernal, llenaba de imprecaciones el silencio.

De un modo insensible, Tulio dejó de regresar en la noche a la hora acostumbrada, y a fin de regresar más tarde cada vez, abandonó el hábito de volver de casa de la novia a su casa directamente, y se habituó a los largos rodeos, a caminar sin rumbo por la ciudad, pretextando a veces un coloquio imprescindible con un amigo noctámbulo, inventado, para engañarse a sí mismo, otras mil estratagemas fútiles, como si alejándola o aplazándola pudiese esquivar la tortura de aquel encantamiento diabólico. Y al cabo, las noches de insomnio, los días turbios, tristes, llenos con el recuerdo cruel de la noche pasada y con la cruel perspectiva de la noche futura, quebrantaron su frágil salud, después de hacer aun más

pálido el moreno árabe de sus mejillas y de inflamar, en la desesperada sombra de sus ojos, las fogatas de la fiebre.

De tiempo en tiempo gozaba de paz en el amor de la novia. Pero su confianza no renacía, ni se disipaban su angustia y su terror, sino escuchando a la tía abuela. Porque la voz de la tía abuela encerraba para él una gran virtud secreta: lo refrescaba como un rocío o como un bálsamo. En su voz, muy suave, eran suaves las cosas más duras. Tocadas de su íntima suavidad, como de un fino ácido celeste, se disolvían las asperezas de las cosas. Pero la suavidad no era un atributo de la voz: la voz la servía como al torrente el cauce. Venía de lo más hondo de la abuela, y de toda ella se exhalaba [28] como un perfume. Tal vez era el alma fresca y fugaz de algunas fuentes invisibles. Porque dentro de la abuela había fuentes selladas, hermanas de las que corren, silenciosas y oscuras, por las entrañas de la tierra, soñando con beber un poco de sol y copiar la gloria del azur a través de la verde sonrisa de un prado. ¿Fuentes de lágrimas o de miel? Nadie lo sabía. Nadie conocía tampoco la canción de las fuentes.

Como la abuela hablaba rara vez de sí misma, en su historia –pues ella también tenía su historia– había, para los demás, páginas y fragmentos muy oscuros. Tulio sabía leer tan sólo en algunas de esas páginas, y entre ellas en la de un amor que, en el abril de su belleza, la tía abuela inspiró a uno de sus primos. Ella no le amó, o más bien creyó no amarle. Él no se manifestó vencido: insistió una, y otra, y otra vez; y cada vez tropezaba con un muro de firmeza, que tenía suavidades de rosa. Y no fue la firmeza misma, sino la dulzura de la firmeza lo que en él mató la esperanza. Entonces buscó el olvido o la muerte en una existencia de aventuras. Fue soldado; estuvo siempre en lo más recio de la pelea, en donde caía la lluvia liberadora; y la muerte huyó de él en el campo de batalla. Sus compañeros de armas le seguían con orgullo, ponderaban sus proezas cantaban su gloria: no adivinaron bajo su loco denuedo la desesperación del suicida. Luego arrastró por <<los llanos>> una vida errabunda de bohemio criollo. Se bañó en los ríos caudalosos, donde hierven los caimanes. Probó toda la tristeza de la llanura, el desolado paisaje verde, y saboreó el [29] deleite sano de reducir el potro cerrero y de tumbar toros bravíos. Llevó de rancho a rancho la locura del amor en su presencia, y la locura del joropo en su guitarra. Fue bailador de fandango y guitarrista coplero. Por último, no hallando la muerte, ni

pudiendo, sobre todo, olvidar aquella firmeza obstinada, suave y dulce como una muralla de flor, tronchó de un golpe su vida. Y contaban que, al saber la tía abuela tan desastrado fin, se agitaron un momento sus párpados como asustadizas mariposas, rodaron por sus mejillas inmóviles dos lágrimas, y sus labios guardaron silencio.

Si algo pasó en su alma, nadie lo supo; quedó por siempre sellado. Después, nunca aludió a esa historia.

Muy poco y rara vez hablaba de sí misma. De su propia vida oculta, solamente se conocía la imponderable suavidad con que narraba la vida de los otros. De los otros hablaba mucho y siempre: del hermano, de los tíos, de su padre y de los contemporáneos de su padre. De modo invariable, por sus reminiscencias pasaban la silueta y el nombre de algún personaje ilustre. Y de modo invariable, sus narraciones las balbuceaba con un principio ingenuo:

–Tal día, a tal hora, estaba el Libertador... O bien:

–Tal día, a tal hora, el Libertador me sentó sobre sus rodillas, y dijo...

Pero Tulio muy pocas veces hubiera podido recordar en dónde estaba *aquel* día el Libertador, ni repetir las palabras que el Libertador dijo a la abue- [30] la. Él no existía sino para la caricia de aquella voz que lo refrescaba como un bálsamo. Se entregaba a la caricia de la voz, y a ver en los ojos y la cara de la abuela. Porque la abuela tenía ojos maravillosamente francos y puros como los de un niño: la sombra de la vejez no había osado en ellos marchitar el candor de la infancia. En sus mejillas despertaba el soplo de una muerta primavera, y con el soplo de la primavera, entre los pliegues de la piel apergaminada, pasaba cantando la sonrisa como un agua clara por el surco.

Entregado a la caricia de la voz y a contemplar la sonrisa infantil de la anciana, Tulio olvidaba la angustia y el pavor de sus noches. Entonces, por algún tiempo, en vez de rugir imprecaciones con la voz misteriosa de la casa, las mil sombras de los antepasados parecían tomar la voz y la figura de la abuela. Y en los ojos de la abuela fulguraba el sol de una promesa divina.

Entre la duda y la confianza, entre la amenaza y la promesa, creció y fue poco a poco robusteciéndose en Tulio una resolución inquebrantable. Cuando, al cabo de vacilar mucho, se decidió a comunicársela a Belén, su prometida, ésta se inclinó a dar crédito al

rumor que, llegando hasta ella bajo la hipócrita forma del consejo, le representaba a Tulio como un original, venático o medio loco.

Advertida por vagas preguntas y enigmáticas frases de Belén, su familia se propuso forzarla a destruir de una vez por todas, haciéndolo pedazos, el sereno cristal de su idilio. Pero Belén no se atrevió [31] ni a la más tímida advertencia, porque en los ojos del amante vislumbró una fuerza desconocida, capaz de seguir imperturbable y cruel por sobre todas las rupturas. Antes bien cedió a Tulio, comprendiéndolo o aparentando comprenderle: paloma enamorada de un águila, fingió concebir las audacias del águila, para salvar su tierno amor de paloma.

Difícilmente podía ella entender un lenguaje como el de Tulio, extraño a su medio y a sus preocupaciones de clase y familia. En ese lenguaje se exaltaba lo que ella, por su educación y el espíritu de su familia, tenía en menosprecio: la carrera de las armas. <<¿Podía ella sospechar que en Tulio despertara nunca el deseo de seguir semejante carrera?>> <<¿Eso acaso podía llamarse carrera? Y de poderse llamar carrera, ¿cómo seguirla?>> Belén juzgaba con el perjuicio de los otros. La palabra soldado, para ella, apenas evocaba la figura del matón analfabeta y sanguinario. Sus iguales, todos los hombres de su clase, habían dejado caer la espada invencible de los abuelos en las manos de la chusma. La habían dejado caer o se la habían dejado arrebatar. Y desde entonces poco a poco se acogieron al miserable recurso de menospreciar lo perdido. Menospreciando la pluma y la espada, terminaron por no saber manejar la espada ni la pluma.

Y Tulio pretendía nada menos que recoger las armas, lavarlas de su afrenta y renovar sus glorias. La pluma y la espada, o solamente la espada. Sin él advertirlo, se había contagiado un tanto del menosprecio por la primera de esas armas gloriosas. Además, a la pluma lograban vencerla a cada momento con la mordaza, el calabozo o el exilio. Y el ideal, en aquella época oscura, tampoco florecería en candidas imágenes de belleza, como un jazmín: daría flores como el rosal, en un incendio de púrpura. No rompería con timidez bajo la pluma, en cada palabra, como un azahar o una violeta: surgiría en el extremo de la espada con el triunfo de la rosa. La vara del ideal había de ser una limpia hoja de acero; su flor, una rosa de sangre. La cruz de las espadas era la cruz de la única redención posible. Porque de haber alguna redención reservada a su país, estaba en la guerra. Todos los sucesos, todas las cosas lo decían muy claro. Y las almas empezaban a

descifrar con sencillez aquella lengua de las cosas que antes imaginaban sabía y confusa como una lengua de sibilas.

Por todo el ámbito del país rondaban siempre la revolución, como hostigada fiera en la noche. De cuando en cuando aparecía y desaparecería, para más tarde aparecer y desaparecer de nuevo, semejante a la fiebre anunciadora del mal clavado como una saeta en las vísceras profundas. Ella, por sí sola, no era el mal, sino un síntoma del mal. Y exagerando el síntoma, la fiebre que iba y venía por todo el país, de cuando en cuando sofocada, pero no extinguida nunca, se caminaba a la salud, aunque se creyese paradoja. Sólo por la guerra se crea y se redime. Y Tulio se indignaba, entonces, pensando en aquel postulado de cobardes, por el cual se reconoce preferible a la mejor de las revoluciones el peor de los gobiernos. Invención del político ducho y del comerciante su cómplice, para abastecer tran- [33] quilamente las arcas, tal postulado lo acogieron los pobres de espíritu, los vencidos bajo la férula de una moral de esclavos y los próximos a delinquir; unos, porque hallaron en él un pretexto fácil a su inacción y vileza; otros, porque en él hallaron preparada, como por manos complacientes, la mejor de las excusas. ¡Los cobardes! Nada sin la guerra se crea. En la naturaleza, una guerra perpetua es la perpetua creadora. La guerra forma pueblos, constituye naciones, hace la unidad y grandeza de las razas. Da vida, pan, oro y belleza. Cuando parece destruir, construye; cuando parece empobrecer, acumula tesoros. Como hermanas gemelas, de su pródigo vientre nacen la gloria del capitán y la gloria del artista: el laurel tinto en sangre y la obra de arte vestida de candidez impoluta. Y así como nada se crea sin la guerra, porque sólo es creadora, sin la guerra nada se rescata, porque sólo ella sabe cancelar todas las injusticias. ¿Cómo, sin ella, redimir a los pueblos de sus miserias y dolores? ¿Cómo, sin ella, desbaratar la montaña de sombras que oprimía la frente de su patria?

Y Tulio consideraba, con una sola ojeada, la montaña de sombra y de tristeza. Arriba, muy arriba, el primero que por traición y de asalto llegó hasta ahí con sus instintos de lobo; a su alrededor, lo más impuro de todas las clases, desde el renegado hijo de próceres hasta la hez de la plebe; debajo, muchas almas pálidas a cuyo honor pusieron sitio con el fuego y la sed; más abajo, un pueblo moribundo de tristeza y de hambre; y más abajo todavía, la simple honradez, la dignidad, la entereza, [34] todas las virtudes heroicas,

escondiéndose en la penumbra como tímidas pobres vergonzantes, o aherrojadas en el calabozo, o camino del destierro.

Sin ver hacía atrás, Tulio entró, y fue recibido con júbilo, en las filas de los eternos custodios de la esperanza, bajo aquel montón de tristezas e ignominia.

Ayudó con su fortuna, dio y comunicó su entusiasmo. Y mientras llegaba la ocasión de sacrificar hasta la vida, se empeñó en atraer a sus iguales a la causa redentora. Fue a ellos, y por entre ellos marchó como entre zarzas armadas de hostiles púas. No le comprendían. «¿Qué ha pasado? –le preguntaban–. ¡Si no hay nada que redimir! ¡Si no hay nada que cancelar! ¡Si todo está perfecto!» No le comprendían, porque no conservaban ni una centella del alma de sus abuelos libertadores. Vivían en su país como extranjeros. En ellos alentaba un alma nueva de hebreo cosmopolita. Para ellos no existía redención fuera del trabajo, y llamaban así al *trabajo* del judío: el interés a tanto por ciento, la usura... Soñó hallarse en Florencia y despertó en Cartago. De la tienda florentina, del mercader florentino salieron los *condottieri*, los capitanes, los príncipes los grandes políticos, los grandes humanistas y, flor la más alta, el poeta. En su patria, la misma evolución, pero invertida. Así, del poeta, del humanista, del político, del capitán, salió una turba inacabable de mercaderes.

Ese torpe hallazgo no fue sino el principio de un largo aprendizaje doloroso. Conoció falsedades [35] contra las cuales no había sino otra falsedad; conoció perfidias contra las cuales era necesaria otra perfidia. Pero él no supo valerse de las armas innobles.

De súbito, un día, la traición desconcertó las filas de los nuevos cruzados. La red, tendida en la sombra, enredó en sus mallas al de voluntad más fuerte. La mayor parte de los otros, desalentados, locos de temor, se desbandaron, buscando la salvación en la fuga.

Sólo unos pocos prefirieron, a la deshonrada de la fuga, caer como paladines en el campo. Eran muy pocos, porque eran la falange del ideal... y largo tiempo caminaron, de peñasco en peñasco, de sierra en sierra, desgarrándose la ropa, desgarrándose la carne, sufriendo hambre y sed, los nuevos paladines. Confiaban en sus fuerzas y en el triunfo, porque eran la simple honradez, la dignidad, el amor patrio, la entereza, todas las virtudes heroicas. Pero el tiempo corría, corría, y nadie les contestaba. Mientras ellos marchaban de risco en risco, desgarrándose la carne, sufriendo hambre y sed, la indiferencia de la ciudad

iba a sentarse a la plaza pública, y en la plaza pública reía, disertando de cosas ligeras. Nadie les contestaba. No les respondían sino el eco de la montaña y la desolación de la llanura. Tal vez porque eran la corta falange del ideal...

Por fin se vieron acosados de muy cerca, y los envolvió en su círculo de salvaje clamor la rabia de la jauría. Tulio cayó prisionero: le cargaron los pies de grillos y las manos de esposas. No le faltaba [36] ya sino la última gota de hiel: su libertad inmediata, recabada con el valimiento del hombre que él despreciaba más en toda su familia.

Se le ponía en libertad bajo fianza, con la expresa condición de abandonar el país por algún tiempo: era el destierro, un destierro benigno como para el adversario de escasa monta.

Pasado su primer ímpetu de indignación y repulsa, reflexionó y aceptó, representándose la lejana playa extranjera como una buena invitación al trabajo o como un lugar de reposo y olvido. Desde lejos, tal vez trabajaría mejor para su obra. Rico, aprovecharía su tiempo en viajar, en aprehender cosas útiles, en reunir materiales para la obra futura de redención y vida. Se casaría para no estar muy solo. Y quién sabe si, casándose y quedándose a vivir por allá lejos, tal vez olvidaría. Quién sabe si, al correr del tiempo, acabaría en la jaula de una oficina de cónsul, como un buen cachorro de león domesticado. Quién sabe si, como otros, acabaría por olvidar el dolor de su patria, viviendo de ella y lejos de ella, en un dulce apartamento egoísta. Quién sabe si olvidaría hasta el reclamo de la raza. Tal vez, con un poco de buena voluntad, se arrancarían a su propia estirpe, se arrancarían a su propia casta, para salir de ella transformado en un ser distinto y nuevo, como la mariposa de la oruga. [37]

LOS viajeros desembarcarían a pasar la noche en tierra. Por la tarda hora del arribo, no se libertarían sino al amanecer el día siguiente de los lentos enojos de la aduana. Con excepción de algunos, resueltos a quedarse a bordo, la mayor parte se preparaban a ir a tierra en el vaporcito de la Compañía. Éste avanzaba hacia el transatlántico inmóvil, cortando la onda como un ala de golondrina y rasgando el aire con un silbido intermitente y agudo, cada vez más agudo, como una risa traviesa y despreocupada de chiquitín con la cual saludaba el vaporcito a su majestuoso hermano mayor, apenas recién llegado de la remota América.

Los pasajeros, prontos al desembarco, pensaban en la tierra con interna delicia: ya se veían paseando por las calles de la ciudad, sin el mareante balanceo de a bordo; ya se miraban comiendo, al rededor de una mesa de restaurante, una comida algo diferente, por lo menos, de la saboreada todos los días anteriores en medio de la promiscuidad no siempre grata de la mesa común; ya, sobre todo, se con- [38] sideraban camino de un buen hotel, a dormir en una cama ancha, fresca y muelle, en donde los miembros pudieran extenderse y esperezarse con toda holgura, hasta olvidar el nido de impacencias, incomodidades y estrechez del camarote.

Algunos pensaban con melancolía en la dispersión inminente de las almas, unidas y casi hermanadas por la intimidad forzosa de la cárcel errabunda.

Pero sobre todos los pensamientos y deseos aparecía una curiosidad malsana, la misma curiosidad malsana, impura mezcla de placer y temor, que lleva a muchos hombres al paraje en donde se vertió la sangre de un crimen, y los inclina, con irresistible y morboso halago, a escudriñar el rostro de los moribundos y los muertos. Casi todos lo viajeros, mientras para el próximo desembarco adelantaban sus preparativos, prometían a esa curiosidad impura un espectáculo precioso, a fuerza de ser ingenuo y raro. Sin confesárselo a sí mismos, casi todos abrigaban la cruel esperanza de ver cómo saltaría, en los ojos y el alma de un hombre, un gran dolor imprevisto y desnudo, sin la sombra de un velo. La ocasión no permitiría las reticencias, el disfraz ni el disimulo. No verían rastro de alma, o verían un alma, toda convulsa y trémula, asomada a la puerta de unos ojos, como una tímida vieja mendicante. No verían rastro de dolor, o verían un gran dolor desbordarse y correr, saltando por entre ellos como un torrente libre. Verían el torrente anegar los ojos, ahondar las mejillas y devastar alma y cuerpo del que esperaba, del prome- [39] tido que, ahí cerca, en balde esperaba a la prometida, del esposo que, ahí cerca, en balde esperaba a la esposa; en balde, porque ellos la habían dejado atrás, muy atrás y por siempre, sepultada bajo una lápida movediza y frágil, sin la tierna señal de una cruz, de un mármol o una piedra, en un lugar dudoso, en una indecisa ondulación del interminable camino azul, sobre cuyo tenue polvo de zafiros no se imprime la huella de los pasos.

Involuntariamente, con los ojos, buscaron al que esperaba en balde ahí cerca. Lo buscaron en el muelle muy largo, que penetra mar adentro, rompiendo las aguas como el gigantesco brazo de un cíclope. Sobre el muelle había grupos de curiosos; y ninguno de los

curiosos agitaba las manos o el pañuelo en señal de bienvenida. Ahí no estaba Tulio. Luego, lo supieron esperando en el muelle de la Compañía, para inmediatamente desechar, apenas formulada, esa hipótesis. Él debía saber, como todos, que el vapor no atracaría hasta doce horas después al muelle de la Transatlántica. Entonces pensaron si Tulio vendría en el vaporcito que se aproximaba ligero y retozón, desconcertando la tristeza crepuscular con su alta risa estridente. Pero el vaporcito llegó, se acostó al transatlántico, y entre sus pasajeros, ya escala arriba, nadie vio ni sospechó a Tulio.

Y los ánimos empezaban a impacientarse ante lo inútil de la espera, cuando sobrecogiéndolos, desgarrándolos, entró en ellos el sonoro y agudo estilete de un grito:

–¡Belén! ¡Belén! ¡Belén! [40]

Era Tulio Arcos. ¿Cuándo y cómo llegó? ¿Quién le dió la noticia? Junto a él estaban su cuñado y la mujer de su cuñado, llorando silenciosas lágrimas dulces. El tiempo, consolador, había templado poco a poco sus lágrimas. Algunas mujeres lloraban, envidiando a la muerta, con una cierta envidia generosa. Algunos hombres, pálidos, conturbados, volvían los ojos a la tierra. El viajero de frialdad irreductible, que se había hecho una verdadera ciencia de tacto y de mesura, saludó con insólita efusión a Tulio Arcos. A cubierta, con su colega de la sanidad, llegó el médico de a bordo: conmovido, se descubrió la cabeza y consideró un instante el duelo de aquel grupo. Creyóse obligado a ir hasta el grupo con una palabra de pésame, como con una limosna; pero vaciló, reflexionó, ante el dolor del esposo recordó a la esposa muerta y sepultada en el indeciso y largo camino azul, pensó con ternura en la propia novia que lo aguardaba en Nantes; y entregado a esas vacilaciones y reflexiones, el doctorcito Bretón, cada vez más confundido, no se resolvía a interrumpir la solemnidad augusta del duelo, mientras, agujoneado por su misma timidez, el tic de sus párpados y frente se precipitaba, magullándole los ojos, en una danza vertiginosa y terrible.

–¡Belén! ¡Belén! ¡Belén!

El grito obstinado como una acusación tremenda, no cesaba de caer en las aguas: cabalgaba sobre la ola, cabalgaba hacia el horizonte, reclamándole al mar su conquista; y el mar, sobre la ola, balanceaba el grito, cual si fuese la más vana flor de la espuma. Viejo vencedor codicioso, el mar no oye [41] reclamos, ni devuelve casi nunca a la playa su botín

de belleza. Impávido, seguía batiendo los costados del vapor con sus olas breves, turbias y agitadas.

Las aguas del Loira, entrando en el mar con un rico tributo de limo, conmovían la ola: quebraban su cuerpo diáfano y empañaban su luminosa alma verde. Y la ola, quebrantada y turbia, iba y venía, llevando sobre su dorso trémulo el grito de la acusación implacable. Pero el mar no replicaba sino cantando su eterna antífona ronca, dilatando su eterna sonrisa indiferente bajo el cárdeno suplicio del crepúsculo.

–¡Belén! ¡Belén! ¡Belén!

En el dolor de aquel grito había algo inhumano, algo de extrahumano, que la mayor parte de los hombres no entendían, y que, sin embargo, parecía hablar con una clara lengua perfecta al corazón mismo de las rocas. Tal vez lo entendía el misionero que bendijo la sepultura glauca, porque él sabía mucho y sonreía siempre. De seguro lo entendía el marinero que estaba tirando de una cuerda con sus manos callosas, y de tiempo en tiempo miraba hacía la escena triste con ojo esquivo, encapotado y húmedo. De seguro lo entendía el marinero de alma simple y de cuerpo, como el cuerpo de las piedras, obtuso y basto. Si él no comprendía las palabras, porque no eran palabras de su idioma, conocía muy bien el dolor y la música del grito. Los había oído en playas distantes, junto a islas desiertas. Los había oído siempre después del temporal que despedaza velas de buques y alas de gaviotas. [42] Los había oído, navegando por los mares del trópico después de un temporal, en el grito de una gaviota abandonada. Sobre un peñasco abrupto, saliente y solo, como una angustia de naufrago en medio del océano, la gaviota blanca revoloteaba, clamando su viudez, en vano clamor desesperado, sobre el desierto azul e impasible.

–¡Belén! ¡Belén! ¡Belén!

Y el grito cabalgaba, cabalgaba, sobre la ola turbia. [43]

TULIO emprendió el regreso a París aquella misma noche. No quiso esperar a que los pasajeros del buque se viesan libres de los lentos enojos de la aduana. Le repugnaba la perspectiva de viajar en un mismo tren hacia París con alguno de

ellos. Esquivaba la presencia de su cuñado y de la mujer de su cuñado: más tarde, en París, ellos le buscarían a él o él iría a ellos, y tiempo tendrían entonces de lamentarse y de llorar juntos.

Quería estar solo, con su dolor y con sus lágrimas. Le hacía daño ver la cara de los que asistieron a los funerales de la novia. Cada uno de ellos, espectadores indiferentes, le había robado algo irrecuperable y divino: algo como el destello de belleza que debió despedir, como el rastro de fragancia que debió dejar su blanca estrella de amor, al caer y extinguirse en la noche azul del océano.

Recogido en un ángulo de un compartimiento del tren, lloró y sollozó mucho, escondiendo bajo el *plaid* su rostro anegado en lágrimas, tratando de ahogar con su pañuelo el sollozo precipitado y cre- [44] ciente, cuyo ritmo pareció poco a poco seguir el ritmo del hierro trepidante, de suerte que, a medida que avanzaba el tren, la música del sollozo fue una misma con la música bárbara de la rueda torturada y arrastrada en una cárcel de metal inflexible. Pero su llanto no se desahogó y fluyó con soltura, ni su continuo sollozo perdió la rigidez y el ritmo áspero del hierro, sino a la llegada a la estación de París, en el tierno abrazo de Ocampo, su amigo y compatriota.

Ocampo era médico y joven, tan joven como Tulio. Aunque unidos por un cierto lazo débil de parentesco, pues cosa de un siglo atrás emparentaron sus familias, hasta el momento de encontrarse en Europa se conocían apenas. Fue en París donde en realidad se conocieron, donde una seguida frecuentación, llevada con gusto recíproco, los convirtió en dos buenos amigos cordiales. Gran semejanza de origen y pasiones e ideas comunes trabaron con solidez el cimiento de su amistad, a pesar de alguna diferencia en el carácter, o a causa tal vez de esa misma diferencia. De grado en grado, Tulio permitió a su nuevo amigo entrar en el secreto de su vida, hasta dejarle ver en el alma de sus proyectos de gloria. Cuando no se iba de viaje, habitaba con él, en serena intimidad, el mismo piso de una casa cuyas ventanas caían sobre el claro verde y luminoso del jardín del Luxemburgo.

Ocampo, avisado por telégrafo, esperaba en la estación el violento regreso de su amigo. Ya él sabía del triunfo siniestro de la onda. Al verse, los dos amigos en el mismo andén se abrazaron; y [45] abrazados estuvieron largo rato, llorando en silencio. Fueron hasta un coche sin cambiar palabra. Ocampo se apartó a decir una dirección al cochero. Luego, ya en el coche, cuando éste empezó a rodar, dijo:

–Iremos a casa, ¿no es verdad, Tulio?

–No, no: vamos a la *Avenue Montaigne*.

–¿Para qué a la *Avenue Montaigne*? ¿No es un dolor inútil? ¿Por qué no a casa? Al fin has de volver. ¿Por qué no desde hoy? En casa puedo estar mucho más tiempo contigo. La *Avenue Montaigne* me queda para todo muy distante. Además, en casa todo está como a tu partida, todo te espera con un buen saludo afectuoso. Te espera tu mismo cuarto, aquel que da sobre el jardín; te espera la misma vieja patrona; te esperan nuestros buenos hábitos antiguos: nuestras conversaciones de siempre y nuestros paseos del anochecer, bajo los árboles amigos del Luxemburgo, por entre las estatuas amigas de las reinas de Francia.

–No, no. Llévame a la *Avenue Montaigne*.

–¿Por qué no a casa? De de ocurrírsete disponer algo en la *Avenue Montaigne*, puedo hacerlo yo mismo. Puedo ir allá, en un momento libre, y disponerlo todo: despedir la sirvienta y recoger las llaves. Me parece lo mejor, Tulio.

Y Tulio volvió a negársele. No quería escucharlo, de ningún modo. Quería ir con la sombra de la muerta a donde pensó llegar con el tesoro de gracias de la viva. El departamento de la *Avenue Montaigne* se le aparecía como una estación forzada en la vía crucis de su duelo. El principio de las exequias [46] había de ser en donde mismo debió cantar el beso de las nupcias. Pues aquel departamento, al través de largos días embellecido y ordenado, se prometía resplandecer y exultar en la verdadera fiesta de las bodas.

Ahí comenzaría a borrarse la impresión de fórmula pálida y fría de un matrimonio celebrado a través del océano, con un simple poder, a la manera yanqui, tal un feo negocio triste.

Luego, la frialdad insulsa de la fórmula se desvanecería, sin dejar ni un rastro, con el viaje de novios emprendido hacia Italia, o Suiza, o hacia otro cualquier paisaje de belleza.

Sin embargo, a su llegada a la *Avenue Montaigne*, Tulio vaciló, tal vez arrepintiéndose de no haber seguido el consejo de Ocampo. De toda la casa y de cuanto había en ella, algo voló a su encuentro con el vuelo convulsivo del sollozo. Acostumbrado a ver en las cosas la promesa de jubilantes paraninfos, ahora las cosas lo acogían como inconsolables plañideras. Para él no había duda: los muebles, los espejos, los tapices, todas las cosas del departamento sollozaban. Las conocía muy bien: largo tiempo las había

acariciado con las manos y los ojos. Él mismo las fue a buscar al fondo de vastos almacenes, asfixiantes y oscuros. Y Tulio, recordándolo, se representó su larga y vana peregrinación a través de los bazares de París, de tienda en tienda.

Todo el tiempo de esa peregrinación, vivió como quien se estuviera iniciando en un misterio gozoso y divino. A veces lo acompañaba y lo ayudaba con sus luces y experiencia una anciana compatriota. [47] Pero nunca anduvo solo: siempre iba en un perpetuo coloquio interior con la adorada. Evocaba el gesto, las palabras y las conversaciones de Belén, para descubrir sus preferencias y adivinar sus gustos. Evocaba todas las maravillas de su cuerpo y de su alma, para con ellas armonizar el estilo y color de los muebles, el encaje y sutileza de las cortinas y el matiz de las alfombras. Largo tiempo tanteaba las cosas con los ojos y las manos, combinando sus formas, grandezas, colores y matices. Los objetos, en su imaginación, llegaban a ser un conjunto armonioso y muy suave, sin sombra de brusquedad, con las líneas, la voz y el alma de la ausente. Y los combinaba una y otra vez, en una incesante recomposición de escenas de íntima vida futura. Quería que los muebles tuviesen algo de soberbia real, como para una soberana, siendo a un tiempo blandos, muy blandos, para con su terneza proteger la endeblez primorosa de un niño. Le preocupaba la forma de los espejos y el agua tersa de sus lunas. Los quería de forma arcaica, semejante a la de algunos raros tipos de la época de oro de Venecia, de cristales diáfanos, límpidos, como un agua pura, en cuyo éxtasis perenne pudiese entrar, sin temer de mancillas, la casta imagen de la novia. Le preocupaba, sobre todo, la elección de alfombras y tapices. Con amorosa terquedad manifiesta les palpaba su dócil vellón: lo arrugaba y desarrugada, lo enredaba y desenredaba como una cabellera, buscando la aspereza más oculta. Nunca le parecía bastante dulce y tierno el pelaje de la alfombra: lo quería de una dulzura y suavidad infinita, como [48] si por la alfombra no fuesen a correr sino vivos lirios frágiles.

Antes y aun después de elegir, prolongaba, retardaba sobre los objetos la caricia de las manos y los ojos. Como una flor, sobre las cosas deshojaba la caricia. Entre tanto, su coloquio interior con la adorada proseguía resonando como un himno, como una plegaria o como un beso. Y tanto de su coloquio interior como de la caricia de sus manos, pasaba a las cosas algo de él, algo íntimo de él: una centella de su alma. En cada cosa –mueble, tapiz o espejo– quedaba un alma, hija de la suya. Con su vibración, cada alma comunicaba al

cuerpo muerto de la cosa la inquietud viva de la espera. Así, espejos, muebles, tapices, todos los objetos de la casa eran como voces acordadas en el silencio y prevenidas a romper, a la aparición de la novia, en música de inmarcesible epitalamio.

Pero los objetos y las almas de los objetos, burlados en su espera, en vez de romper en un concierto epitalámico, prorrumpieron, desgarrada su armonía, en la música disonante del sollozo. Éste fue el sollozo que voló con vuelo convulsivo al encuentro de Tulio.

Y Tulio contestó al sollozo con una explosión de llanto.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Yo lo sabía, Tulio. Vámonos a casa. Al fin has de volver... ¿Por qué no desde hoy? Aquí no puedes quedarte. Este departamento no evoca en ti sino tristezas. La calle es triste, el mismo barrio es triste. Vas a estar aquí como un desterrado que a nadie conoce. Allá, al contra- [49] río, todo es alegre, todo tiene un aire bondadoso de familia, y se vive como en una prolongación ideal de la patria. Allá, desde tu cuarto verás el jardín del Luxemburgo. Los árboles casi todos están ya vestidos de hojas nuevas.

Pero Tulio volvió a negarse. Ya estaba ahí; ahí se quedaría. Se quedaría una semana, muy poco, el tiempo de permitir a la curiosidad indiferente o piadosa de sus coterráneos desfilarse por delante de él, llevándole en cada cual un poco de olvido o una palabra de consuelo. Además, debía también despedirse de aquellas cosas. No en balde en cada una dejó un latido, una parcela de su alma. Debía deshacerse de ellas, abandonarlas muy pronto, dejándolas pasar, con algo de lo más puro de su ser, a las manos de algún revendedor insensible.

Ocampo no insistió de nuevo; antes bien, como el llanto de Tulio poco a poco degradase en una pausa larga y tranquila, decidió acudir a sus quehaceres más indispensables. Más tarde, tan luego como saliera del laboratorio adonde iba, regresaría a la *Avenue Montaigne*. Caso de adivinar lo que estaba por sobrevenir, nunca se habría marchado. Porque apenas él se alejó, por la misma puerta la vida entró hacia Tulio en una ironía monstruosa.

Cuando la sirvienta le anunció a dos hombres de casa de Labrousse, Tulio no percibió el sentido sino el rumor de las palabras. No comprendía las palabras de la sirvienta. No conservaba recuerdo ninguno de su encargo hecho a la casa florista. Según ese encargo, la tienda de flores proveería a que el departamento de la *Avenue Montaigne* [50] viese en la precisa ocasión dispuesto a recibir el cortejo de las nupcias como un

estrecho vergel rebosante. Con inconscientes ojos vagos, Tulio vio entrar a los dos hombres. Entraron y salieron varias veces; y al entrar, siempre iban cargados con ramilletes de flores, con cestillos de flores, con manojos de flores, todas bellas. Orquídeas raras, violetas de Parma, rosas de Niza: flores de invernadero, hijas de la más extremada solicitud, e ingenuas flores frescas, hijas del sol, recién abiertas al primer soplo tibio en los jardines mediterráneos. Unas y otras abundaban en fragancia, triunfal aspiración del zumo de la tierra; y unas y otras abundaban en música, en la rica música de las rimas que abril acabada de componer en sus corolas. Y todas llegaban, prevenidas también a deshacerse, a los pies de la novia, en epitalamios de perfume.

Al aparecérselo a Tulio, como en un relámpago de conciencia, toda la verdad, se arrebató en ira. Entró en la salita, abrió una de las ventanas y empezó a echar afuera manojos de flores. Éstas, durante largo tiempo, cayeron sobre la calzada, sobre la acera y los árboles de la avenida. Arrojadas cada vez con más prisa, caían con la precipitación creciente de una lluvia.

—¡Señor, no haga usted eso, no haga usted eso! —gritó azorada la sirvienta, mientras corría a cerrar la ventana.

Tulio, sin decir palabra, extenuado del esfuerzo, palidísimo, se retiró de la ventana a desmadejarse en una poltrona.

Entre tanto caían las últimas flores, y una rosa [51] y una orquídea se enredaban, al caer, en el sombrero de una bella transeúnte. Al ver las flores, la dama sonrió, la cara al cielo, a la fragante lluvia imprevista. Como era el mes de abril, y todo, arriba, era azul, quizá pensó en un vuelo de la Primavera, en el vuelo de una primavera que al volar esparciese rosas, como en la sencilla pintura de Sandro.

Tulio lloraba y sollozaba en la poltrona. Su arrebatado pueril se resolvía en lágrimas y quejas. Mucho daño le habían hecho aquellas flores. En su color y en su fragancia le trajeron la más cruel de las injurias. Le insultaron con sus pétalos, porque sus pétalos llevaban para él una tremenda ironía, como debe de ser la ironía de un dios, muda y perfumada.

¿A qué venir aquellas flores, cuando ya no le era dado consagrarla ni a la viva ni a la muerta? No podía con ellas envolver el cadáver de la novia como en una mortaja de perfumes; no las podía tender sobre su ataúd como un paramento de seda florecida, ni

siquiera se las podía ofrendar a sus reliquias, en un rincón de cementerio, hacinándolas como un túmulo o desparramándolas como una losa. Ningún cementerio guardaba las reliquias de Belén, o las guardaba el cementerio más vasto y menos compasivo, aquel que sobre sus muertos no permite ni la ruin señal de un número.

Y Tulio, de pensar en las flores, fue poco a poco llevado a pensar en la muerte. Jamás la consideró con los ojos nublados de miedo, a través de las angustias del cristiano. En cosas de religión, había [52] compartido con la tía abuela una cierta indiferencia dulce. En la biblioteca de la tía abuela eran muy eran muy escasos los libros devotos, mientras que los heterodoxos de españoles y franceses resultaban, en comparación, casi infinitos. Algunos de los últimos estaban ahí desde fines del siglo dieciocho o desde los principios del diecinueve, de tal suerte que Tulio, delante de ellos, fue asaltado varias veces de la duda, no sabiendo si atribuir a tolerancia o a descuido de los gobernantes hispanos de entonces, la introducción de unos libros en cuyas prosas, entre hojarasca de sensiblerías, iban gérmenes de incendios y gritos de tempestades.

Como al pensar en cosas de religión, si alguna vez pensó en la muerte, fue con la misma indiferencia dulce. De su estirpe batalladora conservaba quizás el desapego a la vida, o bien la muerte no lo había cercado nunca en el horror de sus tinieblas. Era él muy niño cuando perdió padre y madre. La muerte no había hecho sino rozarlo, al pasar, como una viajera silenciosa. Ahora, al contrario, acababa de herirlo en medio del corazón, desconcertándolo como una noche que plantara de súbito su tienda de sombras en el centro del día.

Tulio se encontró de improviso en una obscuridad preñada de misterio. El misterio lo aumentaba la circunstancia de aquella muerte en plena juventud y en plena mar, como el extinguirse de una viva exhalación al beso de la onda. ¿Aquella muerte no revelaba entre la existencia del mar y el destino de Belén una perfecta armonía profunda? Belén tenía los ojos como glaucos remansos limpios [53] cuajados de sueño, y el cabello como un alga rizada y oscura que trenzaron las ondinas con sus diáfanos dedos luminosos. En el fondo del océano, según el creer de los pueblos, hay pérfidas deidades y monstruos malignos. Tal vez con aquella muerte, la mar y sus dioses vengaban antiguas pero inolvidables injurias. Los antepasados de Belén no sólo arrebataron a la mar islas y continentes: uno de ellos penetró hasta sus arcas de zafiro y sacó a la luz de las playas incalculables tesoros. La mar,

perla tras perla, vio caer la mancilla de la profanación en sus joyas más puras; y mucho tiempo en vano se lamentó entre las rocas de Cubagua y sobre las playas de Margarita. Claras primicias de un mundo, su robador las llevó, como presente magnífico, a los pies de una reina. Y ahora la mar se vengaba, cobrando en una virgen, descendiente la más pura de aquel terrible pirata, la virginidad entera de sus joyas.

Pero acaso no había semejante venganza de la mar: ésta, quizá, no tenía en la muerte de Belén la menor culpa. Aquella muerte bien podía ser la venganza que tomaban de él – Tulio– sus propios antepasados. ¿No merecía el odio y venganza de los abuelos? Había burlado por igual sus amenazas aterradoras y sus promesas divinas. Con el tiempo, había llegado a recordar la cólera augusta que encendía el alma de la casa paterna como se recuerda una pesadilla remota. Y en la promesa divina que de cuando en cuando lo exaltaba, se acostumbró a no ver sino pobres engañosas del deseo. ¿Qué había hecho en el destierro sino viajar y adornarse el espíritu [54] como una mujer sus carnes? ¿Qué había hecho sino entregarse en alma y cuerpo a una estéril cultura del yo, afeminada y egoísta? Apenas trabajó al principio en sus proyectos de gloria. Después, pensó en ellos y habló de ellos con tibieza. Por último, pudiendo volver a su país, prefirió quedarse lejos de él, acogándose cobardemente al reposo del olvido, cuando a lo lejos, llamándole, se oía la algazara de la lucha. ¿No había él puesto cada vez más bajo su ideal, hasta hacerlo accesible a toda alma plebeya? Calor de familia, y un seno amoroso, y una blanda quietud interminable: ideal de mercader para cuando realice una fortuna, o de funcionario poltrón para cuando el Estado lo jubile. ¿Qué había hecho él sino reducir su alto ideal orgulloso a ese ideal de plebeyo?

Y los héroes muertos, vestidos de ira, previnieron la afrenta probable. Se vengaron, quebrando el objeto de amor, el oscuro ideal del último vástago de ellos, débil y enfermizo. Ellos, los rudos, los fuertes los brutales, pero también los gloriosos, no buscaron jamás en el amor sino el descanso breve de una jornada rica de triunfos.

Así, Tulio, fantaseando y fantaseando, empezó a divagar como un loco. Siempre más numerosas y más rápidas, las divagaciones empezaron a correr a través de su espíritu como una desbocada fuga de cuadrigas violentas. Para contenerlas fue preciso que el dolor despuntara en la frente de Tulio. Clavósele en una de las sienes una como punta de dolor; bajo la piel de una de sus mejillas, comenzaron luego a deslizarse, hiriéndolo, como

infinitas láminas de acero diminutas; y del fondo de uno de sus ojos partieron las primeras moscas de luz la neuralgia.

Ocampo, al volver, lo halló en el auge de su mal encorvado de actitud, comprimiéndose con ambas manos el dolor y refrenando su gemido a duras penas. Bajo la piel de su cara se veía pasar el temblor angustioso de los músculos, tal como raudas y cortas ondulaciones provocadas por el violento y sucesivo caer de innúmeros guijarros en un agua dormida.

—¿Lo ves, lo ves, Tulio? Por no oír mi consejo.

Ocampo no agregó otra cosa: inmediatamente se puso a discurrir un plan de terapéutica formidable: «Morfina y éter: desvanecer el dolor y alcanzar que el enfermo pase toda la noche durmiendo como un niño. Sobre el ala vaporosa y ágil del éter se van los duelos más graves, los recuerdos más graves, todas las pesadumbres. Desde el siguiente día, proponerse arrancar a Tulio de aquel departamento de la *Avenue Montaigne*. Y más tarde, cuando estuviese ya instalado en su casa frontera al Luxemburgo, vendrían los paseos por los alrededores de París, a las orillas del Sena, bajo las frondas de Meudon; vendrían los baños de campo, de sol, de cielo azul; y al fin y al cabo, justa corona de una terapéutica sentimental, vendrían también los besos de un amor cualquiera: el amor de cualquiera Manón, Julieta, Blanca o Fifina...»

Y Tulio, en efecto, durmió como un niño aquella noche. [57]

Al abrirle a Ocampo, la sirvienta, con aire de misterio, le dijo:
—Le estaba esperando con impaciencia: varias veces he bajado hasta el portal y ya comenzaba a creer que usted no vendría, porque hoy ha tardado usted como nunca.

—¿Pues qué pasa?

—No, no se asuste usted... No es nada de particular... Pero he tenido mucho miedo. El señor de Arcos, todo el día se lo ha pasado hablando a solas. En distintas ocasiones he entrado en su cuarto, y en mi presencia continuaba hablando y sonriéndose, como si hablara y se sonriera con una persona invisible. Era como si delirase... Y de pensar esto, recibí un gran susto.

—¿Pero qué decía?

–No lo sé: musitaba o hablaba en alta voz, pero en su lengua. Venciendo mi susto, le hablé, y él contestó de un modo preciso a mis demandas. ¿Tendrá él, como otros, la costumbre de hablar en alta voz consigo mismo? De todos modos, yo estaba esperándole a usted bastante inquieta. Pase, y véa- [57] lo: quizá duerme, porque hace rato que no lo oigo.

Ocampo entró en la sala y pasó a la alcoba de Tulio. En la puerta misma de la alcoba le salió al paso un olor conocido. Pero él no se fijó sino en la actitud tranquilizadora del enfermo. <<¿La sirvienta no habría soñado?>> Tulio no dormía: descansaba, revelando en su perezosa postura la suave fatiga de la convalecencia, más grata que el mismo bienestar; su mirada resplandecía fresca y serena, y todo su rostro se bañaba en esa gran placidez en que germina y despunta la sonrisa, como en el silencio de la tierra germinan y abren las flores. Muy naturalmente respondió al saludo afectuoso del recién llegado:

–Mucho mejor. Creo que no se renovarían las torturas de estos días. Por fin, la neuralgia me deja. Hoy, apenas tuve un ligero amago y se desvaneció pronto.

La neuralgia, en efecto, no había dejado de asaltarlo un solo día despedazándole cada vez la frente con sus garras de dolor, hincándole cada vez en una mejilla sus infinitas hojas de acero diminutas.

Las prescripciones de Ocampo suavizaron y espaciaron los accesos. Durante el acceso mismo, el dolor poco a poco se deshacía en la fiebre de una embriaguez ligera, como la embriaguez del champaña; tras de la fiebre efímera, disipada, al llegar a su apogeo, en la gloria de luz de un fuego de magia, quedaba envolviendo a Tulio por todas partes un cosquilleo delicioso, como la múltiple caricia de un agua efervescente; después, el cosquilleo cesaba o se prolongaba en una somnolencia apaci- [58] ble, merced a la cual todos los recuerdos y tristezas de Tulio se escapaban de él, para presentársele fuera y lejos de él, como un extraño paisaje cuyas líneas fueran confundiéndose y borrándose hasta desaparecer en la lejanía, entre las nieblas de un vago horizonte; por último, desvanecido el paisaje, borrada, como se borra un espejismo, aquella proyección fantasmagórica del yo, la somnolencia terminaba por convertirse en un largo sueño dulce.

Del sueño volvía Tulio como de un baño que hubiese refrescado su espíritu y restaurado sus fuerzas. Pero nunca, excepto quizá la primera vez, pasaba sin transición del sueño a la vigilia. Antes de recobrar su plenitud absoluta, la conciencia fluctuaba en un duermevela siempre más largo. Simulando el vaivén de la marea, en ese intervalo se

sucedían, en el espíritu de Tulio, momentos de somnolencia y momentos de lucidez maravillosa. Ya veía los objetos con una visión clara y pensaba con lógica precisa; ya su visión se oscurecía y su pensamiento se enredaba en una madeja inextricable de sueños. Con la somnolencia le volvía el cosquilleo delicioso, la caricia múltiple como el beso del agua. Era a veces una rápida y fugaz inmersión en la onda; otras, como el sumergirse rápido o lento en un agua profunda: y entonces tornaba a la conciencia con el ímpetu del nadador que se entretuvo largo tiempo bajo el agua y surge medio asfixiado a la superficie, o se quedaba a una gran profundidad, sin tornar a la conciencia sino muy de tarde en tarde, con la extraordinaria sensación de saber el agua más pesada cuanto más profunda y de sen- [59] tirla, sin embargo, arrojando su cuerpo como una vestidura tenue y vaporosa.

Así, en esas alternativas de somnolencia y de lucidez pasó todo el día de aquel último acceso, cuyo dolor fue tan sólo como un amago indeciso. Poco a poco, las divagaciones de la somnolencia y los pensamientos de la vigilia habían llegado a mezclarse. Los recuerdos que se escapaban de Tulio, para presentársele fuera y lejos de él en un paisaje borroso, aquel día llegaron a confundirse con la rara sensación del baño en un agua profunda, tramando así la fina labor fantástica de un sueño. Tulio soñó descender suavemente a una profundidad que le pareció infinita. Cubierto de agua, rodeado de agua, lo sostenía en su progresivo descender una lámina de agua siempre más densa, encima de la cual bajaba como balanceándose en una muelle hamaca transparente y viva, sin tocar jamás el fondo. Circundado de tinieblas en su descenso, empezó a iluminársele de improviso la temerosa hondura oceánica. Veía, gracias a una luz que no era la natural tamizada al través de un espeso monte líquido, sino una como luz interior del océano, la cual, difundida en el agua se mezclaba con ella, hasta ser las dos juntas una misma substancia luminosa. Veía el agua y las cosas que flotaban en ella. Su vista llegó a recorrer inconmensurables distancias, percibiéndolo todo con una claridad inconcebible.

Abajo en lo más hondo, se le apareció la tierra con sus valles, colinas y montañas. Muy cerca de él pasaron, deslumbrándolo, millares de peces diminutos, de ojos resplandecientes como gemas y de cuerpos en apariencia labrados y pulidos como joyas.

En este mismo instante se interrumpió el sueño.

Tulio examinó una tras otra las cosas de su cuarto, siguió el solícito ir y venir de la sirvienta, contempló un cierto tiempo la ventana por donde entraba en la alcoba la risa del

sol, y se preguntó si los peces fulgurantes que acababa de ver no serían en realidad los vívidos chispazos de la neuralgia, empeñada todavía en describir, en el fondo de los ojos, el círculo de fuego de su ronda importuna.

Pero apenas formuló esa duda, cuando se halló otra vez en medio de la transparencia del agua, cogido en las redes misteriosas del sueño. Cerca de él volvieron a pasar los peces, refulgentes y exiguos, como joyas que nadasen. Volvió a ver la tierra del fondo, con sus valles, montañas y colinas. La densa lámina de agua, como una hamaca transparente, lo balanceaba en el abismo, transportándolo de una parte a otra. De esta suerte llegó a donde se alzaba de la tierra, penetrando con impetuosidad en las aguas, como un deseo irresistible, una montaña purpúrea. Tal vez una montaña de coral; tal vez alguna inmensa columna de lava salida de las entrañas de la tierra, para cuajarse, en la gloria de su color, al húmedo beso de las linfas. En su mayor altura esplendía algo muy blanco, de extrema candidez, como un gran lirio abierto sobre una montaña de rosas. A muy corta distancia de donde blanqueaba esa cándida flor gigantesca, se dilataron, con el asombro del prodigio, los ojos de Tulio. En el seno de la blancura chispearon, como vivas tur- [61] quezas, dos ojos glaucos: los glaucos ojos de Belén; se agitaron, como pétalos, dos labios por cuya curva de flor se deslizó el alba de una sonrisa: la sonrisa de Belén; y, en el gran lirio abierto sobre una montaña de rosas, Tulio reconoció a Belén, que lo esperaba, le hablaba, le sonreía. Después de creerla desaparecida por siempre, encontraba a la novia. Y como si de propia voluntad se orientase, dejando de balancearse al capricho del columpio cristalino, en un impulso de amor fue hacia la novia, a echarle los brazos al cuello. Pero en seguida hubo de retroceder con un gesto de angustia, pues, en vez de ceñir el cuerpo de la novia, se encontró ciñendo el de una laberíntica madrepora blanca.

Todavía con la amargura del desengaño volvió del sueño.

Y el sueño se renovó muchas veces con la visión de la montaña de púrpura, en lo más alto de la cual se levantaba la imagen de Belén como un lirio. Tulio no osaba acercarse, temeroso de ver a la novia convertirse en madrepora. Desde lejos hablaba y sonreía a Belén, y ella le sonreía y hablaba. Reanudaban su dialogo de amor interrumpido, como si no los tuviera separados la muerte, sino una fútil reyerta de novios. Hablaban y sonreían. Tulio empezó a vaciar su corazón de cuantas cosas dulces había atesorado en él para la esposa. Y le explicaba a Belén el porqué ya esas cosas no eran muchas: la mayor

parte, como nunca llegó la esposa, habían comenzado a morir dentro de él, cuando no siguieron una por una el camino de sus ojos, deshechas en lágrimas. [62]

Cuando, por último, el sueño se desvaneció para no renovarse más en todo el día, le pareció a Tulio venir de muy lejos, trayendo en los labios la salsedumbre de la ola. Su cuerpo manifestaba el cansancio de todos los mares, como si todos los hubiese recorrido. Y no vino del sueño como las otras veces: al principio viajó, como antes, cubierto de agua, rodeado de agua, sostenido por una lámina de agua más firme; en seguida erró mucho tiempo sobre la superficie del mar, entre una llamarada de sol, en el fondo negro de un esquife con apariencias de urna, para salir del sueño como si entrase en el silencio de un puerto invadido, a causa de su abandono, de infinitas algas que cedían al paso del esquife, desparramándose a uno y otro lado con suaves ondulaciones de cabelleras. Y Tulio, sobre el encanto de aquel rumoroso desparramarse de cabelleras, despertó, volviendo a ver los objetos de su alcoba, el solícito ir y venir de la sirvienta y las risas de sol en la ventana. Luego, todo su cansancio desapareció, mudado en una dulce modorra de sus miembros y en aquella gran placidez que bañaba su rostro, próxima a despuntar en la sonrisa.

Ocampo, sorprendido lo observaba y examinaba, haciéndole vagas preguntas. Parecía Tulio como un hombre que estuviese por dar buenas noticias y, sin embargo, las callase. <<¿No habría soñado la sirvienta?>>, pensó. Y en alta voz:

–¿Por qué no has abierto la ventana? Ya en la atmósfera no queda ni una chispa de frío. Verás.

Al abrir la ventana, Ocampo sintió, si bien mucho más desvanecido, el mismo que le salió al [63] paso cuando él entraba en la alcoba. <<¡Ah!>>, dijo volviéndose a Tulio. Pero sin expresar lo que en ese instante le atravesó la mente, prosiguió:

–Deliciosa está la temperatura, y el día espléndido. El cielo está azul, muy azul, y el aire tibio. Acuérdate: *fin de abril, rosas de mayo*: son los días mejores. Y ninguno como el de hoy para que salgas... Nada, hoy te llevo conmigo, quieras o no quieras.

–Cuando gustes.

–Pues ahora mismo, ahora mismo. Salgamos antes de que el sol se ponga. No tienes que llevar nada, o bien lo que desees te lo lleva en un coche la sirvienta: en casa todo está listo, esperándote. Nos iremos caminando poco a poco por la orilla del Sena. Caminando charlaremos y tú harás ejercicio. Te lo agradecerán mucho las piernas, que las debes de

tener como garrotes. En un salto no llegaremos a la plaza del Châtelet, para donde tengo una cita. Con Borja, ¿sabes...? Don Miguel Borja. Conmigo es muy bueno: en cuanto llega a París, ya está invitándome a esto y a lo otro, y yo excusa y más excusa. Pero hoy no cambio por nada la alegría que me das con tu vuelta. Con Borja hablaremos un rato, bebiendo algún aperitivo. Después, tras la indispensable invitación, la indispensable excusa y a casa. A casa, a festejar la vuelta del hijo pródigo. En marcha, en marcha, Tulio.

Y salieron. [64]

BORJA es un magnífico sujeto. Llegó en el mismo vapor que tu... familia.
–Es verdad. En Saint-Nazaire me saludó.
–¡Ah!, ¿lo conoces?

–Mucho, pero como a tantos otros, muy superficialmente, porque apenas lo he tratado.

–Es lástima. Aunque no me extraña, pues él está siempre yendo y viniendo. Tampoco tú has parado mucho en París, y yo no es de extrañar que no se hayan tropezado ustedes cuando él ha venido, estando tú en Europa. De otro modo, yo los hubiera...

–Aquí nos encontramos tan sólo una vez, muy de paso.

–Nunca se le puede ver sino de paso. Y no aquí únicamente: en dondequiera es lo mismo. Es como alguien que huye... Además, no es nada fácil, ni aun encontrándole muchas veces, poderse decir amigo de Borja. Es de aquella especie de hombres que se aprende a querer, como se aprende [65] a saborear ciertos manjares de sabor disimulado y ambiguo. Se requiere maña y tiempo. Su exterior frío no está hecho para atraer, antes repugna. Adivínase una esquives hostil bajo su urbanidad obsequiosa de viejo cortesano. Detrás de sus modos corteses, la mayor parte de los hombres da contra una muralla imprevista. Algunos guardan, de su primer contacto con él, una indeleble impresión de disgusto. Y me explico ese disgusto por cuanto yo mismo lo sentí en nuestro primer coloquio. Fue la misma sensación, dulce al principio, enojosa después, de quien bruscamente pasa de la luz y tibieza del día a la húmeda noche de un panteón subterráneo. De su voz, de todo él se exhala una frialdad irreductible, como la de un muerto; y semejante frialdad la he observado después muchas veces, en casi todos los que han sufrido mucho. Es como una máscara del dolor... Borja es casado. ¿No lo sabías? Nada tiene de singular:

sé de algunos que con él han viajado y vivido, y como tú lo ignoran. Se trata de una historia de hará un cuarto de siglo, más o menos. Él frisa hoy con los cuarenta y nueve o cincuenta años, de suerte que para aquel tiempo estaba en la flor de la vida. Joven, rico y soltero, fue de la sociedad caraqueña de entonces prez y orgullo. No se concebía sarao, baile ni otra fiesta ninguna de la buena sociedad sin Miguel Borja. Él era como el centro necesario a donde todos convergían, o como el sol a cuya liberalidad reclamaban la gracia de la luz toda una rendida corte de planetas. El rancio fondo caballeresco de la raza brotaba de él en renuevos de verdor exquisito. Aficionado a la [66] música, el primero en el baile y el primero en lo cortés, ejemplo de discreción y muy disertado en el decir, tras él iban los petimetres en agraz, remendando sus maneras, mirándose y estudiándose en él como en el dechado y espejo del buen tono, y acatándolo y sometiéndose a él como a un indiscutible maestro de elegancia. Y como su elegancia, ducha en su propia sencillez, la realizaban muy buenas prendas personales y la enjoyaba la riqueza, mariposeaban a su alrededor, ganosas de arder en la lumbre de sus ojos, las más tiernas almas femeninas. Ninguno como él para guiar la más complicada contradanza, ni para conducir con bridas de oro la conversación y el galanteo, ni para ejercer de *chevalier servant* a juicio de las damas, ya éstas fuesen jóvenes, viejas o maduras. Las más rígidas matronas lo deseaban para sus hijas casaderas. Con todo eso, nada frívolo: cuidaba de su haber cuantioso, consagraba largo espacio a la lectura y profesaba, cosa la más extraña en su medio, una desmedida afición a las ciencias naturales. Y así para sus obligaciones de elegante como para sus demás gustos y obligaciones no le faltaba nunca el necesario vagar, merced a esa virtud poderosa del método, con la cual prospera y se enriquece una vida, hasta parecer, no una vida sola, sino el compendio de muchas. Herborizaba y coleccionaba al mismo tiempo cuanto animalejo se cría en la luz de nuestro verde valle deleitoso. Uno por uno visitó los barrancos del Ávila. Y paralelamente a sus colecciones de botanista y entomólogo, ordenaba una serie de notas de sabor literario y científico, pergeñadas, al decir [67] de algunos, en un estilo tan sin tilde y claro como el de su elegancia pulcra y neta. Era, pues, un hombre casi perfecto y dichoso hasta donde es posible. Pero un día prefirió, a ser amado de todas, el serlo de una. Se enamoró, se casó, y fue infeliz a la vuelta de tres años. Del blando sueño de su felicidad lo despertaron su mujer y un amigo. Fue el adulterio vulgar con sus vulgares *marionetas*: el amigo sin escrúpulos y la mujer de cabeza de pájaro y deseos de leona. En Borja la

vulgaridad no hizo mella. Ni siquiera el dolor quebrantó en un punto el estilo de su dandismo impecable. Puso al dolor un disfraz de sonrisa y esperó hasta dar en la certidumbre. Entonces, tomó a la mujer de la mano y la devolvió a su familia. Al padre de ella le dijo poco más o menos de este modo: «Ella creyó quererme y se engañó; yo la guardé y honradamente la quise mientras duró su engaño; hoy la devuelvo a usted, porque ya de hoy en adelante no la podré amar honradamente.» Lo demás lo declaró la misma confusión de la culpable. Las bocas malévolas no se abrevaron en la miel del escándalo, porque verdadero escándalo no hubo: nadie se enteró sino al cabo de mucho tiempo de aquel desenlace imprevisto. Cuanto al amigo infidente, con gran sigilo y prontitud se puso en salvo. Y Borja, dos veces burlado, se encerró largos días entre las cuatro paredes de su alcoba. Cuando salió de ahí no había cambiado sino en esa frialdad que deja en quien se le acerca una indeleble impresión de disgusto. Es como una máscara del dolor, si no es el dolor mismo que, después de pasar al través de las más infernales tor- [68] turas, cuajó en un bloque de hielo. Desde ese momento olvidó muchos de sus muelles hábitos de sociedad, y sus notas y excursiones de entomólogo y botanista, no conservando de toda su vida pasada sino el amor de la lectura, el cuidado de su hacienda y la elegancia de su persona. Desde ese momento, va y viene como el judío de la fábula. Es como alguien que huye... Apenas ha llegado, cuando ya está de partida. Una vez, por lo menos, viene a Europa todos los años, pasa unos días en París, viaja dos o tres meses por alguna comarca adonde lo lleva la curiosidad y el estudio, y luego, otra vez a la mar, con el propósito de hacer lo mismo el año venidero, o en este mismo año, como sucede en ocasiones. Cuenta ya un número enorme de travesías. Ya lo conocen todos los empleados de los vapores transatlánticos... y hasta las gaviotas del océano.

Por dos veces, mientras narraba de esta manera la historia de Borja, Ocampo creyó distinguir una expresión muy singular en el rostro de Tulio. Éste caminaba en silencio junto a él, considerando el verde claro de las hojas en las copas de los árboles o el verde turbio del agua en la cuenca del río.

Y como Tulio no rompiera el silencio, Ocampo siguió:

—Cuántas veces pienso en la historia de Borja, más me afirmo en mi vieja intención de no casarme. Para mí, ese adulterio fue siempre motivo de perplejidad y asombro. ¿Cómo se puede estar libre de engaño, cuando no lo pudo quien, además de tener un corazón bueno

y leal, abundaba en el talento que sobre todos los otros loan y ensalzan las [69] mujeres, de la más perfecta a la más frívola? Y luego, luego... el matrimonio se inventó para las gentes pequeñas, muy mediocres o muy nulas. No es para quienes buscan la sabiduría; aun menos para quienes llevan algo por dentro, siquiera sea el más humilde germen de una obra. Para éstos, la influencia de la mujer es detestable, si no es una influencia remota como la de una estrella; lo ha dicho el filósofo, y tanto la razón como la experiencia avaloran su dicho. Su influencia no es benigna sino cuando es como una influencia de astro. Por eso, quienes persiguen la perfección o van tras la sabiduría o llevan dentro de sí el germen de una obra, han de amar a la mujer como si adorasen al sol, que de muy cerca abrasa y de lejos fecunda. Han de amarla y tenerla presente, pero siempre inaccesible, como la famosa Laura del Petrarca. Imagínate al poeta arrastrando por el mundo, en vez de ese tipo ideal de mujer, a la mujer misma, y en la crátera impoluta de sus cantos beberíamos aguachirle o vino débil, no exquisita miel de amores. Y si esto acontece con el poeta, ¿cómo no acontecerá con el hombre de lucha? Suponte a Bolívar con hijos y mujer, no viudo a los veinte años; y con sólo formular esta hipótesis, convendrías en que muy otro habría sido el destino de algunos pueblos de América. Aun así, viudo y libre a los veinte años de su edad, gran riesgo corrió de ni siquiera sentir la grandeza de su obra. Víctima del amor y de su estéril tristeza mortal, estuvo a punto de sucumbir a la tristeza. Con su genio, la independencia de su país habría naufragado quizás en una lágrima, si cuando él [70] lloraba su viudez inconsolable en esta misma Europa, no hubiese tenido junto a él a su maestro, aquel Simón Rodríguez no comprendido de sus contemporáneos –porque se adelantó en la América de su tiempo al europeo socialista de hoy–, el cual supo serenar el espíritu del futuro grande hombre, limpiándolo de la duda y la tristeza, hasta enderezarlo poco a poco a los intentos más altos y viriles. Fue Simón Rodríguez quien lo salvó del desencanto prematuro, de la inútil desesperanza, haciéndole ver, más allá del melancólico paisaje de su amor, otros paisajes más dignos de una vida de hombre, en la política, en el arte y en la ciencia. Pero aunque el buen maestro quiso atraerlo, con su fortuna, a las conquistas e investigaciones de la ciencia, el discípulo se dio a buscar por sí mismo su propia vía, hasta entrar en la vía más de acuerdo con aquel momento de la historia, con el mal de su país, con la índole de su raza.

De nuevo distrajo a Ocampo la singular expresión de los ojos de Tulio, fijos en el agua del Sena.

–¿Qué tanto miras en el río?

–Nada –respondió Tulio, pálido y algo trémulo–, nada; veo como el agua corre.

–Pues debes de tener visión muy perspicaz, porque, a pesar de los diques, para mí es como si no corriera nunca. Apenas me he enterado alguna vez de si el agua del Sena corre o no corre, ahí donde el río y el canal se mezclan, después de ceñir el cuerpo de la *cit * con su terco abrazo de siglos. Y si bien no he viajado por ninguna parte de Europa, me imagino que lo mismo ha de parecerme del agua [71] en todos los demás ríos del continente. Quizá yo no la sepa ver sino corriendo entre los diques de nuestros montes o a través del escenario de nuestras llanuras.

A ese punto, cortando el agua del río y alegrando los ojos, pasó un vaporcito como una visión de fiesta. Lleno de pasajeros de proa a popa como un gran racimo humano, relampague  un segundo, evocando tal vez, en el seno del agua muerta, una pobre ilusión de vida. Sobre el abigarrado tropel de los paseantes, la tibieza primaveral se denunciaba en sombreros de paja numerosos. Luego, el vaporcito y su carga humana se insinuaron bajo una ceja del puente más próximo, desapareciendo en el ojo del puente, como en un ojo de gigante la visión de un policromo insecto minúsculo. De su paso, en la órbita de piedra quedó alargándose, encogiéndose, formando círculos, representando sobre las paredes de la bóveda, entre pálidos reflejos glaucos, heroicas batallas de espectros, la múltiple sombra de los tumbos del agua reciamente conmovida.

–Mañana, si hace buen tiempo, nos iremos también nosotros a pasar todo un día fuera de París, a Meudon, a Saint-Cloud, no importa a donde,  sabes?

Con Borja en la plaza del Ch telet, estaba Alejandro Martí, el m sico. De algún tiempo atrás no lo veían Tulio ni Ocampo. A Tulio le había escrito, excusándose de ir hasta la *Avenue Montaigne*, una carta de p same noblemente comprensiva y cariñosa. Lo absorbía y desbordaba el trabajo, en [72] su empeño de llevar a pronta y feliz coronación la más alta obra de su vida; también lo retenía su diaria y áspera faena por la conquista del pan y, sobre todo, el cuido quieto y nimio de su casa, con la preocupación constante de no introducir ni la sombra de un recelo en aquella atmósfera de amor, con la preocupación continua de poner siquiera una semblanza de bienestar en el aire de aquel apartamento pobre y angosto, suspendido en los altos de un hotel de Montrouge, donde su mujer y sus

tres hijas, ante el provenir lleno de incertidumbre y amenazas, para darse confianza y brío, se acurrucaban una contra otra como pobres golondrinas amedrentadas del invierno.

Apenas concurría ya, en la orilla clásica del Sena, a los lugares más frecuentados por sus compatriotas jóvenes. Limitábase a raras apariciones fugitivas. Llegaba y se marchaba de improviso, dejando en los labios de los otros, al marcharse, el signo de la admiración o el pliegue de la incredulidad, si no de la ironía o de la burla. Más bien algo obeso, de rostro apacible, y siempre de levita y vestido de negro de la cabeza a los pies, tenía todas las apariencias de un buen pastor protestante. Sus manos parecían de continuo ocupadas en alguna ceremonia ritual, grave y solemne. Cuando, separadas de su cuerpo, se movían, arrollando y desarrollando algo entre los dedos, con el movimiento de hacer un cigarrillo –movimiento ordinario en ellas, porque él fumaba mucho–, nadie las hubiera creído entregadas a una fría ocupación vulgar, sino atentas, con fineza exquisita, a proteger la albura frá- [73] gil de una hostia. Sus palabras, a compás del ritmo de sus manos, difundían el perfume y el calor de un cristianismo ingenuo. Sin sombras de impureza, el cristianismo suyo estaba hecho de medula blanca de Evangelio, amasada con sangre de su corazón y con apotegmas de claros doctores místicos. Lo embalsamaba además, como aroma de floresta virgen, el misterio fragante de una vaga secta oscura.

Sus compatriotas no lo entendían, y aun al principio se imaginaron que él se burlaba de ellos. ¿Cómo explicar a sus años, y con su cultura grande y fuerte, aquella fe tan candorosa? Poco a poco, sin embargo, reconocieron su error, aunque así más bien se le aumentase el desconcierto, aprendiendo a ver en Martí, bajo el agua tersa una inmutable serenidad, el oro del espíritu. Al través de sus palabras y acciones, aprendieron a ver como al través de cristales muy puros. La sinceridad lo envolvía como un arroyo diáfano. Corría de sus labios, de sus ojos, de todo él, en particular de aquella su actitud acostumbrada en la discusión, cuando tendiendo el cuerpo hacia delante, se apoyaba con las manos en las rodillas. Y a veces, una de las manos iba y venía, empeñada en reducir un racio mechón de pelo obscuro a la blanda curva de la melena, que desde la frente, muy alta, desparramaba su escaso y liso raudal sobre el cuello muy corto. En esa actitud se defendía con ardor y, al mismo tiempo, con cierta reserva y timidez, como excusándose. A nadie trataba de imponer sus ideas. No buscaba partidarios, ni los tuvo, a no serlo Pablo Grúas el pintor, llamado <<el satánico>> por su rara aptitud [74] para desentrañar de la cosa o el ser más apacible, como

oculto germen diabólico, una línea o rasgo capaz de adquirir, bajo la punta de su lápiz, las proporciones del más alto horror dantesco.

Sólo Ocampo no perdía ocasión de impugnar sus ideas filosóficas, pero al mismo tiempo le cobraba, por su bondad y excelencia, un cariño profundo. Los demás replicaban afectando aires de burla, incredulidad o ironía. Y esos mismos aires fueron volviéndose algo muy superficial, hasta convertirse en mera fórmula. Aunque en su mayor parte frívolos, aquellos jóvenes, médicos o estudiantes de medicina algunos, perfectos vividores los más y unos pocos artistas, ocultaban debajo de sus aires de incredulidad o ironía – especie de cobarde atenuación– el homenaje de un gran respeto. Respetaban en Martí al artista y al hombre, a un creador de belleza y a un maestro de la voluntad, proclamándole y reconociéndole interiormente superior a todos ellos, por haberse levantado y sostenido con esfuerzos propios, y por sostenerse aún de igual manera en aquella gran ciudad extraña, no como ellos con el esfuerzo único de recoger la prebenda generosamente servida del ministro o del padre. Sobre todo lo respetaron cuando conocieron bien su historia, la más pura odisea de artista.

Había nacido para el vuelo y el canto, como un pájaro del bosque a la linde de una mata llanera. En íntima comunión con la naturaleza bravía del paisaje natal se deslizó su infancia, monótona y dulce. Precozmente, en la misma ternura de su niñez empezó a estremecerse un germen vago, [75] una vaga aspiración, tal como en el fondo de una campánula silvestre un débil e inesperado repicar de notas cristalinas. Desde entonces compartió su tiempo entre aprender a sacar sonos de un violín resquebrajado y vetusto y recoger, tumbado boca arriba durante el grave letargo estival, toda la música dispersa en el silencio de las cosas, cuando no se empeñaba en seguir por el camino azul del cielo, con ojos de envidia o amor, el viaje de las garzas.

Menos tranquila, su juventud se agitó en el ambiente enfermizo de la capital, desfalleciendo de cansancio y marchitez como una planta exótica. Buen hijo de la provincia, Martí, en la capital, conoció la nostalgia del terruño. Y triunfó de la nostalgia, sin dejarse llevar como la mayor parte de los otros, débiles hijos de la provincia, a un desarraigo funesto. Más bien depuró, conservándolo como un avaro, el buen perfume de tierra, condensado en sus nervios de campesino por una larga ascendencia de labradores. En ese perfume estaba todo el secreto de la voluntad que, sin desmayos ni flaquezas, por entre

los comienzos más duros, lo llevó hasta la única cima adonde se podía ascender en su país por el camino de su arte. En él, para entonces, ya se había realizado la más completa unión del arte con la vida. El hombre de voluntad y el creador de belleza iban en él como dos gemelos de igual perfección y distinta hermosura, siempre de acuerdo el uno con el otro. Mientras ganaba el pan de su cuerpo con lecciones de piano a señoritas obtusas, proveía al sustento de su espíritu en el hogar de su vida interior, cultivando y embe- [76] lleciendo esta vida como un jardín cerrado. Con la savia de su juventud creaba flores y con éstas, de tiempo en tiempo, celebraba, en todo el ámbito de su jardín, la primavera de la música. Eran flores frágiles, trabajadas con la substancia inmaterial del sonido, vaga y efímera si el arte no la transforma en substancia dura y eterna. Algunas alcanzaban, perdurando, la más gloriosa fijeza artística. Y la mayor parte, sobre todo cuando el jardín, muy pequeño, no bastaba a su carga de flor, se desbordaban de él, en sonora lluvia de pétalos impalpables, a colmar la honda melancolía del violoncelo, a mitigar la perenne tortura del violín o a danzar por sobre las blancas teclas del piano, entre dulces discretos amorosos.

Así, creando, trabajando, tropezó una vez con su ágil azadón de jardinero en un hallazgo divino. Y el júbilo del más feliz buscador de tesoros apenas fue comparable a su júbilo. Como reinas muertas, en áureos lechos bordados de pedrería, entrevió algunas leyes de la música, desconocidas u olvidadas. En vano cerca de ellas habían pasado innumerables generaciones de artistas. Ninguno las reconoció, o más bien ellas no se dejaron conocer de ninguno. A nadie, antes de Martí, revelaron su augusto secreto; para nadie, antes de él, bajo sus ricas mortajas cuajadas de gemas, palpitaron sus cuerpos vivos y armoniosos. Esperaban al artista limpio de corazón y de ojos castos, dignos de poseerlas... Y a los ojos puros de Martí no se esquivó ni un punto de sus cuerpos, ligeros como llamas.

Pero si se dejaron poseer del artista limpio de [77] corazón, ellas, a su vez, poseyeron al artista, presentándole como gaje de gratitud, en sus frentes de reinas restauradas, la cifra de su destino y de su gloria. Él encontraba en ellas a un tiempo la razón y la obra de su vida. Su obra consistiría en estudiar esas leyes, en comprobarlas y divulgarlas por el mundo. Las verificaría en las obras de los maestros, en la música del pueblo, anónima y sencilla, y en su propia obra de creador, entretejida como un comentario ingenuo al pie de su obra de teorizante. Luego, cumplido este primer trabajo de examen largo y difícil, con un libro que fuese granero de testimonios, las promulgaría desde uno de

aquellos focos de arte esparcidos por el mundo, en medio de la fealdad, como solitarias cumbres blancas de belleza. Así bajarían más pronto al alma de las multitudes, ahuyentando de la faz del arte nuevo, con su mera enunciación, más de una sombra pesimista. Inútil, de otra parte, publicar, en su lengua y en su país, trabajos de aquel género: seguirían siendo inéditos mucho tiempo después de publicados. Y al igual de casi todos los artistas modernos, al escoger entre las grandes capitales del arte, volvió los ojos a París como a la única digna de conceder, con sus manos cargadas de trofeos, el bautismo de la gloria. Víctima de la misma sugestión de tantos otros artistas modernos, pensaba que fuera de París no había, para ninguna gloria, consagración posible. Si París no le otorga derecho de ciudad, el mayor de los genios puede pasar desconocido, así venga al mundo en cualquiera nación populosa como en el fondo de las pampas. Al contrario, a cada instan- [78] te se ve cómo, apadrinadas por París, la medianía y la misma nulidad ponen bajo su yugo al universo. Apenas balbucea París el nombre de un artista o de su obra, cuando ya ese nombre discurrió en un vuelo por todas las latitudes, como si la fama, después de hablar en griego, y en seguida en latín, y por último en el español de los Felipes y los Carlos, no hablara ya sino en francés a todos los puntos del horizonte. Apenas los lineamentos de la obra se dibujaron dentro de él, Martí no concibió sino a la orilla del Sena, en el centro de París, las palmas y el clamoreo del triunfo; del mismo modo que no los habría concebido sino bajo el azul de la Ciudad Eterna, a la sombra de los laureles ribereños del Tíber, ningún general de Roma vencedor de pueblos apartados.

Llena con el doble designio de acercarse a París y de terminar la obra, su vida fue desde entonces como una preparación larga y paciente. Redobló su eficacia en la lucha por conseguir el pan de su cuerpo y el sustento de su espíritu. Bajo su esfuerzo redoblado fue desarrollando su vida, armoniosamente, como una flor blanca y sonora. La armaba de fe, la vestía de bondad y la colmaba de música. La trabajaba, sin él advertirlo, como la más pura de sus flores de arte. La trabajaba como una azucena, con la seda cándida y firme de su virtud; a la imagen y semejanza de una azucena en cuyo fondo se hubiese alojado, a fabricar panales de miel sabrosa, un enjambre de melodías.

Casado desde muy joven, su mujer, consciente compañera de artista, protegió su vivo sueño de [79] arte, rodeándolo con una muralla de silencio. Alma abnegada y fuerte de varona, puesta de rodillas en el silencio, adoraba. Si él dejaba el sueño por la acción,

cuando volvía de ésta chorreando sangre, ella vaciaba sobre él sus palabras como ánforas llenas de óleo. Sus palabras eran ánforas llenas de óleo y urnas de silencio, porque al ella hablar, el silencio crecía alrededor de él hasta defenderlo como un baluarte. Pero ella no sólo adoraba y protegía al artista con un muro de silencio. Mientras él creaba melodiosas flores frágiles en el jardín cerrado de su vida interior, ella cultivaba otras flores –las hijas– como lirios de pureza en otro jardín, cerrado a los vientos del mundo. Cuando llegó la hora de la prueba, no la encontró desprevenida. Pensaba muy bien que nada podría deshacer su reino, su jardín, su hogar; que éste la seguiría a donde ella guiara los pies, porque ella lo llevaba en los pliegues de su manto y en sus virtudes de matrona. Y sin vacilar ni un punto, acompañó en sus peregrinajes al artista aventurero.

Éste, al ausentarse de su país, vagó largos meses, casi un año, por las Antillas españolas. Fue de isla en isla, recogiendo las voces de la mar murmurante; sorprendió el alma de la danza criolla, alma de fuego, voluptuosa y esquiva; bebió sorbo a sorbo, como un vino, el desesperado lamentarse de los tiples, enfermos de amor, en las claras noches isleñas; y así fue depositando en su corazón un florilegio de romanzas y rapsodias, compuestas con todos los aromas que las islas, vergeles de la mar, ofrecen en holocausto al cielo desde sus nítidas vallas de espuma. [80]

De las Antillas pasó a la América del Norte, en donde su alma se sintió desfallecer bajo la pesadumbre de una atmósfera impregnada de mercantilismo. Sus tímidos principios en Nueva York no le anunciaron nada de halagüeño. Muy pronto salió a su encuentro la miseria, amenazándolo con destruir la paz de su familia y sus proyectos de arte. Aunque su crisis fue relativamente corta, duró lo bastante para que él adivinase en el horizonte de su espíritu, rondando por las tinieblas, los trágicos fantasmas del suicidio y la locura. Por vez primera el desaliento, como uno de esos negros pulgones robadores de miel, entró en la cándida colmena de su vida; y por donde entró el desaliento, pasaron las tristezas, las dudas y los impulsos malos. Pero entonces fue cuando en Martí se injertó aquel fragante misterio forestal de una vaga secta religiosa. A poco de su iniciación en dicha secta, aprendió a ver muchas otras más, un sinnúmero de sectas más corriendo y cantando como fuentes claras bajo la atmosfera turbia del mercantilismo. Eran como impetuosos renuevos de ideal, empeñados en romper la burda corteza de un pueblo de mercadantes. Uno de estos renuevos acababa de injertarse en Martí, y del injerto inesperado cobró su fe más brillo, su

arte más delicadeza. Blanda luz mística bañó su fe y su arte, y la unión del arte con la fe completó la unión, ya realizada en él, del arte con la vida. Por fin triunfó del desaliento; y los ultrajes que el desaliento le hizo los reparó, trabajando la flor de su vida con una seda más pura. De nuevo se abrazó a la confianza y la fortuna volvió a sonreírle, por- [81] que, repartiendo lecciones entre los hispanoamericanos y entre la misma gente yanqui a mucha señoritinga libre y pizpireta, en poco tiempo logró allegar cien veces más dinero del que habría podido allegar nunca en su país ni en las Antillas españolas.

Algunos años después llegó a París con la obra casi terminada. Prometíase, mientras llevaba sagazmente la obra a segura y cabal coronación, encontrar un editor para su música y otro para sus trabajos de crítica. Éstos, en forma de libro, debían, según sus planes, publicarse con simultaneidad en las lenguas francesa y española. Así, las leyes de la música descubiertas por él no tardarían en bajar, como la buena nueva del arte, al corazón de las multitudes. Poco antes de publicar el libro, deseaba exponer sus fundamentos y alcances en una clara conferencia pública, a la cual seguiría, corroborando sus discursos teóricos, una ejecución de varios trozos de música elegidos entre los de su propio acervo. Y aun antes de la conferencia y del concierto, y como en un previo ensayo y gusto de ambas cosas, proyectaba consagrar, en casa de él en Montrouge, las primicias de su trabajo a la no completa media docena de sus más allegados e íntimos. Desde luego se contaban, entre esos pocos favorecidos, Grúas, Borja y Ocampo. Éste, por su mucho frecuentar la colonia de la orilla clásica del Sena, muy bien podía encargarse de atraer a otros dos conterráneos, además de Tulio. De aquí la cita que Borja, en inteligencia con Martí, dio a Ocampo y reunió aquella tarde a los cuatro compatriotas en la plaza del Châtelet. [82]

Ocampo, enterado del porqué de la cita, aceptó, además del encargo, la invitación, tanto en su propio nombre como en el nombre de Tulio, impidiendo a éste cualquiera negativa probable y pensando en sus adentros que si las conferencias de arte y la música sería no eran muy a propósito para distraer las tristezas del amigo, no dejaba de haber tiempo sobrado, antes y después de la reunión en casa del músico, para diversiones de otro género.

Sentados del lado afuera del café Dreher, teniendo Ocampo y Martí por delante vasos de cerveza, mientras bebían en copas llenas de ajeno Tulio y Borja, ya de acuerdo

los cuatro con respecto al día y la hora de su reunión futura, se dieron a conversar por el más amistoso estilo, discurrieron acerca de las últimas noticias de su país propaladas por los viajeros o comunicadas por el cable, para luego seguir disertando sobre los más notables acaecimientos del mundo, llevados y traídos por la prensa de entonces.

Charlando y charlando, a un sesgo de la conversación, Ocampo y Martí se engolfaron como siempre en la disputa. Empezaban a impacientarse los dos adversarios, acusando Martí su impaciencia en el modo como echaba hacia atrás los mechones de pelo errabundo, y Ocampo en un cierto aspecto de su nariz que, de suyo muy grande, parecía en la disputa engrandecerse, como si en ella se condensara toda vida y expresión, hasta semejar un ser independiente y huraño, puesto en medio de la cara, entre los ojos, en actitud soberbia y agresiva. Borja, [83] entonces, torció el rumbo de la conversación y lo llevó por otro derroteros. Dijo de un proyecto de excursión por Suecia y Noruega, de otro proyecto de excursión por la Bretaña y la Normandía, y a partir de ese punto poco a poco se enfrascó en el tema de los viajes. Y como sobre ese tema no podían meter baza Martí ni mucho menos Ocampo, éstos optaron por callarse y oír, mientras Borja y Tulio departieron de sus viajes muy largo tiempo, casi como si estuvieran solos. Mutuamente se recordaban paisajes, regiones, tipos y costumbre. A la postre, Martí se aventuró a observar:

–Parece increíble; ustedes han visitado y curioseado, si no todos, casi todos los países europeos, menos España. Igual omisión he podido notar en muchísimos viajeros de la América española, pero en ninguno me ha extrañado como en ustedes. Comprendo esa omisión en el viajante de comercio o en quien viene, forzado de su arte, como yo, a fijarse en esta u otra ciudad; pero en quienes viajaban por viajar, como ustedes, no me lo explico. Lo más natural sería que los hispanoamericanos comenzásemos por España a conocer a Europa.

–Es verdad –asintió Ocampo.

Borja se creyó obligado a justificar su conducta. En su caso no se trataba de esquividad ni desamor hacia España, como en otros. Al contrario, se trataba, no de falta de amor, sino de exceso... Cuando él empezó a viajar, por unas tres veces intentó ir y cada vez, a última hora, se le presentó un obstáculo. Más tarde, cuando no existía obstáculo ninguno, ya él no quiso. En su valija de viajero llevaba [84] muchas decepciones. Ciudades que soñó alegres, le parecieron tristes; ciudades que en su imaginación vestía con todas las

galas de la juventud, se le presentaron con caras melancólicas de ancianas decrepitas. Previó nuevos desengaños y se abstuvo. Como todo hombre en la vida, así el viajero en sus viajes debe tener siempre una reserva de ilusión, siquiera sea una sola ilusión intacta. Debe abstenerse de conocer algo de lo que se figure más hermoso.

–Y España –siguió diciendo Borja–, para mí, que no tengo sino mezquinas ilusiones de viajero, es mi única reserva de ilusión: no quiero tocarla. No sé si me hago comprender de ustedes. España es para mí como una reserva de ilusión..., lo que es para todos los navegantes una isla; lo que son las Azores para los viajeros venezolanos, cuando en los transatlánticos franceses vienen de América o regresan de Europa; lo que son todas las islas junto a las cuales pasamos y en donde no desembarcaremos nunca. Una mañana después de varios días de cielo y mar, surgen del agua como oasis verdes. Primero divisamos la verdura de los montes; luego, poco a poco, alcanzamos a ver los caseríos blancos de la playa. Nuestra facultad incomparable de crear ilusiones entra en ejercicio. Imaginamos en la blancura de los caseríos una humanidad muy distinta de la que mancha los continentes: no concebimos en el seno de aquella blancura sino hombres no contaminados del mal de los otros hombres. Como viven rodeados del océano, los creemos puros. Lo mismo nos pasa con el verdor de los montes y los prados. Fingimos, entre la verdura, innumerables [85] deleites: la sana alegría de vivir, en medio de la canción fresca de las aguas, y un amor tranquilo y sano suspendido sobre el sueño azul de los pozos. Todo, porque pasamos de largo. Pues si el buque enderezara la proa hacia las islas y bajáramos a tierra, en la misma playa la realidad vendría a deshojar en nuestras manos la ilusión, la frágil flor divina. Y yo no quiero dilapidar mi reserva de ilusión... Prefiero seguir admirando a España de lejos, con sus grandezas y maravillas reales casi veladas por las otras grandezas y maravillas con que mi amor la sueña y la vislumbra.

Tulio confesó no menos finas razones. A él no lo había retenido el vano temor de una desilusión, sino un temor más grave. Temía que la realidad y el sueño se aviniesen para sojuzgarlo con una servidumbre irredimible.

–Nuestras almas –dijo– tienen raíces traicioneras. Cuando menos lo sospechamos, una de ellas puede clavarse en el suelo como en su propio medio natural, de un modo definitivo, y obligarnos a permanecer por siempre delante de un mismo paisaje, vario o monótono, si no la rompemos en un esfuerzo desesperado, para entonces llevar al través de

la vida el dolor de la ruptura. Mi patriotismo, suspicaz, teme, tratándose de España, las tretas de las raíces traidoras. El peligro lo he columbrado, exagerándolo tal vez, en la misma atracción que sobre mí ejerce España y, sobre todo, Andalucía. Ningún poema en el mundo evoca en mi espíritu cuantas bellezas me sugiere el solo nombre de Córdoba, o de Sevilla o Granada. Y como ya una vez [86] en mi familia existió alguien que se dejó hechizar de la tierra andaluza, el peligro no me pareció nada quimérico. Por esto renuncié al hondo y verde paisaje de la Vega, dominada por la Alhambra y el Generalife; a la atmósfera de Sevilla, cargada de olor de fábula y de azahar; y a ver la selva de columnas de la mezquita cordobesa y su Patio de los Naranjos, en donde surtidores parlanchines murmuran, y su Puerta del Perdón, en cuyo arco se sutiliza el arabesco hasta alcanzar la delgadez de un encaje imponderable y, detrás de la mezquita, el puente de piedra desde el cual se divisa el Guadalquivir, esperezándose y retorciéndose, más allá de los Molinos, bajo el cielo diáfano, como un sueño de amor voluptuoso.

–Respeto –comenzó Ocampo después de un silencio–, respeto las razones de ustedes, muy delicadas y exquisitas. Las respeto, aunque no las acato. Nuestra reserva de ilusión la llevamos dentro de nosotros en realidad, y sólo a nosotros incumbe guardarla y enriquecerla. Cuanto a nuestro patriotismo, ganaría más bien poniéndose en contacto con la tierra española. Tal vez lográramos de ese modo vigorizar nuestras nacionalidades de América, endebles y mezquinas. Y quizá no esté lejos el día en que consideremos como nuestro deber más perentorio el ir en peregrinación, uno por uno, siquiera con el pensamiento, a robustecernos en las mismas fuentes de la raza. Llevados de la reflexión o sacudidos de los reveses, poco a poco despertamos a la conciencia de la raza los españoles de América y de Europa. En este sentido, la guerra hispano yanqui [87] fue para nosotros la más oportuna y saludable advertencia. Esa guerra de conquista nos manifestó muy clara la hipócrita actitud asumida, ya desde antes de la guerra, por el Imperio del Dólar frente a nuestras pobres y desmedradas repúblicas. Nos forzó a ver la cara temerosa del peligro. Y no conjuraremos el peligro sino volviendo a las corrientes de la raza. Ya no tienen razón de ser antiguas desavenencias y odios. Tampoco tienen razón de ser las vestiduras que, a título de préstamo, hubimos de otras naciones, para ocultar nuestros vagos tanteos primerizos. Me refiero a ciertas influencias de pueblos extraños que, si un día pudieron servirnos de aguijón, apenas pueden servirnos ya sino de rémora. Es un repugnante lugar común, cuando

se habla de nuestras miserias, en particular de nuestras miserias políticas, valerse del socorrido argumento de nuestro origen español, como si este solo origen contuviese en germen todos nuestros males. Fácilmente se olvida como en la independencia las almas de algunos de nuestros más grandes libertadores trasplantaron a nuestra política, y pretendieron plantar de por fuerza en el seno de la raza, el espíritu francés, o más bien el espíritu revolucionario francés, el cual viene desde entonces, con eclipses más o menos largos, predominando en nuestra política y prosperando fuera de ella, a costa de nuestra vida original, es decir, a costa de nuestros hábitos y de nuestra lengua y literatura. El viejo y noble sentimentalismo francés, llevado a todas partes por la Revolución, si nos fue de algún beneficio, en cambio nos causó bastante daño. Esa y [88] otras influencias debemos arrancarlas de nosotros, abandonándolas para siempre, como trajes que no nos vienen a la medida. Y entre tanto, apresurémonos a henchir de nuevo nuestras venas con ruda savia española. A pesar de las desigualdades y divergencias de la superficie, nuestra raza, como los grandes ríos, conserva su unidad impetuosa en el cauce profundo. Volvamos a la corriente de la raza, o resignémonos a perecer en la degeneración y la ignominia. Manejara yo una pluma, siquiera como la de uno de esos periodistillas indecorosos que viven a expensas de mi país, y no me cansaría de llamar a la conciencia de la raza a todos los españoles de este y del otro lado del océano. Ni hacen otra cosa los grandes acontecimientos desarrollados por la sobrehoz del mundo sino advertirnos, con su clarísima significación, como a las guerras de pueblo a pueblo han venido poco a poco substituyéndose las guerras de raza a raza. Desde la guerra hispano yanqui, todos los acontecimientos nos advierten lo mismo y en el mismo idioma. ¿Acaso no está haciéndonos igual advertencia la guerra de hoy, esa infame y grotesca guerra de casi toda la Europa blanca ligada contra el Asia amarilla?

—En verdad —insinuó Martí, empeñándose en una digresión de acuerdo con sus gustos—, en verdad el espectáculo que el mundo nos ofrece en este malhadado fin de siglo no puede ser más pavoroso. Después de la guerra hispano yanqui, la guerra del África del Sur y la guerra de China, sin contar nuestras perpetuas luchas ignotas de más allá del Atlántico, ni las continuas marejadas del socialismo [89] en casi todas las grandes naciones europeas. Mas tengo para mí que, si alguno de esos acontecimientos aislados puede interpretarse como Ocampo nos dice, considerándolos todos reunidos en un solo manajo,

nos reservan otra significación clara y profunda. Por lo menos, cuando yo así los considero, se me aparecen como síntomas precursores de una tremenda catástrofe. No sé si ésta sobrevendrá en los comienzos o a mediados de la próxima centuria, pero seguramente caerá sobre nosotros como un castigo. Nos hallamos, como edificios desplomados, en vísperas de un derrumbamiento espantoso. Porque, así como del centro de gravedad los muros, los hombres venimos alejándonos del Evangelio. Todas las guerras y convulsiones vienen de ahí: de ahí proviene todo el mal...

–¿De habernos alejado del Evangelio? ¿El mal no vendrá más bien del Evangelio y del catolicismo? –preguntó Ocampo.

–No, no. Entendámonos: yo no hablo del catolicismo: la humanidad no tardó en dar sus primeros pasos fuera del Evangelio. Y de entonces acá, entre la humanidad y el Evangelio ha venido acentuándose, hasta ser casi completo e irremediable, el divorcio.

–Pues el divorcio, amigo Martí, seguirá acentuándose hasta ser absoluto. ¿Por qué? Porque ese divorcio no depende de una causa arbitraria y exterior, sino íntima y permanente: del antagonismo irreductible entre la moral teórica y la moral practicada. Esta última es la expresión más o menos encubierta de nuestros instintos. Muy encubierta [90] cuando se trata de hombres aislados, lo está menos cuando se trata de grupos de hombres, y de ahí la aparente contradicción entre la moral de los individuos y la moral de los pueblos. Y así sucederá mientras no nos arranquemos los instintos, lo cual no podremos conseguirlo de ninguna manera, aun menos con leer un código de moral teórica. De conseguirlo, ya por ello solo dejaríamos de ser hombres, para convertirnos en una rara especie de brutos. Mientras tanto, el Evangelio seguirá condenando la guerra y el hombre seguirá haciendo la guerra; y esto es lo que con más elocuencia nos dicen las luchas actuales. La guerra cambiará, se modificará, pero no desaparecerá nunca, sencillamente porque es el instrumento más fiel, rápido y seguro que para crear y avanzar tienen a mano los hombres.

–Sin duda, sin duda –interrumpió Tulio, bebiendo en seguida a grandes sorbos de su copa de ajenjo.

–Y cuando por fin los hombres –prosiguió Ocampo– lleguen a darse cuenta de ese divorcio absoluto, de ese antagonismo entre su moral practicada y su moral teórica, entre sus instintos y el Evangelio, entonces, en donde ellos dejan lo pasado de moda y lo

inservible, como cosa anticuada y sin valor abandonaran lo que Nietzsche llamaba <<la moral de los esclavos>>.

–¡La moral de los esclavos! He ahí otro síntoma precursor de la catástrofe inminente. ¡Ah! ¡Nietzsche, Nietzsche, siempre Nietzsche! Nietzsche es el Anticristo.

A esta salida, Borja terció riéndose, y ya se dis- [91] ponía a terciar con la palabra, cuando el mismo Ocampo se adelantó a su propósito. Acababa de ver en los ojos de Tulio, clavados en el fondo de su copa de ajeno, la misma singular expresión de cuando poco antes miraba correr el agua verde oscura del río.

–No bebas más ajeno, Tulio. Y vámonos, porque ya es muy tarde. Como estamos en los días largos de la primavera, en los días de largos crepúsculos, no advertimos el vuelo de la hora.

Los cuatro amigos, después de recordarse el día de su próxima reunión en casa del músico, se despidieron.

Ocampo y Tulio se alejaron por el *Boulevard du Palais*. Ya en el puente *Saint-Michel*, Ocampo repitió:

–Es tardísimo. Apretemos el paso, porque, hoy sábado, Marta me espera en el Vachette. Por haberla hecho esperar, es muy capaz de sacarme los ojos. Afortunadamente vas conmigo, y me servirás de excusa.

Tulio habría podido entonces preguntarle si la influencia de Marta, por no estar dentro del matrimonio, era lejana y benigna como la de una estrella. Pero ni el puso atención ni hubiera sido capaz en aquel momento de una frase irónica: marchaba distraído, viendo, por delante de sí, los ojos vagos.

CUANDO Ocampo y Tulio llegaron, Borja y Martí conversaban sobre un caso de telepatía muy reciente y curioso. Al informar del tema de la conversación a sus nuevos huéspedes, Martí no se pudo contener y provocó las iras batalladoras de Ocampo:

–Usted nos dirá, por supuesto: <<Fenómenos, fenómenos, puros fenómenos naturales del orden psicofísico>>.

—¿Por qué no? Simples fenómenos, bastante numerosos tal vez para llamar la atención, pero no bastante numerosos todavía para concluir de ellos absolutamente nada. Cuando tengamos un número mayor de casos parecidos, y uno por uno podamos estudiarlos con severa pulcritud en buenos laboratorios de psicología experimental, encontraremos la explicación más o menos precisa de esos fenómenos. Entre tanto, cualquiera interpretación es prematura. Lo más prudente es considerarlos como del orden psicofísico. A nadie se le ocurre hoy atribuir nada de extraordinario y divino a los fenómenos eléctricos; [93] y sin embargo, si un hombre de otras épocas hubiese podido ver en un instante las maravillas de la electricidad, hoy realizadas al mandato de nuestro capricho en todas las partes del mundo, las habría adorado como apariciones milagrosas. ¿Quién habla como de un milagro del telégrafo sin hilos? ¿Y quién duda que, sin la intervención de un milagro, no lo habría concebido jamás el hombre de otras épocas? Hemos descubierto y manejamos la fuerza de la sugestión, como una simple fuerza ordinaria. Pero si alguien, en plena Edad Media, la hubiera descubierto y dirigido al igual de nosotros, ¿no lo habrían echado a las llamas como nigromante o brujo? Con los fenómenos telepáticos puede sucedernos la misma cosa; tal vez no sean, por ejemplo, sino una simple sugestión a distancia, atributos de ciertas naturalezas privilegiadas o enfermizas.

En la sala se hallaban, además de Borja y Martí, la mujer y las hijas de éste, Grúas y un joven compatriota muy amigo del pintor, aficionado a las letras y a la música, de fuerte rostro balzaciano y de ojos muy abiertos, como azorados o henchidos de asombro.

—¡Pues muy bien aprovecharemos el tiempo, si esperamos el dictamen de los laboratorios de psicología! Hasta hoy, semejantes laboratorios no han sirviendo sino para fabricar las ineptias de todos tamaños que Alcan, el editor, propala en forma de volúmenes. En definitiva, esperando lograremos leer algunos libros más, pero ineptos como los otros. Porque de todos esos libros, escritos por hombres [94] que juran y perjuran, invocando la experimentación y la ciencia, y parecen condenados a ver una sola faz de las cosas, apenas obtendríamos, exprimiéndolos, una chispa de substancia. Y ni la ciencia verdadera ni la humanidad perderían mucho, en mi opinión, si a todos los volúmenes de casa de Alcan, hacinados en pirámide, les pusiéramos fuego.

–Esa es también mi opinión –dijo el último invitado que acababa de entrar–, y yo asistiría al estupendo auto de fe, ensayando, alrededor de la hoguera expiatoria, pintorescos bailes antiguos.

Quien se expresaba de ese modo era un sujeto alto y cenceño, de movimientos algo zurdos, que parecía estar sonriendo siempre con un lado de la cara. Los puños de la camisa, excesivos le ocultaban las manos, casi hasta de los dedos. Llamábase Máximo Vives, y escribía, para algunos diarios y revistas de Hispanoamérica, sutiles críticas de arte y versos deliciosos.

–Me gustaría saber –continuó Martí– de qué modo se las compondrán para someter a la experimentación, aun suponiéndolos accesibles a ésta, fenómenos como los telepáticos, tan vagos, aéreos y nebulosos de suyo. Y digo <<suponiéndolos accesibles>>, porque los creo de todo punto inaccesibles. Jamás llegaremos, por vía de experimentación, hasta su íntima naturaleza. A lo sumo se llegará a clasificar y ordenar los casos más auténticos, después de haberlos dividido muy escrupulosamente de los falsos. A esto se reducirá el trabajo de los laboratorios. Y entre tanto, por lo que a mí me toca, siempre veré, en los casos de telepatía, fenómenos de [95] un orden elevado y sobrenatural, atendiéndome a la perspicacia de los pueblos, a una de las creencias más universales y antiguas, porque los fenómenos telepáticos, aunque parezcan nuevos por el nombre, son tan viejos como el mundo.

–El *consensus omnium*, además de ser indigno de usted, amigo Martí, porque está al alcance de todos y todos recurren a él, es un argumento muy traidor: sirve a las tesis más contrarias. De atenerse a él, sería preciso acatar el error geocéntrico y otros muchos errores considerados como la verdad entre los pueblos antiguos. También deberíamos creer en cuantas divinidades puso la imaginación de la gente primitiva en el aire, las aguas y los bosques. Y sin embargo, nadie se atreve hoy a discutir que nuestro mundo esté en el centro del Universo, ni nadie cree tampoco en las ninfas y los faunos.

–¿Que nadie cree en los faunos y las ninfas? Pero tampoco nadie puede negar su existencia. Cuando más, podremos decir que no los hemos visto nunca. Tal vez existen, y no los vemos porque son impuros nuestros ojos, o porque ellos habitan los más recónditos parajes. O tal vez ya no existen, porque han desaparecido con el andar del tiempo, como esas especies animales cuya existencia nos demuestra a cada paso las naturalistas, robando

a las entrañas de la tierra algunos perfectos ejemplares fósiles. Además, muy graves historiadores refieren como en cierta ocasión llevaron a Roma un sátiro vivo. Y según puede comprobarse en muy fieles narraciones, hace poco más de un siglo, en una playa de la costa armoricana [sic] encalló una sirena moribunda. [96]

Tulio, asombrado, preguntó:

–¿Una sirena?

–Una sirena. Muchos pescadores la vieron morir, y desde entonces algunos de ellos bordaron de fantásticas leyendas la blanca cenefa de la mar, y empezaron a comprender cuanto dice, lamentándose entre las dunas, el grito de la ola. ¿De qué nos maravillamos? Después de haberse negado en todos los tonos la existencia de la serpiente de mar, un sabio y navegante ¿no acaba de afirmarla de una vez por siempre su testimonio indiscutible? Su trabajo, si mal no recuerdo, se publicó en la *Revue des revues* no hace mucho. Así como la serpiente, quién sabe cuántas raras formas de la vida se agitan, ignoradas de nosotros, en las profundidades oscuras del océano. Cada verdad nueva, cada nueva conquista del saber – telégrafo sin hilo o rayos Röntgen– descubre a nuestros ojos un horizonte de ignorancia. Por cada conocimiento adquirido, hay mil que esperan en sus criptas de sombra. Todavía ignoramos un sinnúmero de cosas de las que pueden caer bajo el examen de nuestros sentidos, y el caso de la serpiente de mar nos lo prueba; todavía ignoramos un sinnúmero de cosas de las que pueden ser descubiertas por nuestros medios de observación actuales; y siempre nos quedará por conocer un infinito de cosas, inaccesibles a todos nuestros medios de observación actuales y futuros. Este infinito es el infinito de lo sobrenatural, que colma nuestra vida y por todas partes nos rodea, porque está dentro y fuera de nosotros. En la menor palabra, en el menor acto de la vida común, hay un [97] infinito de sobrenatural y de misterio. Si no, ¿cómo explicar las mudanzas bruscas, e injustificables en apariencia, de nuestro destino? ¿Por qué el menor suceso, como un paso dado en cierta dirección más bien que en otra, produce una catástrofe? ¿No aparecemos, a cada momento, como juguetes miserables de un prodigioso taumaturgo? Parece como si un taumaturgo se le pasara, a nuestra espalda y en la obscuridad, trazando signos de mágico poder con sus dedos invisibles; y según la virtud puesta en cada trazo, ya el signo encierra nuestra vida, ya nuestra muerte o nuestra gloria. ¿Qué son la fortuna, el destino y el hado, sino otros tantos nombres de lo sobrenatural y del misterio? Sin embargo, siendo lo sobrenatural, en cierto

modo, lo más natural que existe, algunos hombres lo niegan, porque no lo ven; y no lo ven, porque de tanto leer la pseudociencia contenida en los libros de casa de Alcan y de Reinwald, tienen los ojos turbios. Lo sobrenatural se nos manifiesta en los fenómenos telepáticos, y en otros fenómenos que son como súbitos desgarramientos del velo de Isis. En estos casos, lo presentimos o adivinamos, y la verdad, adivinada o presentida, no es menos verdad que cuando la confirman los hechos. Pero lo sobrenatural también se manifiesta de modo paladino a ciertos hombres dignos de la gracia, privilegiados por su fe o su virtud en figura de ángeles y genios maléficos, y de ángeles y genios protectores. Yo sé de hombres que lo han visto con sus ojos mortales...

Y Martí, esquivándose, valiéndose de muy vagas alusiones y como si se tratara de algo extraño [98] a él, se puso a hablar de cuando en Nueva York el desaliento lo dominó, hasta hacerle pensar en el suicidio.

Apenas la idea del suicidio nació dentro de él quiso realizarla y en ese mismo instante se le apareció, convidándole a cumplir su siniestro propósito, una especie de <<hombre>> de sonrisa amable y vestido negro; pero, casi al mismo tiempo, del otro lado de él surgió otra aparición, vestida de ropas cándidas, a cuya vista la primera, indudablemente un genio malo, retrocedió y se fue desvaneciendo poco a poco hasta disiparse en absoluto.

—Y no podía tratarse de simples alucinaciones, como pudiera argüirse, porque el sujeto no presentaba rastros de neuropatía hereditaria ni vestigios de abuso de alcohol, de tabaco o de otros venenos.

Pero en vano Martí se adelantaba de este modo a una objeción probable: Ocampo no pensaba ya en rebatirlo, al fin desarmado como otras veces ante aquella credulidad tan candorosa. Como los demás, oía con recogida atención la palabra suave y ardiente del músico. Una sorda ansiedad, una rara inquietud, llena de recelos, reinaba en la salita. En los rostros de Tulio, Borja y Vives había como una sorpresa interrogante. Ocampo, de minuto en minuto, miraba a todas partes con aire distraído, para fingir indiferencia. El aficionado a la música y a las letras miraba también a todas partes, con ojos más que nunca henchidos de asombro, como si se preguntara si aquella defensa de lo sobrenatural podía servir de prólogo a la exposición de ningún trabajo artístico. Grúas examinaba a los otros, al sos- [99] layo tratando de fijar en la mente sus diversas expresiones y actitudes. Hortensia, la mujer de Martí, iba y venía entre la alcoba y la sala. De todas las personas reunidas en ésta,

las hijas de Martí eran las únicas que no expresaban inquietud ni asombro. Sabían a donde se enderezaba el discurso paterno; hubieran podido completar muchas frases del discurso, apenas comenzadas; adivinaban las palabras que lo salpicarían con más frecuencia, como salpican el bosque las flores; tan íntima y armoniosamente vivían ellas en el padre, y el padre en ellas. De las tres, la mayor tan sólo –Piedad– parecía distraerse de tiempo en tiempo, viendo por el balcón, hacia la calle, con mirada soñadora y pensativa como con fugaces veleidades de una rosa que, en el recogimiento de su jardín cercado, soñara con la libertad y el sol de la pradera extendida más allá de los muros. Pero sus veleidades pasaban pronto, y su pensamiento volvía, con el de sus hermanas, a traer en ofrenda, a los pies del padre, su adoración leal y sin límites. Con las flores del jardín de su mujer y las de su propio jardín oculto, Martí había ido componiendo un solo ramillete de músicas y aromas. En el alma de las hijas había transfundido poco a poco las riquezas de su alma: su arte, su bondad, su virtud, y aquel su misticismo encantador, empapado en la frescura de los lirios evangélicos. El gesto, la actitud y las palabras de ellas revelaban el alma de él, tan perfecta era la comunión espiritual de padre e hijas. Aun suponiéndolas privadas de movimiento y de voz, puestas a la entrada del hogar a manera de [100] momias guardianas de actitud inexpresiva, pero con sus nombres inscritos en sus frentes a guisa de diademas, los nombres de ellas –Piedad, Sofía, Anunciación– habrían bastado, por sí solos, a pregonar como heraldos vestidos de armiño, el alma de belleza del padre.

–Y si de la vida pasamos al arte, ¿podrá negarse en éste la existencia y el predominio de lo sobrenatural? –preguntaba Martí, prosiguiendo su discurso–. ¿Acaso no es lo sobrenatural eso que los filósofos y críticos de hoy han dado en llamar lo Inconsciente? Algo sobrenatural preside a todo feliz alumbramiento artístico. ¿Por qué en lo más vano y ligero, como el sonido o la palabra, el artista halla de súbito insondables minas de oro? ¿Por qué la obra suele seguir de una vez, acabada y perfecta, como una planta que no se detuvo en su estado de germen, sino fue derechamente a la flor, volando en la saeta del tallo?

Y de pregunta en pregunta, como por una suave gradación, Martí llegó a dar en los motivos de su proyectada conferencia. Tan fácil e insensible fue el paso de un tema a otro, que nadie advirtió el cambio de tema, como si en realidad se hubiese llegado a la segunda parte de un mismo discurso, y no a otro discurso distinto. La disertación acerca de lo

sobrenatural resultaba, con respecto al explicativo delineamiento de la conferencia futura, el más adecuado de los prólogos. En efecto, algo de sobrenatural había en el origen de la conferencia, porque nada era más prodigioso que el modo como halló Martí las nuevas leyes musicales. [101]

Fue durante una lectura del Evangelio. Leyendo y releendo el Evangelio, éste lo deslumbró una vez, presentándole como en un relámpago, bajo su vieja significación moral, una significación nueva y no menos divina. La eterna palabra del amor se convirtió para el artista en la eterna pauta de la música. Todos los misterios del ritmo se le revelaron de pronto en la palabra de Jesús, entre coronas de virtudes angélicas y de lirios del valle. El alma de la música vibraba a través del Evangelio, acompañando las ingenuas prosas de los lirios. Cada parábola era una melodía inacabable, realizada por sobrias armonías discretas; cada pasaje, cada ejemplo era un torrente armonioso, y en cada máxima o sentencia moral iban resonando, como en esferas cristalinas, las eternas leyes de la música.

Según Martí, la existencia de las leyes descubiertas por él se confirmaba en el estudio y examen de los maestros, porque sólo por haber seguido, aunque inconscientemente, esas leyes, los maestros nos dejaron obras de música inmarcesible. Pero como los hombres habían venido alejándose del Evangelio, poco a poco los artistas descuidaron o abandonaron, también inconscientemente, aquellas leyes, y de ahí la actual decadencia del arte. Los artistas, como aseguraba Martí, se alejaron de las grandes leyes de la música encerradas en el Evangelio, en parte de un modo pasivo, siguiendo el movimiento general de los hombres; en parte de un modo activo, impulsados de una fuerza diabólica patente. Sin duda, con el anticristo máximo de la filosofía, a todas las artes vinieron Anticristos [102] menores. Y si Nietzsche era, en justicia, el Anticristo supremo, Wagner se presentaba como el «Anticristo menor» de la música. Las artes, como a su alrededor los hombres, tienen también sus ángeles buenos y sus ángeles malos...

En ese tono, usando con verdadera obsesión, a cada minuto, de las expresiones de «diablo» de «artimañas diabólicas» y de otras expresiones por el estilo, habló Martí muy largo tiempo. Comenzaba por citar el versículo de donde partió a descubrir una de las nuevas leyes musicales y luego se extraviaba en un dédalo de racionios, a la cual más enrevesado y confuso, para acabar exponiendo las pruebas y los comentarios técnicos de cuanto decía, con gran abundancia de pormenores.

El aficionado a las letras y a la música iba de sorpresa en sorpresa, no sabiendo ni admirar más el oscuro misticismo con que Martí ponía en su auditorio la inquietud y el calofrío del misterio, o la nitidez y precisión incomparables con que atacaba los puntos necesarios de la técnica artística. El discurso de Martí se le antojaba una como serie de alternadas fajas de luz y de sombra: ya reconocía la justeza de apreciaciones del músico, ya se preguntaba, con seriedad y con un poco de escozor, si el músico no se estaría solazando a costa de sus oyentes. Pero este su recelo muy pronto se le desvaneció para entonces antojársele el discurso, por su candorosa mescolanza de especies candorosas, algo así como un capítulo inédito del *Símbolo de la fe*, del buen Fray Luis de Granada. La impresión de Borja era muy semejante a esa del aficionado a las [103] letras y a la música. Ocampo escuchaba con alternativas de plácida indiferencia y de furia silenciosa. Tulio, para sus adentros, formulaba sus diversas y encontradas impresiones con un «¿para qué vine?». Grúas lo hallaba todo muy original, y Vives no rompía de cuando en cuando el silencio con un entusiasta «¡admirable, admirable!», sino para hundirse de nuevo en una infinita admiración una nota taciturna.

Todavía estaban sus oyentes combatidos por tantas diferencias de impresiones, cuando Martí cesó de hablar y fue a sentarse al piano. Y el piano, viejo y alquilón, bajo los dedos del músico empezó a balbucear, en su numerosa lengua marfileña, una historia peregrina:

Primero fue arriba, en el teclado, una nota muy tenue, como la que produce el caer de una débil gota de agua sobre un cristal sonoro; tras de ella vino otra, y otra nota semejante que llegaron, multiplicándose y cada vez menos tenues, a fingir el caer precipitado de una lluvia muy fina; al repiqueteo de la lluvia muy fina siguió el deslizarse tembloroso de un hilo de agua entre las altas hierbas; luego se oyeron las quejumbres, las canciones y las risas de la acequia rebosante; en seguida resonó el tumultuario estrépito del torrente y este mismo estrépito, serenándose poco a poco, se cambió en el rumor sereno y apacible del río, rumor que, a medida se hinchaba el río, fue haciéndose más grave y reposado, hasta desaparecer más lejos, en donde los grandes ríos, entre sus márgenes remotas, corren y se extienden con majestad oceánica [104] nica, en medio del silencio más augusto. Sobre el silencio de las aguas del río, una canción pasó entonces deshojándose, como la flor misma del silencio: se alzaba tal vez de lo más profundo del cauce, o bajaba tal

vez de las ribereñas y más próximas alturas, de los labios de alguna Loreley invisible que, al son de sus cantares, peinase con áureo peine sus cabellos de oro. Por un momento reinaron en la música la perfidia de la corriente silenciosa y la perfidia más dulce del canto. Después, como si un barquero en su barca se hubiese aventurado entre esas dos perfidias, la música remedó el encrespase de la onda y el remolino y la soberbia de las aguas, pasados los cuales el silencio anterior cayó sobre el río como una lápida sobre una tumba. Por fin, tras una corta pausa, la música remontó, evocando el tumulto del torrente, los murmurios de la acequia rebosante, el trémulo susurro de un hilo de agua entre las hierbas y el repiqueteo de la lluvia, hasta la nota primitiva, aislada y muy tenue, como la que produce el caer de una débil gota de agua sobre un cristal sonoro.

Y Martí, después de significar, con un movimiento de la cabeza, que había concluido, se quedó al piano, arrancando a éste las primeras frases de la *Traumerei*, de Schumann.

–¡Admirable, admirable! –exclamaron todos, encontrándose de acuerdo por la primera vez en la impresión y en la palabra de Vives. Todos, menos Tulio, que estaba pálido y sin habla, con un muerto. [105]

Quando habló, fue para decir a Ocampo, al emprender juntos la vuelta:

–¡A qué vendríamos!

–De veras –aprobó Ocampo, sin comprender–, ¿para qué vendríamos? Alejandro Martí es medio loco. Sin duda, en su inteligencia hay más de un claro. No se explica de otro modo que diga tantos disparates y al mismo tiempo escriba una música tan bella. Toda su música es bellísima... Y cuantos despropósitos dice, los cree de muy buena fe, porque no es un charlatán cualquiera: es un degenerado... Un degenerado muy simpático y noble, de cuya vida se podría sacar la más curiosa de las novelas. Es un tipo de novela. Su buena fe no deja la menor duda. Basta escucharlo, para sentir como de muy buena fe se imagina, de levita, obeso y bonachón según el tipo clásico de un buen cura protestante, hallarse ya explicando las *Delicias del Amor Conyugal* a las parejas de esposos y a los grupos de mancebos y doncellas que discurren por entre bosques de rosales y de olivos en el cielo de Swedenborg.

Como absorbido por una idea fija, Tulio exclamó de nuevo:

–¡A qué vendríamos! No he debido venir...

Y en seguida añadió:

–Todo eso es muy raro.

–Es verdad. Todo eso es muy raro –afirmó Ocampo, creyendo que su amigo aludía a las cosas del músico.

–Más raro tal vez de lo que te imaginas...

Diciendo así, Tulio oprimió de tal modo con [106] su mano derecha el brazo izquierdo de Ocampo, que éste, sorprendido, se volvió a verlo y sólo entonces observó la agitación y palidez mortal de Tulio.

–¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? ¿Por qué estás como nervioso? Verdad que Martí perturba a cualquiera.

–No es eso, no.

–Entonces ¿Qué te pasa?

–Nada, ¡qué sé yo! Nada... Te diré otro día.

–¿Por qué no ahora?

Y Ocampo, viendo que no podía obtener de Tulio sino palabras incoherentes, acabó por insinuarle:

–Necesitas de reposo y de sueño, Tulio.

Pero Tulio esa noche se recogió muy tarde, y todo el resto de la noche lo pasó en vela, con su lámpara encendida. No durmió, desvelado con el miedo de que su lámpara se apagase, como si muerta la luz, la alcoba se le fuera a poblar de trasgos, fantasmas y espectros. Un terror sin límites lo mantenía en la cama, con el cuerpo sin movimiento, alerta el oído y muy dilatados los ojos. Todo, porque un trozo de música le acababa de provocar el mismo sueño, la misma alucinación en que se recobraba y deleitaba poco antes como en un baño tibio.

Desde aquel en que primera vez lo visitó, ni un solo día el sueño dejó de envolverlo como una caricia terca, generosa y dulce. Era siempre la misma rara sensación del baño, el mismo suave descender, balanceándose una hamaca trasparen- [107] te y viva, y el mismo fantástico viajar por entre valles y colinas, en lo más profundo de océano, hasta la montaña de púrpura sobre cuya cima se alzaba la belleza de Belén, como un lirio abierto sobre una

montaña de rosas. Y siempre Tulio hablaba, o se imaginaba estar hablando, con la novia, mientras el sueño no se desvanecía o la novia no se cambiaba en una rígida madrepora.

El sueño lo asaltaba en la calle, en el café, en todas partes, como un encantamiento súbito. En apariencia espontáneo, se lo sugerían en realidad muchas cosas, como ciertas esmeraldas entrevistadas en el escaparate del joyero, el follaje nuevo de los árboles, la turba linfa del ajeno y de otros licores, la onda glauca del río y cuantas cosas le recordaban por su calor, las aguas del océano y los ojos de la amada. La fuerza de sugestión residía en los matices claros del verde. Cuando lo observó Tulio, ya esos matices, con tanta facilidad como el hipnotizador a ciertos histéricos, lo subyugaban con su virtud hipnótica. Y aparte esa virtud, aun cuando no lo llevasen hasta el sueño, los tonos glaucos lo mareaban con cierta misteriosa atracción indefinible. Era como si el mismo océano remoto lo atrajera, valiéndose de los más dulces y desvaídos colores glaucos. Así, en días atrás, navegando sobre el Sena, más de una vez lo sorprendieron tentaciones de arrojarse al agua del río y de abandonarse a la corriente de agua, como si el ímpetu de la corriente y su propio deseo formaran un solo y ciego amor, anheloso por dilatarse y desaparecer en el corazón del océano, amargo y profundo. [108]

Entre esa atracción y el insistente encanto del sueño, la existencia de Tulio fue como un duermevela continuo. Del estado de vigilia pasaba con prontitud maravillosa al estado de sueño; y de éste cobraba Tulio, al principio, fuerza y placidez como de un baño. Sentíase, después del sueño, rebotando en una serenidad casi divina, como si la sangre hubiese ido por todo él repartiendo ánimo y júbilo. Tenía por justa, aunque escasa, compensación de su pérdida, aquel a modo de encantamiento por el cual, a través de los verdes más pálidos, columbraba la imagen de la novia y hasta, según se prolongase el encantamiento, hablaba con la novia como si estuviera viva.

Pero un día, en medio de su placidez, lo inquietó la duda: se preguntó si era cosa natural aquel fenómeno peregrino de la atracción y encantamiento de los matices glaucos, o si más bien no sería el principio de la traidora demencia. Desde entonces lo martirizó la duda, y el duermevela continuo, de grato como era, se le volvió enojoso; desde entonces, en vez de provocar el sueño, complaciéndose en él como antes, lo evitó, huyendo en lo posible de cuantas cosas le recordaban, por el color, las aguas del océano y los ojos de la amada.

Sin embargo, no por eso dejó el sueño de perseguirlo, causándole enfado y molestia; y la molestia se convirtió en un verdadero pavor, cuando Martí, al cabo de su larga defensa de lo sobrenatural, contó, sentado al piano, casi toda la vida del agua corriente, en la lengua de la música. Tal vez por el discurso de Martí, surgió el pavor en esta y no en [109] otra circunstancia. Lo cierto es que Tulio, después de recogerse muy tarde esa noche, todo el resto de la noche lo pasó con su lámpara encendida, y al día siguiente continuó evitando la sombra y la soledad, como si éstas fueran de pronto a poblársele de espectros. Era el mismo terror de cuando se representaba la casa paterna, en la obscuridad y el silencio nocturnos, llena con las mil sombras, vestidas de ira, de sus antepasados heroicos. Y como en ese tiempo, el terror le indujo a recogerse cada noche más tarde, a volver a casa después de infinitos rodeos inútiles, para los cuales inventaba, tratando de engañarse a sí propio, toda clase de ardidés.

Por el día, entre la mala noche pasada y la mala noche venidera, empezó a beber mucho; y tanto del mucho beber como del poco dormir se enfermó, renaciendo en el fondo de sus ojos, como de su ceniza el fénix, la neuralgia.

Como antes, la neuralgia cedió al éter y a la morfina, y Tulio volvió a probar, en la turbia somnolencia de los narcóticos, la placidez primitiva del sueño. De nuevo se entregó a la rara sensación del baño en un agua profunda, al suave descender balanceándose en una hamaca trasparente y viva, y al fantasmagórico peregrinar por la más honda sima del océano, en medio de la transparencia del agua, y de tiempo en tiempo entre bandadas de peces, fulgurantes y exiguos como joyas.

Pasada la neuralgia, y tras de ella la dulce embriaguez de los narcóticos, reapareció el miedo irresistible. Pero Ocampo, ya, de una parte, advertido por la misma neuralgia y alertado por la patrona, de [110] otra parte, sobre el nuevo hábito de su amigo de guardar luz toda la noche, se dio a estrechar con sus demandas a Tulio, hasta arrancarle a jirones el secreto.

Muy doloroso fue para Ocampo el descubrimiento de la verdad, así porque le pesó no haber antes conocido la causa de las rarezas de Tulio, como porque vio sus bien combinados planes de terapéutica desbaratársele de golpe. Eso, cuando juzgaba llegado el momento de acudir a la coronación de su terapéutica sentimental, recomendándole a Tulio el último remedio, bajo la forma de una amiga de Tulio y hermana de Marta, de nombre

Fifina. Aunque el miedo a la soledad y el demasiado beber de Tulio favoreciesen la aplicación de ese remedio, Ocampo entonces lo repugnó, pareciéndole muy poco legítimo y de éxito problemático. Ni ya era Fifina la más a propósito para desvanecer los males de Tulio. Se requería, dado lo agudo y complejo del mal, de cierta perspicacia y fineza de espíritu, y el espíritu de Fifina era como sus manos, que, por lo áspera y burdas, no armonizaban con las demás partes de su cuerpo, río de perfecciones.

Ocampo resolvió alejar a Tulio de París, de la ciudad malsana henchida de locos y degenerados de todos los pueblos, como su compatriota el músico. Reservándose aconsejarle después el regreso a América, si era preciso, le aconsejó un viaje largo por la misma Europa. Le dijo como un viaje en plena primavera debía de ser una delicia, y le prometió acompañarle por algunos días por lo menos. Lo exhortó a no probar ninguna suerte de venenos [111] alcohólicos y no usar, por ningún caso, de éter ni morfina.

Y Tulio, creyendo seguir los consejos del amigo, obedeciendo quizás a la atracción de los más desvaídos colores verdes, partió hacia las grandes rutas que guarnece la onda con el señuelo de su eterna sonrisa glauca. [112]

ENTRE las costas del océano y las del Mediterráneo, se decidió por las últimas, aunque recelándose de seguir en parte el camino que proyectó para su frustrado viaje de bodas.

En los principios del viaje le molestó el recelo; pero, contra todos los celos y previsiones, la copa azul del Mediterráneo pareció verter en el alma de Tulio una paz infinita. En el mismo tren, más allá de Marsella, la primera desembarazada perspectiva del agua azul fue para los fantasmas de su terror como una ráfaga. Los fantasmas partieron a morir en la transparencia del aire muy puro. Y Tulio, con maravillas de convaleciente, empezó a ver las bellezas del paisaje y a observar cómo el paisaje mismo variaba, obedeciendo a la marcha del tren, al trazo de la vía y a los caprichos de la costa.

Ya el mar se presentaba en una anchurosa perspectiva, ya en una serie de franjas fugaces, viniendo a cada paso a formar, entrando en la tierra hasta muy cerca de la vía y redondeándose como un seno de mujer, una ensenada minúscula. En ésta, el [113] zafiro del mar agonizaba, dándole vida al glauco más terso y glorioso. Entre ensenada y ensenada,

la mancha casi negra de un bosque de pinos. En algunas partes, en lugar de pinos, olivos raros y enclenques. Por toda la campiña, a lo largo de la costa, los durazneros en flor se inclinaban coquetonamente a ver, en el hondo espejo del zafiro, sus trajes de seda rósea y blanca. Cerca de los poblados y al través de éstos, con las villas, empezaron a desfilar mimosas, muchas mimosas, todas con penachos de oro, llenas de racimos de oro, semejando servir como de soberbia avanzada al más arrogante de los triunfos. Por algunos instantes, en una villa, ciertos árboles de hojas bermejas ensangrentaron el dorado Fausto de las mimosas. Con duraznos y mimosas, alternaron en seguida naranjos, limoneros y palmas.

Y tan absorto iba Tulio en admitir las bellezas del paisaje, que ya Ocampo ni pensaba distraerlo. Más bien Tulio señalaba de cuando en cuando a su amigo algunos pintorescos pormenores. Así, muy cerca de Cannas, con inesperada sorpresa y alegría, llamó la atención de Ocampo hacia un torrente que se precipitaba en el mar, saltando, gritando, deshaciéndose en espuma.

En igual disposición de ánimo perseveraba Tulio, llegado a Niza, de suerte que Ocampo, días después, ya cumplida su palabra, y creyendo a Tulio, si no bueno, en camino de reconquistar muy pronto la salud, tomó la vuelta de París, adonde le llamaban sus inaplazables quehaceres.

Después de concertarse con Tulio para la oportunidad y manera de escribirse, Ocampo se fue sin [114] abrigar con respecto a su amigo ninguna clase de temores, por entender que en éste la juventud, con el grande auxilio de la primavera, no tardaría en reducir a su primitivo punto y vigor el sistema nervioso un sí es, no es desquiciado. Y en su pensamiento no se trataba de toda la primavera, sino de la primavera de Niza y de aquella parte de la costa mediterránea, inicial estación del viaje de Tulio, porque ahí toma la primera un sello propio, así de la íntima belleza de los lugares como de ser éstos de los muy pocos donde, en nuestra edad prosaica, las aventuras florecen todavía. De ordinario florecen bajo la forma de la princesa de amor, eterna y fadada quimera de la juventud, ya en los vergeles y las calles de Niza, ya bajo los naranjos y las palmas de los otros pueblos costaneros tal vez junto a las verdes mesas del Casino de Montecarlo, tal vez entre los bancales floridos que Montecarlo suspende, como un pensil de magia, sobre el sueño de la onda. Y la princesa del amor trae nieve del norte en las mejillas, cuando no viene del sur,

en donde el sol de Italia o España doró sus carnes con el oro mate de las mieles, después de sazónarla toda como un fruto.

Pero Tulio, una tarde, entre los bancales floridos, en vez de la aventura de amor, halló el desasosiego más extraño. Le pareció como si un reproche volara hacia él de todas las flores abiertas. En particular, los pensamientos, medio ocultos en el césped, parecían perseguirlo como si fuesen ojos humanos cargados de reproche. Y como él creyó comprender este reproche y lo encontró justo, se [115] propuso apartarlo de sí, rescatando la falta que le imputaban las flores, cometida por él a expensas de otras flores de las primeras del año.

Con sólo formular este propósito, su desasosiego anterior se trocó en una inmensa y desconocida ternura. Fue como si de pronto se colmase de suavidad y tibieza, como si dentro de él, perfumándolo, se fundiesen, al calor de la sangre, muchas lágrimas de mirra. Luego, en la misma terraza de Montecarlo, hecho el propósito, le sobrecogió la impaciencia de cumplirlo, impaciencia parecida a la de una primera cita de amor, que lo siguió hasta Niza aquella tarde, lo acompañó a la mesa en el restaurante del hotel y no lo dejó en toda la noche. Pues, aunque durmió, la impaciencia lo persiguió durante el sueño varias veces despertó con sobresalto. Cada vez, al despertar, *veía*, posada a los pies de la cama, una forma de mujer, de lineamientos vagos e indecisos, cual capricho de la niebla o fugitiva apariencia fantástica de un claro de luna. Al hacer luz, el fantasma se desvanecía. Asomábase luego al balcón, a ver si ya en Oriente se abrían también los áureos balcones del alba. Pero cada vez por el balcón entraba, en una ráfaga de música y olores, la noche de primavera.

Cuando por fin despuntó el alba, se vistió aprisa, bajó a la calle y estuvo errando por ella todo el tiempo que tardaron en abrirse las tiendas de flores. Después de comprar muchas flores de las mismas diversas clases de aquellas que él, una vez, en un loco arrebató de furia, condenó a ser holladas por las ruedas de los coches y el pie de los pasantes, [116] alquiló una barca y la llenó de flores; y la barca rebosó, hasta semejar, con su carga de fragancia y de pétalos, un gran cesto florido.

Los dos remeros, dueños del bote, luego de preguntar: <<¿Adónde vamos?>>, como si no le hubiesen escuchado bien, se hicieron repetir la respuesta de Tulio:

–Mar dentro.

Y la barca, mar adentro, viajó largo rato sobre la sonrisa azul del agua inmóvil.

Quitando los ojos de la tierra y poniéndolo muy largamente en el agua, Tulio llegó a sentirse por dentro diáfano y profundo, como si la transparencia del agua se le comunicara a su espíritu. Se preparaba, con esa diafanidad interior, para el acto inminente que había de ser sutilísimo y puro.

Al empezar los contornos de la costa y las casas blancas de Niza a confundirse y desvanecerse a lo lejos, paró a los remeros con un signo y comenzó con gesto solemne, tras una breve y honda meditación, a celebrar la fiesta de desagravio. Atónitos, los barqueros miraban, como locura o excentricidad costosa de inglés rico, aquella peregrina fiesta del desagravio de las flores. Tulio pretendía, en efecto, con flores de la misma especie, desagraviar a las que una vez fueron sus víctimas. Le bastaba, para eso, dar a las primeras el piadoso y noble destino que debió dar a las últimas. A manos llenas, principió a rayar, con fragantes manojos de flores, el terso y fino raso del agua. A poco, las rosas fingieron, oscilando entre los líquidos cristales, blancas y róseas vislumbres de carnaciones de ninfas, mien- [117] tras las violetas punteaban el azul como ojos glaucos de sirenas.

A tulio no se le ocurrieron, ni antes ni después de su acto de piedad, las más naturales objeciones. Al contrario, se representó como un absurdo el haber pensado, en su ya remoto acceso de ira, que no podía, sobre la tumba de Belén, hacinar flores a manera de túmulo, ni extenderlas a guisa de lápida. «¿Por qué no? De todos modos, bien podía extenderlas a manera de lápida, si por la inconstancia de la onda no las podía hacinar como en un túmulo. Ni tampoco era preciso extenderlas, como pensó, en un punto fijo de la mar, sino en uno cualquiera, porque la mar, la tumba de Belén, aunque de nombre múltiple, es una misma: formidable y risueña, pérfida y amorosa. La mar es una misma... La misma ola va de país en país, de costa en costa, curioseando el secreto de todas las playas. La misma ola ríe en los escollos, canta en los arrecifes, teje, alrededor de las islas, cándidos arabescos, besa la frente de las rocas y el pie de los acantilados y, con un suspiro muy leve, se desmaya sobre las dunas. La misma ola encierra en unas partes el alma del zafiro y en otras resplandece con la verde llama interna de la esmeralda, cuando no es roja porque la tiñen de carmín las purpúreas eritreas. Como la ola, viaja la corriente y cuantas pavesas hallan al paso la corriente y la ola. Así las flores, arrojadas en cualquier punto de la mar, pueden ir hasta el paraje en donde Belén reposa, en lo más hondo del océano, muerta o dormida.

¿Acaso las algas tropicales no sirven de guirnalda a las rubias ondinas del norte [118] en los fiordos de Noruega? ¿Las *uvas del trópico* no van a coronar, como a dioses groseramente esculpidos en piedra, las rocas de Islandia? ¿Las maderas fragantes de Asia no van, con el alma de sus resinas, viajando al través del océano, a perfumar los arrecifes del trópico? >>

Y Tulio seguía rayando con manojos de flores el fino raso del agua; y en tanto que las rosas fingían, en la pureza de la onda, róseas y blancas vislumbres de ninfas, las violetas punteaban el azul con ojos glaucos de sirenas.

Desde ese día de vuelta de la mar, lo dominó otra vez el sueño, apenas modificado por algunos caracteres distintos. La novia ya no se cambiaba en laberíntica madrepora. Casi no hablaba, y cuando hablaba sonreía con gestos pudorosos. Por la sonrisa y por los gestos era la misma timidez muy dulce de los idilios castos. En efecto, gracias a los caracteres distintos y a la repetición del sueño, la fiesta del desagravio de las flores vino a ser el germen y principio de un idilio, desarrollado luego por la línea verde y azul de la costa, como una doble armonía de música y fragancia, desde los bosques de naranjos y limosneros de Niza y de Menton hasta los bosquecillos de camelias en las villas de Liguria.

El viaje de Tulio se volvió un continuo duermevela deleitoso. De tal modo iban en él mezclados la vida y el sueño, que difícilmente se hubiera señalado el punto en donde acababa el sueño y comenzaba la vida. Su estado de vigilia más completo lo cruzaban y frecuentaban fenómenos de interpre- [119] tación difícil, fugaces y oscuros. A veces, ya de día, ya por la noche, estando en casa o en la calle, *notaba* junto a él, junto a su presencia real, otra no menos real aunque invisible presencia. A menudo se volvía con la sensación precisa y neta de hallar a alguien a su espalda; y aun al volverse contestaba, como si alguien lo estuviera llamando por su nombre.

Con semejantes fenómenos y los caracteres novísimos del sueño, fue dentro de él formándose, primero algo dudosa, luego más y más clara, hasta enseñorearse de su espíritu, la convicción de que Belén, caso de no vivir como antes vivía, al menos de cierto modo y en alguna arte vivía de seguro. El terror, sin embargo, no vino entonces a crispas sus nervios y a obscurecer su alma. Juntos más bien, el paisaje real y el ideal paisaje del sueño derramaban en su corazón un torrente de frescura idílica. Tan sólo en Génova, después de

una visita al camposanto, lo aturdieron ciertas inquietudes, para huir de las cuales resolvió, abandonar la costa, encaminarse tierra adentro. Pero en Milán, adonde lo llevó el propósito de quedarse algunos días, no tardaron los más desvaídos colores verdes en perseguirlos como antes con su extraño poder diabólico. Y no se libertó de la obsesión ni recobró su placidez primitiva sino cuando partió, siguiendo nueva ruta, hacia las orillas del Adriático.

Sin darse cuenta de ello, Tulio se deleitaba en leer cuantas publicaciones llegaban a sus manos acerca de la mar y sus enigmas. Esta su lectura y las diferentes bellezas de paisajes sobre las cuales [120] iba él posando y reposando los ojos, enriquecían y exaltaban, variándolo al infinito, el teatro fantasmagórico del sueño. Cada paisaje real suscitaba en el sueño un nuevo e ideal paisaje submarino. Mientras Tulio erraba sobre los canales de Venecia, meciéndose en la góndola, penetraba al mismo tiempo en el agua, merced al sueño, debajo de la góndola, muy más debajo de las escaleras de mármol corroídas de tenaz beso del musgo, a discurrir con su idilio, hecho de sonrisa y de silencio, por el misterio de los canales. Y al pasar los dos amantes por el estrecho paisaje verde, viejos vidrios de Murano florecían, dando policromas y espléndidas flores de luz, entre otras mil reliquias enterradas con el secreto de su belleza en el negro limo del fondo. Otras veces, en el sueño, discurría por jardines partidos de sedas rosadas, cuyas flores candidas, de vago reflejo azul, se enhilaban figurando sartas de perlas, o se apiñaban en colgantes racimos de ópalos, mientras él miraba desde la terraza del café en el balneario del Lido, correr, sobre la glauca superficie casi inmóvil del Adriático, las velas de púrpura, tales como inquietas llamas de amor a través de una vida muy quieta.

Durante sus paseos al Lido y sus paseos en góndola por los canales venecianos, la atracción de la mar lo acabó de vencer, sugiriéndole el proyecto de una travesía. Y para, apenas forjado, cumplir su proyecto, muy en breve se le ofreció la oportunidad bajo forma de un buque de vapor dirigido a Grecia y al Archipiélago, pero no sin detenerse por el camino en algunos puertos de la costa del- [121] mática. En el agua azul de esa costa se engendraron los más ricos paisajes del sueño. Bajo el agua de transparencia infinita, el idilio se entretuvo tejiendo y destejiendo guirnaldas en vergeles maravillosos. Aunque en realidad, en vez de muchos vergeles, por toda la extensión de la costa era un solo vergel bajo el agua. Había flores candidas, rojas, azules, de cuantas diferencias hay en colores y matices. Las había como anémonas, como lirios, como rosas, como begonias gigantescas.

Las había en forma de copa, semejantes a magnolias de Púrpura, que se descogían y encogían con movimiento voraz de bocas ávidas. Pigmeos matorrales caprichosamente esparcidos, llenos de puntos luminosos y de vario color como gemas, desmayaban al peso de su rara florescencia de joyas. Y por entre flores y boscajes, los dos amantes, uno junto a otro, caminaban deshojando una flor en figura de estrella, como una margarita, o dándose besos tímidos en la sombra discreta, según reinase el día o la noche, porque en el ideal paisaje del sueño, como en el paisaje real, ya reinaba la noche ya el día, y la noche era estrellada, merced a millones de errantes noctilucas y medusas.

El beso, flor del idilio, abrió por la primera vez en los jardines de la costa y no cesó de abrir en todo el Archipiélago, alrededor de las islas, perfectos joyeles prendidos en el manto azul del Mediterráneo. Al despertar, los labios de Tulio guardaban, con el sabor del beso, la salsedumbre de la ola. Desde entonces, el recuerdo del sueño, primero indistinto y nebuloso, fue haciéndose más vivo. Tulio recordaba [122] las cosas del sueño con la misma viveza y precisión de cosas reales. El sueño y la vida habían llegado en él a condenarse en un fuerte y armonioso conjunto. Ya no se turbaba como antes, llenándose de miedo, al recuerdo de ciertas frases de Alejandro Martí, su compatriota, como aquella de: «Lo sobrenatural es lo más natural que existe», o bien: «Hace poco más de un siglo, en una playa de la costa armoricana encalló una sirena moribunda», o bien cualquiera otra frase de Martí, saturada de maravilla y de milagro. Más bien se representaba esas frases, aun las más llenas de misterio, como frases triviales de puro conocidas o como rastreros modos más o menos justos, más o menos claros, de expresar el alma de las cosas.

Tan perfecta unión de la vida y el sueño perduró hasta el regreso a Italia, adonde Tulio fue por los mares de Sicilia. Desde la costa siciliana hasta Sorrento, en el sueño, peregrinaron los dos novios bajo la transparencia del agua supremamente azul, por en medio de vergeles y campiñas color de sangre. En efecto, de sangre de coral estaban hechas las flores, las montañas, las colinas, las grutas, las praderas. Y ya cerca de Sorrento, una noche, en el paisaje color de sangre del sueño, empezaron a ver, al claro de una luna submarina, las fantásticas arquitecturas de conchas y madréporas que habita la sirena del Golfo.

Tulio arribó a Sorrento después de errar de costa en costa, de isla en isla, como una gaviota viuda, o como Glauco, el pescador mítico, en pos de la amada hecha monstruo; y en

Sorrento, su idilio [123] volvió a ser tímido y casto, olvidándose del beso, cual si de un todo se hubiera quemado, en el viaje, el grano de voluptuosidad extraterrestre de donde la flor del beso había surgido. Y como antes por el misterio de los canales venecianos, Tulio entonces discurrió con su idilio, amasado de sonrisa y de silencio, por las entrañas profundas y azules del Golfo.

Sólo un fuerte soplo encerrado en una carta de Ocampo lo distrajo del sueño, deshaciendo la unión del sueño con la vida, y obligando a la vida a triunfar del sueño, siquiera un segundo. Ocampo le enviaba algunas cartas de América; y en su propia carta, luego de darle el pésame por la muerte de la tía abuela, recién acaecida, lo llamaba a París con gran premura, a recibir un mensaje que sus amigos y compañeros de armas de la pasada revolución, ya bien apercebidos a la revuelta próxima, le enviaban, llamándole con instancia irresistible a sus filas en donde como a uno de los mejores, como a un caudillos quizá, lo echaban de menos. Y sobre el diáfano azul del sueño, abrió, como un alba sobre el mar, una rosa de sangre. [124]

HASTA perderse de la vista, el mar reía y retozaba con un continuo cabrilleo. Infinitos choques de olas diademadas de espuma simulaban, en azules praderas, el triscar de un rebaño infinito. Una bandada de gaviotas, de cuando en cuando, rayaba el cielo con una blanca y neta línea curva. Y como el vuelo de los pájaros y el cabrilleo de las ondas, también ciertas algas anunciaban los primeros oasis de aquel desierto de la mar, las primeras islas, cándidas y verdes.

Poco después del alba, a la mañana siguiente, el transatlántico pasaría junto a las Azores. Casi todos los viajeros estaban preparándose a reanimar, con una centella de júbilo y una rauda visión de belleza, la existencia de a bordo, monótona y trabajada del fastidio. Muchos de los mareados, al solo anuncio de estar la tierra muy próxima, comenzaban a poderse mantener en pie y a ir y venir por el intrincado laberinto, para ellos nada cómodo ni bien oliente, de su prisión flotante. Entre los más mareados, la señora del comerciante caraqueño Perales, en la ma- [125] ñana de aquel día, se aventuró por primera vez a ir sobre cubierta, en donde, acompañada de su marido, largo tiempo se entretuvo conversando con Tulio Arcos y don Miguel Borja.

Para entonces, los no mareados, en el sobrado espacio del día largo de a bordo, tenían repartidos holgadamente sus quehaceres y hábitos, grandes y menudos. Algunos madrugaban, o por huir de la estrechez del camarote, o en fuerza de la costumbre, o con objeto de recobrar la costumbre en París olvidaba, para, de vuelta a su tierra, atender como antes a las exigencias de su oficio. Otros, ya durmiendo, ya paladeando un aperitivo, o leyendo y fumando, esperaban el segundo campanillazo del almuerzo, tendidos boca arriba en el exiguo lecho del camarote. Luego, venía y pasaba el almuerzo entre el estrépito jubilante de la vajilla y el burbujear estrepitoso de mil conversaciones ligeras, muy ligeras, apenas encendidas con una chispa de vino, rojo o blanco. Después de almorzar, quienes no dormían la siesta iban al puente y se arrellanaban en sillas de extensión, en donde mataban el tiempo amodorrándose a ratos, a ratos recurriendo a la lectura, y soñando, en lo más de los ratos, con los ojos muy abiertos y vencidos del glauco señuelo de la onda. Algunos, los de alma poética, soñando y soñando, yendo y viniendo, por obra y gracia de la fantasía, con el arte y la presteza de una leve araña hábil, entre el vapor y el horizonte lejano, labraban sobre las olas toda una complicada urdimbre de sueños vagos y azules.

Unos cuantos, cambiando el sueño en amor, [126] flirteaban. Un mozo alemán se embebecía en la desacostumbrada visión de una mulatica de Guayana, cuyas mejillas, bajo la piel de oro, se abrazaban en la fogosa púrpura de las cayenas. Un médico joven de Caracas trataba de atraer a un sabroso juego de ojeadas ocultas a la señora de un oficial dirigido a una guarnición remota, en tanto que otro joven, un su amigo y colega colombiano, se acercaba más cada día, como la mariposa a la llama, haciendo círculos concéntricos, a la menor de tres muchachas del Perú, de solas dieciséis primaveras, de sandunga maliciosa y picante, de ojos casi oblicuos al estilo del Japón y de labios que, de verse, mareaban, comunicando una súbita embriaguez, cual si contuvieran y espontáneamente exhalasen el alma capitosa del vino.

Otros, en su mayor parte maduros, proyectaban y empezaban a organizar en el fumadero partidas de bacará, buenas para interrumpir la molesta monotonía del ocio. Contábanse, entre los principales de ellos, un solterón de cuarenta años, muy alto, corpulento de ojos azules, maneras corteses, fastuoso y liberal como un príncipe; un diplomático de Italia enviado por su país con el carácter de ministro residente cerca del Gobierno venezolano y apercebido, aun antes de su embarco en Europa, a no hallar (según

se expresaba él con sus más íntimos paniaguados) en la obscura y dudosa republiqueta a donde iba, sino indios por cristianizar y negros todavía cimarrones, con un poco de lamentable y desmedrada semilla de raza europea; un cierto Rosenthal, judío tudesco, domiciliado y con casa de [127] comercio en Caracas, para desgracia y ruina de agricultores, quien a la vuelta de un poco hablarle, trabó relaciones muy seguidas con el modorro y patanesco diplomático *signore cavaliere* Panciutto; y en fin, el mismo Perales, el comerciante caraqueño, que, aunque honorabilísimo católico, era tan judío como el tudesco y en su judaísmo tan eficaz como el hebreo, por permanecer al corto número de los *progresistas* reyes criollos de la retroventa y del agio.

Previendo las partidas de bacará, Perales muy desde el principio buscaba la compañía y conservación de Borja y Tulio, y se insinuaba con la familia peruana, para más tarde tener sobre el puente a quien dejar encomendada la señora, cuando en el fumadero se inflamase el ardor de las partidas. Borja y Tulio, sin comprender la estratagema, lo evitaban por tedioso.

Desde el primer día de navegación y de la mañana a la tarde, Borja y Tulio no se alejaban uno de otro; o más bien don Miguel Borja no se alejaba de Tulio, así por la grande afición que ya le tenía, como por cumplir de esa manera con las premiosas recomendaciones de Ocampo.

Al regreso de Tulio a París, Ocampo se alarmó de su aspecto. El viaje por las rientes riberas e islas del Mediterráneo se lo devolvía cambiando en otro hombre, no lleno de serenidad y robustez, como él confiadamente esperaba, sino enflaquecido, pálido y mustio. En su flaqueza, Tulio parecía contener, como en un estuche muy sutil, un solo tenue hilo de alma. Todo el ser se le había condensado en la fuerza de la voz y en la luz de los ojos, cambiante, [128] inquieta y viva. Sus ojos ardían a veces como si en una de sus llamaradas quisieran consumirlo todo; y tanta desproporción guardaba su endebles con la fuerza de su voz, que ésta, de sólo resonar, amenazaba quebrarlo en pedazos menudos, a semejanza de un cristal quebradizo, de donde su vida volaría a disiparse en la atmósfera como una gota de esencia.

Ocampo no vaciló en valerse del mensaje, llegado a París, de los compañeros de armas de Tulio, ni se desdeñó de exagerar su importancia, considerando el regreso de Tulio a Venezuela como su única salvación posible. Ya en su país, el aire saturado de gérmenes y

fermentos de lucha, renovando y exaltando su antiguo sueño heroico, tal vez lo movería a la acción y al combate.

Y Ocampo no descansó hasta ver hechos todos los preparativos del regreso de Tulio, o más bien hasta despedirse de éste, después de encomendarlo al cuidado inteligente y solícito de Borja. Con su habitual discreción, y bien aleccionado de Ocampo, Borja no le habló a Tulio sino de la patria y de los males y remedios de ésta. Así Borja y Ocampo se proponían evocar y sostener en Tulio una alta aspiración y un gesto heroico sobre los desfallecimientos del espíritu.

A crear ese estado de ánimo en Tulio contribuía también un cierto párrafo enigmático escrito en la última correspondencia del administrador de sus casas. Inmediatamente después de hablarle sobre la muerte súbita de la tía abuela y de cómo, a raíz de esa muerte, la tía materna de Tulio, cargada de hijos, había abandonado la casa patrimonial por otra [129] menos espaciosa, el administrador, si bien no las expresaba, se refería ciertas mejoras fáciles de introducir en el estado y manejo de las fincas, tales que, con ellas, dentro de poco se acrecentaría la renta, subiendo y prosperando coma dorada espuma. A la lectura de ese párrafo, y más tarde al recuerdo de él, Tulio ya se imaginaba la noble casa de sus mayores transformada en asiento de un negocio mercantil, sustituidas las grandes ventanas angulosas por sendas puertas destinadas a cubrirse con sórdida mugre de mercaderes, o convertida en palacete vulgar, con los ojos ventanales remplazados por balcones ridículos, prostituída al comercio o a la moda; representándose a la vez el alma heroica de la casa, ante la bárbara intrusión, toda corrida y dispersa, cunado no enterrada para siempre en la casa misma, como en una tumba, a la que no faltaría ni el ciprés apuntando al cielo indiferente y azul con su flecha de esmeralda. Y apagada la promesa de gloria con los dulces ojos de la abuela, deshecha el alma de la casa bajo las violencias del intruso, Tulio se preguntaba lo que sería entonces de él y del fin heroico de su vida. Pensando de esta manera, y para acudir con el reparo, mientras el mal no fue irreparable, a estar en su poder había hecho de la cansada y larga travesía un breve soplo.

El mismo deseo lo inquietaba a menudo al disertar con Borja acerca de los males de su patria. A veces, a propósito de este tema disputaban todo el día, pues desde el primero de la navegación casi no se alejaban Borja y Tulio uno de otro. Gracias [130] a la relativa escasez de viajantes y a una buena propina, disponían de dos camarotes fronteros, uno para

cada uno, hacia la proa. Frente por frente a los de ellos, donde empezaban los camarotes de la otra fila, estaba el del matrimonio Perales. Generalmente, Borja madrugaba y, después de andar un buen rato recorriendo el vapor, descendía de nuevo a su camarote y de paso llamaba a Tulio, para luego subir juntos a cubierta.

Cada uno de ellos hallaba complacencia en la compañía uno del otro. En Borja, la frialdad irreductible se había vuelto calor afectuoso para Tulio. El alma de cada uno, desde el primer coloquio íntimo, adivinó en el otro una hermana gemela. Un mismo dolor, igual aunque de origen distinto, había puesto minas de oro en sus almas. Mientras el uno huía la imagen de una viva que para él estaba muerta, el otro peregrinaba tras de la sombra de una muerta que para él vivía. Sin saber como, se reconocieron y desde luego se amaron. A los comienzos, de esa amistad y frecuentación pareció cobrar nuevos bríos el alma de Tulio. Pero también, desde el principio, la mar vino contra Borja y por su imperio. Así, al separarse como era necesario algunas veces, quedando Tulio por instantes íngrimo y solo, y durante los silencios forzosos de su diálogo, mientras por los ojos de Tulio se entraba libre y señera la fascinación de la mar, Tulio dejaba el sueño épico, para acogerse al blando sueño idílico. Y se abraza entonces, no con el deseo de llegar pronto a su país, pasando como en un vuelo sobre los mares, haciendo de la muy larga travesía un breve soplo, [131] sino con el deseo de no arribar nunca, prolongando indefinidamente la travesía, cual suelen pretender todos aquellos cuyo idilio floreció como una rosa de aire azul entre las jarcias.

El mar, hasta perderse de vista, reía y retozaba con un continuo cabrilleo. De cuando en cuando, una gaviota rayaba el cielo con una blanca y neta línea curva. Tulio y Borja se hallaban sobre cubierta, sentados en sillas de extensión, uno cerca de otro. Callaban. Borja tenía cerrados los ojos, como si durmiese, mientras Tulio miraba el múltiple vaivén de las aguas, reflejando todo el cabrilleo de la mar en la luz de de sus ojos, cambiante, inquieta y viva. De pronto subieron del salón a caer en la cubierta, como resonantes pétalos cristalinos, las primeras notas de la *Traumerei* de Schumann. Borja abrió los ojos y Tulio volvió en sí con un vago calofrío en todo el cuerpo. Cuando cesó la *Traumerei*, tras un corto silencio, las <<pequeñas romanzas>> de Schumann volaron desmayadamente del piano, como de un blanco alero musical temerosas golondrinas.

—¿Quién puede a bordo tocar tan bien a Schumann?

–La señora de Perales –contestó Borja.

Para estar seguro, Borja se asomó por la escotilla a ver hacia abajo, en el salón, y luego volvió a sentarse, diciendo:

–Ella es.

Detrás de las <<pequeñas romanzas>>, la *Traumerei* apareció de nuevo como una insistente caricia dulce. [132]

Después de una pausa.

–Borja, ¿no recuerda usted a Martí?

–¡Cómo no!

–¿Recuerda lo que era *aquel* día, bajo sus manos, la *Traumerei*, de Schumann? Disimulaba un gran silencio, el silencio del agua después del naufragio, el más vertiginoso y terrible silencio.

–¡Como no! ¡Como no recordarlo! –repitió Borja.

Y luego prosiguió:

–He ahí un ejemplo de heroísmo. He ahí un héroe. Alejandro Martí, con su obesidad y mansedumbre, es ni más ni menos un héroe. Porque es la fe inquebrantable hecha persona. Lo que fue para nosotros un fracaso de su conferencia y de su libro, para él es tan sólo un más o menos largo aplazamiento del triunfo. Cree en el triunfo y sigue siendo el mismo trabajador, después como antes del fracaso, cuando a la rudeza del golpe cualquiera otro habría caído, triste y desmalazado, como un pobre y manso buey en el matadero.

–Es verdad.

–Y esa fe se comunica a cuanto la rodea, ennobleciéndolo todo. Porque si hay algo tan admirable como la fe de Martí, es la fe de su mujer y de sus hijas, de Hortensia y de Piedad, Sofía y Anunciación, la fe de aquellas mujeres, que lo siguen como la sombra fiel de su alma, como silenciosas proyecciones divinas de su alma de músico.

–¡Es verdad! ¡Es verdad!

El piano en tanto, había vuelto a sus melancólicos discretos de romanzas. Y cuando acabó de [133] repetir sus discreteos, comenzó muy blandamente a suspirar la *Schlummerlied*.

Tulio observó:

–Siempre Schumann. Jamás habría yo creído que tanto y tan bien conociera a Schumann la señora de Perales. Aun me parece imposible.

–¿Por qué?

–Porque... ¡la mujer de Perales! ¡La mujer de ese hombre, un usurero que parece además toda idiotez e ignorancia del mundo!

–En efecto: él es toda la idiotez e ignorancia del mundo y ella toda la poesía.

–¿Entonces?

–Entonces, debe de ser una infeliz; debe de estarse consumiendo de cansancio y de sed, si para allegar su ración de agua y de ventura no ha cavado en alguna parte un aljibe secreto.

–No, no; debe ser una infeliz: lo dicen la mueca amarga de su boca y la dejadez muy dulce y triste de sus manos.

Y aquella tarde, Tulio, como si las quisiera sorprender, no dejó de la vista la boca y las manos de Elena Perales, mientras ella, su marido y algunos más observaban los movimientos de un gran número de infantes de marina que se disponían a cantar en los entrepuentes, ya uno por uno, ya en coro.

Cantaron, y desde entonces cantaron todos los días del crepúsculo. Cada tarde, era un nuevo racimo de canciones de Francia que, en el desierto infinito, sobre la indiferencia del agua azul, caían como abejas muertas de sed, cada una con el perfume de la colmena en donde nació, acre [134] y malsano si fue en la colmena de la gran capital, sabroso e ingenuo si fue en la de algún rincón de provincia.

A la mañana siguiente, costeaban una de las Azores. El señor y la señora Perales, Borja, Tulio y el joven médico del *flirt* con la mujer del oficial, formando a cubierta y a estribor un solo grupo, escudriñaban la isla. El señor Perales manejaba un catalejo. A la derecha, su mujer, sentada en su larga silla de navegar, piernas y pies envueltos y acolchados en una manta de color de matices murientes, observaba la isla, ya sin el auxilio de anteojos, ya valiéndose de unos de teatro. Cuando ella veía lo indicaba a los demás y cada nuevo hallazgo pintoresco despertaba en casi todos un interior movimiento de júbilo. Una vez fue una blanca aldehuela que por la pendiente de un collado se resbalaba hasta el mar, como a lavarse los pies en la marina; en seguida fue la masa borrosa de un vapor,

anclado en una exigua ensenada verde; luego fue otra aldehuela encaramada como una fortaleza en una altura; y algo más allá, muchos y dispersos pedazos, ya verdeantes, de tierra en cultivo y de tan regulares proporción y trazo como si fuesen cuadrados paños verdes cuidadosamente extendidos a secar sobre el declive de las lomas.

La señora de Perales, en un cierto momento, ofreció a don Miguel Borja sus anteojos de teatro.

–¡Oh!, gracias, gracias. Prefiero la simple vista, porque así todo lo veo indistinto y confuso, [135]

–De ese modo no se menoscaba ni en un ápice la reserva de ilusión –declaró Tulio mirando a Borja y sonriendo finamente.

–¿La reserva de ilusión?, ¿qué significa?

Satisfecha, después de explicárselo Borja, la señora Perales afirmó:

–En efecto, una isla es una reserva de ilusión; yo lo sentía; yo sentía eso mismo; pero, sin usted, quizá nunca hubiera yo sabido expresarlo.

En seguida, la señora Perales depositó en su falda los anteojos y comenzó a ver delante de sí, como extraviada en un ensueño. Y Tulio, tras una pausa, también como en sueños, dijo:

–Mas, ¿a qué respetar la reserva de ilusión de una isla, cuando a nuestro alcance tenemos una reserva de ilusión varias veces más grande que todas las islas y continentes juntos? Fuera de la que pudiéramos crear dentro de nosotros mismos, ninguna reserva de ilusión es tan grande como la del océano. En éste, nuestros conocimientos, a una corta profundidad, se detienen turbados y no siguen. Del mar sabemos poco, suponemos otro poco y lo demás lo ignoramos. No es preciso ir a poner en un planeta lejano el reino de lo maravilloso. Lo tenemos bajo nuestros pies: en el mar en cada ola llena de seres impalpables, diáfanos e invisibles. ¡El mar! ¡Cuántos tesoros no oculta! Además de los tesoros de perlas y corales que le son propios, ¡cuántos tesoros los naufragios no le han vertido, que él recibe indiferentemente, como recibe tesoros de afecto el corazón de un ingrato! Los naufragios le han vertido el oro ya trabajado en joyeles, o todavía puro, [136] casi virgen, recién sacado de la mina, de las hondas entrañas de la tierra, en donde estaba como un misterio de luz en el centro de la noche. También le han vertido, con los oros, diamantes claros, esmeraldas puras, todas las gemas. Incalculable es el número de tesoros

que guarda en las quebras de sus montes, en sus precipicios, en sus grutas, y hasta en ciudades. Porque en el fondo del mar tal vez hay ciudades... ¿Qué fue de las levantadas en la antigua costa de Zelandia y de Frisia? El mar las deseó y las poseyó con su abrazo irresistible y transparente. Quizá todavía del fondo del mar suban rompiendo la glauca transparencia, las agujas de los campanarios y quizá todavía, desde lo alto de los campanarios, cuando el mar se agita hacia la tarde o a la aurora, toquen a vísperas o a maitines las campanas en el agua profunda... ¿Quién acudirá, en el fondo de los mares, al son grave o ligero del bronce? ¿No habrá allá abajo, bien abajo, en todo el fondo de los mares, una especie de otra vida? El mar tálamo azul de los peces, ¿por qué para los cuerpos muertos de los hombres no ha de ser sino ponderosa mortaja? ¿Los náufragos no renacerán a otra vida en el fondo del océano? Que reine en el fondo de los mares una vida muy diversa de nuestra vida al aire y al sol, no hay duda. Para creerlo, bastan las raras formas de esa vida que de cuando en cuando surgen a la vista de los hombres. Pasan, llenando con fantasmas de gracia o de fealdad la imaginación de las gentes. Porque son seres, ya monstruosos, ya de belleza y de gracia: verdaderos endriagos como la serpiente del mar, que pocos han visto, o entes casi di- [137] vinos como nereidas y tritones. ¿Por qué no creer en la existencia real de nereidas y tritones?

—¿Y las sirenas? —le preguntó Borja, interrumpiéndole el discurso—, ¿no cree usted en las sirenas?

—¿Por qué me lo pregunta? —replicó Tulio, denunciando en la cara y en todo él una turbación indecible.

—Como se habla de nereidas y tritones, bien puede hablarse de sirenas. Me estaba acordando, además, de una leyenda que me contaron los pescadores en Bretaña. Según los pescadores creen y dicen, los naturales de cierto pueblecito armoricano provienen de una sirena que, antiguamente, enamorada de un pescador, se aventuró a seguirlo a la playa y, concibiendo de él, se aclimató en la tierra, hasta deshabituarse de la onda.

—¿Será posible? ¿Le será posible a una sirena olvidarse de la mar? De todos modos, ¿por qué no creer en las sirenas? Confieso creer en ellas y estoy seguro de que también cree en ellas la señora de Perales.

—¿Yo? —interrogó la señora, con gestos de asustadiza.

–Sí, usted. Y no sólo cree usted en las sirenas; dentro de usted misma hay una que de tiempo en tiempo canta.

Al oír esto, Perales, que no había hecho sino repetidas veces bostezar mientras hablaban los otros, empezó a reír, a reír a carcajadas, a reír sin poderse contener, como en el acceso de un verdadero mal de risa. Le hacían mucha gracia aque- [138] llas «cosas de poetas», como él dijo después y lo acostumbraba decir en parecidas ocasiones, emitiendo la palabra «poetas» con un retintín humillante. Su mujer trató de reír, y en vez de reír se ruborizó, empurpurándose toda. No se hallaba exenta de culpa... En efecto, de los mares de su alma una sirena subía de tiempo en tiempo a cantar en un paraje misterioso, a la margen de una isla, y su marido jamás había escuchado ni escucharía tal vez nunca la voz de la sirena.

–¡Mi mujer con una sirena por dentro! –dijo el señor Perales cuando se le agotó la risa–. Hija mía, eso es grave, muy grave. Afortunadamente, aquí tienes a un médico de la Facultad de París, el cual, si quieres, podrá examinarte en junta con el médico de abordo.

–No soy pescador de sirenas; y en punto a sirenas, tampoco he visto sino las tres que ha esculpido Rodin en la cresta de una ola –manifestó el joven médico del *flirt*, respondiéndole a Perales.

–¿De dónde ha sacado usted que yo creo en sirenas? –protestaba la señora, impaciente con la burda chanza del marido.

–¿De dónde? De sus manos: me lo han dicho sus manos. Para mí, los que saben tocar tan bien como usted romanzas de Schumann, son como los que dicen bien versos de Heine: yo sé qué mal están enfermos. Y no es un mal que entiendan ni curen, como el señor Perales cree, los doctores en medicina.

Perales, al ser aludido, se enserió y, apoyando la frente en su mano derecha, permaneció cosa de [139] un segundo en esta guisa, como si pensara. Quizá, de toda su existencia, aquélla fue la sola actitud que un su futuro historiador hubiera podido expresar diciendo: «Se quedó pensativo». Pero muy pronto, el primer campanillazo del almuerzo lo arrancó a su nueva e ignorada tortura. Como si hubiera hallado entonces la explicación de un enigma, o como si de súbito hubiera dado en el hito de cualquiera otra dificultad, salió, con cara de pascua, diciendo:

–¡Señores, un coctel! No me desairen el coctel señores.

El mar, hasta perderse de vista, reía y retozaba con su continuo cabrilleo. Infinitos choques de olas diademadas de espuma simulaban, en azules praderas, el triscar de un rebaño infinito. Pero aunque infinitos, a medida que el vapor se alejaba eran los choques menos bruscos, duraban menos y el rebaño no triscaba tanto, como si al paso de los días resultara compuesto de ovejas más dóciles.

En todo el vapor y en particular sobre cubierta, la vida continuaba su monótono curso. Los unos flirteaban, se daban otros a la lectura, se estaban atentos lo más prosaicos a la campanada anunciadora del almuerzo o la comida, mientras las manos de bacará se eternizaban en el fumadero. Pronto el señor Perales vino a convertirse en blanco de las burlas, al observar sus camaradas de juego cómo, en cuanto perdía, ya estaba levantándose y excusándose con el mareo de su mujer, no siendo ningún misterio para nadie que el tal mareo [140] se había quedado por detrás de las Azores. Entre tanto, su mujer, inocente de sus trazas, formada, por fuera y detrás del fumadero, el centro de la tertulia, en compañía de las tres muchachas limeñas y de los médicos jóvenes recién graduados y enamoradizos. Tulio y Borja se contaban a veces en el número de los tertulianos, aunque por lo general preferían abstenerse, desviándose de los otros.

Al pasar de las Azores, y así como el vapor se alongaba de éstas, Borja no tardó en advertir en Tulio una progresiva agitación extraordinaria. Ya lo adivinaba temblando bajo la ropa, como presa de un violento calofrío; ya le veía los ojos encendérsele y llamear, como si fuesen verdaderos e inextinguibles manantiales de fiebre. También advirtió un cambio imprevisto en el carácter de Tulio. Éste, en su cambio de carácter, fue hasta rehuir la presencia de Borja. Y Borja, al advertirlo, con su tacto de siempre, lo dejaba solo de cuando en cuando, para luego ir a buscarlo, haciéndose el encontradizo con él, por los rincones más discretos de proa o popa, en donde lo hallaba sobre algún rimero de cuerdas u otro asiento de esa laya, en apariencia embelesado en ver las olas deshacerse en espuma transfigurarse en una gloria de iris.

Desde ahí muy hábilmente lo llevaba, como a una distracción, a oír las charlas del fumadero. Cuando cesaban las partidas de bacará, se hablaba de política. La conversación la guiaban a ese terreno Perales y el judío tudesco, preocupados de hallar, [141] a su desembarco en Venezuela, «paralizados los negocios», por haberse ya para entonces

prendido la guerra en los extremos de la república. La revolución, decían, no era sino ruina y decrepito. Y por dos veces Tulio tomó parte de esas charlas, dejando a Perales y al judío tudesco alarmados y atónitos. La primera vez, Perales no encontraba suficiente ninguna expresión para manifestarse condolido de ver a un joven de los suyos, como decía él, y dueño de muchas y considerables fincas, dándose por acérrimo partidario de la guerra, de la guerra continua, de la guerra a todo trance.

Tulio no miraba en la revolución una causa forzosa de ruina y de muerte. Al contrario, la guerra le decía como su pueblo no estaba muerto del todo. La revolución era el único medio que el pueblo hallaba a las manos para sostener su derecho a la vida. «La revuelta, la revolución, la guerra eran santas.» Lo eran, aunque vertiesen mucha sangre, porque eran las grandes creadoras. Nada se había creado sin la guerra. La guerra había creado la unidad y la gloria del Imperio, había sido la gloria de España, había hecho la unidad y grandeza de Italia, de Alemania y de Francia, la unidad y grandeza de todos los grandes países. La guerra no provenía de la depravación de costumbres: iba con ella, como si fuese con un colaborador irremplazable. Porque la depravación de costumbres antojábasele una garantía de que la guerra llevaba en sí muchos gérmenes de grandeza y de gloria. Según el filósofo, *los tiempos de corrupción son los tiempos de otoño de los pueblos* y, al decir de Tulio, bien podía su- [142] ceder que entonces, para su pueblo, estuviesen cuajando otras «uvas del trópico», distintas de las que llaman así los navegantes, en áureos racimos de donde tarde o temprano correrían sin duda, como un raudal, toda clase de generosos vinos donceles. ¿No había entre su país y la Italia del *Quattrocento* y del siglo dieciséis una gran semejanza?

—¿Nuestras continuas guerras y nuestra corrupción de costumbres no son — preguntaba Tulio—, guardando la natural diferencia de proporciones, las mismas continuas guerras y costumbres depravadas de la Italia de aquellos tiempos, en sus múltiples republiquetas y principaditos? Como entre nosotros capitanes groseros y generalotes brutales, había en la Italia de entonces *condottieri* brutales y capitanes groseros, de un día para otro exaltados, como los primeros Sforza, del terrón a la púrpura. Entre nosotros, a la sombra de mercaderes y generales como entonces a la sombra de mercaderes y *condottieri* nada puntosos, vegetan soberbios artífices. Bastaría, para entre nosotros, decir los nombres de algunos generales y en seguida citar nombres como los de Martí, Vives y los de otros

músicos, pintores y poetas. Entre nosotros, como en la Italia de entonces, pasiones primitivas junto a exquisitos refinamientos rebuscados; entre nosotros como entonces, Benvenuto, con las mismas manos que vierten sangre, construye tenues alcázares de marfiles y crea, labra y pule joyas. Encima del mismo odio partidario de gibelinos y de güelfos, por sobre la misma tosquedad, violencia y relajación de costumbres, rompen unas mismas flo- [143] res de arte. Junto al Sforza, o más bien sobre el Sforza, el Jesús del Vinci. Como entre nosotros con la sangre india y africana, entonces la sangre de los patricios luchaba todavía, tendiendo a asimilársela, con la sangre bárbara de la Galia y del Danubio. ¿Por qué, resultante de esa íntima lucha y de aquella general corrupción, no ha de haber entre nosotros como hubo entonces, un Renacimiento? De nuestros mercaderes pueden salir de nuevo, como del mercader florentino, los capitanes, los *condottieri*, los grandes políticos, y aun el artista y el poeta, la flor más alta. Como de la podredumbre italiana, bien puede salir de nuestra podredumbre todo un bosque una verdura y flor perennes. Pueblo en disolución, dicen algunos; ¿por qué no pueblo en su otoño? Si nosotros advertirlo, ya se hincharon tal vez las uvas, ya los racimos tal rieron, entre las hojas de la vid, con risas áureas. ¿Por qué no? Nuestro pueblo, en vez de pueblo en disolución, es más bien, con la guerra como inevitable burbujear, un mosto que fermenta. Y del mosto sale el vino.

En los discursos de Tulio alternaban desmayos repentinos con repentinos chorros de elocuencia y de ardor, semejantes a las convulsiones y chispazos de una luz próxima a extinguirse. Sin duda, ya el sueño idílico como definitivo triunfador sobre el épico.

El judío tudesco y Perales no le entendían, y aun entendiéndole no habrían cejado. Según ellos, con la guerra no se podía trabajar y, sin trabajo, nada bueno era posible. A eso les replicaba Tulio, [144] indignándolos, que el verdadero trabajador y el más perseguido no se quejaba; que el verdadero trabajador no era el comerciante, sino el simple industrial o el campesino, el labriego que pena y sangra sobre los reacios terrones, y cuando logra sacar de los terrones un grano de oro puro, ya ese grano se lo embolsó el comerciante, frescamente. Partiendo de ahí, les anunció el cercano advenimiento de un socialismo y un anarquismo criollos, después de haberles dicho y probado que ni los males políticos ni algunos otros, entre los males de su pueblo, afectaban tanta gravedad como el mal de la tristeza del hambre y el de las hondas llagas de la usura.

Y desde entonces, el judío tudesco y Perales, teniéndose por señalados con las palabras de Tulio como con el dedo, juraron y tuvieron a Tulio una grande ojeriza, bien disimulada del honorable agiotista señor Perales bajo una capa de lástima hipócrita.

–Es un loco: no le haga usted caso. Fíjese en cómo ve y en cómo habla: es un loco. ¡Pobrecito! ¡Imagínese que cree en sirenas y hasta en brujas!

El mar, hasta perderse de vista, sin cabrilleos de olas, cantaba y reía plácidamente.

Borja, después de haberlo buscado por todas partes, acababa de percibir a Tulio mirando al agua del mar, como al través de un ojo oblicuo, por un escobén de proa.

–La espero.

–¿A quién? [145]

–¡Ah! Es verdad: todavía usted no lo sabe. Entonces ¿por qué el otro día preguntó usted si creo en sirenas?

–Me parece haberle dicho por qué, Tulio.

–¿Y no había otra razón, aparte las dichas?

–No.

–Pues bien, espero a una sirena. Hay una sirena que me sigue. La conocí en el Mediterráneo. Entonces, quizá para seducirme tomaba el semblante de Belén, ¿sabe?: el semblante de mi novia. Pero es una sirena, sin duda. En este viaje, sobre todo más acá de las Azores, ya no me sigue: me persigue.

–¡Una sirena! –repetía algo turbado Miguel Borja.

–Si, una sirena. Todas las noches, en cuanto me rinde el sueño ella viene a despertarme a besos y abrazos. Como viene del fondo del océano, la siento (pechos, cara y brazos) toda húmeda. Y sin embargo de hallarla húmeda, arde y me abrasa en una voluptuosidad incontenible. Sus labios dejan en los míos la amargura del océano; sus ojos brillan como dos fosforescentes remansos; la noche de su cabellera de algas es la noche de una selva rica en penetrantes perfumes; y después de enloquecerme con sus húmedos besos y caricias; antes del amanecer desaparece, huye de entre mis brazos, rápida y fugitiva como una ola... Y luego, hasta la noche siguiente, porque en el día apenas logro entreverla, o más bien adivinarla, cuando vestida de algas y espuma.

–¡Una sirena! Volvió a decir Borja, y en- [146] tonces una sospecha cruzó por su espíritu. –A bordo no faltan.

–No, no: es una sirena auténtica la mía.

–No le hace: acuérdesese de una leyenda de Bretaña, en que una sirena auténtica pudo llegar a desacostumbrarse de la onda.

–No, no: la mía no es de ésas.

Borja ni por un instante pensó en un desvarío intelectual de Tulio, aun menos después que éste siguió hablando con él de otras e el tono razonable de todos los días.

Al pasar junto al palo mayor, Tulio se paró a ver, con bullente regocijo infantil, a un marinero balanceándose con la cofa.

–¡Ay de él si lo apuntan los ojos de la sirena desde el fondo del agua!

Entre tanto, en el alma de Borja la sospecha, alimentada de múltiples indicios, caminaba a convertirse en certidumbre. Los indicios eran: el haber observado por dos veces, dos noches distintas en que recogió muy tarde, una forma de mujer deslizándose como un espectro de donde se hallaban su camarote y el de Tulio hacia donde empezaban los camarotes de la otra fila; aquellas palabras de Tulio a la Perales cuando hablaban de sirenas, frente a las Azores; unos pocos, pero no menos positivos, apartes misteriosos de Tulio y la Perales; un cierto vago parecido entre ésta y Belén, la novia de Tulio; y por último, el hábito de quedarse a dormir el señor Perales casi todas las noches en cubierta.

Con semejantes indicios, la sospecha tomó el [147] nombre y la figura de Elena Perales. Y al día siguiente, Borja se confirmó en la sospecha, cuando Tulio con aires de misterio le dijo:

–A bordo no me quedan sino dos noches de amor: la sirena, pasado mañana va a despedirse de mí para siempre, a menos que yo no la siga a ella en el océano profundo.

–¿Y por qué la sirena no ha de seguirlo más bien a usted hasta la playa y, aclimatándose por usted en la tierra, olvidarse de la onda?

Mientras hablaba así, Borja pensaba realmente: «Sin duda la señora Perales no quiere llevar a su país, en donde es conocidísima y respetada, un secreto peligroso. Podrían averiguárselo. Prefiere que su idilio sobre el mar, en donde mismo nació, como una flor de la espuma».

Y Borja creyendo así manejarse con prudencia y suponiendo a Tulio en buenas manos, lo dejó más y más libre.

Las diez de la noche. Desde la mañana, a los lados del vapor, las *uvas del trópico* venían fingiendo islas, guirnaldas, coronas, misterios epitafios e indescifrables jeroglíficos. El mar, en la sombra de una noche vestida de estrellas y ataviada con el discreto joyel de oro de una sutil falce de luna, cantaba y reía plácidamente, llenando el vientre del vapor con el eco de la risa y del canto.

Algunos pasajeros habían bajado a dormir en sus camarotes, mientras otros dormitaban y, a causa del calor, se disponían a dormir sobre cubierta, ya tendidos en sillas de navegar, ya tendidos en los [148] bancos apoyados contra la obra muerta del buque. Unos cuantos, los mismos retardados de todas las noches, conservaban aún en el fumadero. El tudesco decía, dirigiéndose a Perales, porque él nunca hablaba sino dirigiéndose a Perales:

–No podemos quejarnos: hemos tenido un viaje feliz como pocos.

Pero en realidad, mientras hablaba del tiempo, estaba pensando en cómo constituiría en Europa un buen sindicato de banqueros para una vasta explotación agrícola.

–Aún no debemos cantar victoria, porque nos faltan tres días para Guadalupe, –dijo Perales.

Y en realidad, Perales estaba pensando en cómo hacer con las haciendas que aquel año le habían quedado de prestar dinero, aun interés crecido, a mansos agricultores.

Tulio y Borja, presentes oían a los otros, y callaban. En un rincón, el diplomático italiano descabezaba sueños, uno tras otro, soñando tal vez como con su presencia y garbo, y pesar de su ignorancia y de sus pies juanetudos, iba a humillar al presidentillo y a los ministros de la ya próxima *republichetta*.

De súbito una frase, la frase de una canción, ahuyentando las conversaciones triviales, cayó en el fumadero como una centella de armonía.

–¿Quién canta?

–¡Como no sea alguna sirena! –respondió Perales mirando socarronamente hacia Tulio.

–Quizá –dijo Tulio, se puso en pie y salió como en un solo impulso de ira. [149]

No se oían, en parte alguna del vapor, ni cantos ni música. Los soldados que cantaban todas las tardes, al caer del crepúsculo, dormían en las entrecubiertas. Por todas partes, el silencio y el reposo. Tan sólo el mar, en la sombra de una noche vestida de estrellas y ataviada con el discreto joyel de oro de una sutil falce de luna, reía y cantaba plácidamente, llenando el vientre del vapor con el eco rumoroso del canto y de la risa.

Tulio se acercó a la obra muerta del buque a ver fijamente en las ondas. Un instante después, encaramándose en la obra muerta, se lanzó al aire.

–¡Un hombre al mar! –grita despavorido, y alzándose de una silla de extensión, un bulto negro.

Casi inmediatamente, un camarero pasa gritando:

–¡Una desgracia! ¡Una desgracia!

A los gritos acuden los del *fumoir*, suben otros a cubierta y, como todos al mismo tiempo corren y hablan, se arma un tumulto.

Sólo el mar canta y ríe pausadamente. El agua, henchida de fosforescencias, refulge como un ascua. Las ondas, al romperse, ya ni se desgajan en flecos de espuma, sino en áureos ramilletes de chispas. Detrás de la popa se extiende como un río y a los costados del vapor se dilata como un lago de oro, diáfano y rubio. Parece como si todo el oro de una estrella se estuviera disolviendo en el glauco y azul del mar de los trópicos.

FIN